KARL MARX

Miseria de la filosofía

Introducción y traducción
de José Mesa



A fines de diciembre de 1846, después de leer el *Sistema de las contradicciones económicas, o Filosofía de la Miseria* de Proudhon, publicado poco antes, Marx se propuso hacer una crítica de las ideas ahí expresadas como colofón a los debates existentes dentro de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) o Primera Internacional con los anarquistas. En la carta de 28 de diciembre de 1846 a P. V. Annenkov, Marx expresó una serie de ideas que más tarde habían de servir de base a su libro contra Proudhon. El 15 de junio de 1847, Marx escribió una breve introducción a la obra.

El libro de Marx vio la luz, en francés, en Bruselas y Paris a comienzos de julio de 1847 y no se volvió a publicar durante la vida de Marx. En 1885 apareció la primera edición alemana, en traducción redactada por Engels, que escribió para dicha edición un prólogo y varias notas. Al redactar la traducción, Engels utilizó las enmiendas hechas en el ejemplar de la edición francesa de 1847 regalado por Marx el 1.º de enero de 1876 a Natalia Utina.

Esta edición tiene el interés histórico de haber sido la primera publicada en español en 1981 y traducida por José Mesa, fundador junto a Pablo Iglesias del Partido Socialista Obrero Español y amigo personal de Marx y Engels. El libro viene precedido de los «Apuntes sobre las teorías, carácter y obras de Carlos Marx» donde analiza las ideas marxistas. Todo un declaración de principios socialistas en contraposición a la ideología socialdemocrata de los actuales dirigentes del PSOE.



Karl Marx

Miseria de la filosofía (José Mesa)

Respuesta a la “Filosofía de la miseria” del señor Proudhon

ePub r1.2
Rusli 01.09.14

Título original: *Misère de la Philosophie, réponse á la Philosophie de la Misère*
Karl Marx, 1847
Traducción: José Mesa
Apuntes sobre las teorías, carácter y obras de Carlos Marx: José Mesa.[1]
Publicado en: Grafica Socialista, Madrid, 1891

Editor digital: Rusli
Texto Digital: Jaime Onemix
ePub base r1.1



CARTA DE ENGELS

Londres, 24 de marzo de 1891.

Mi querido amigo Mesa:

Con mucho placer hemos sabido, por vuestra carta del 2 del corriente, la publicación próxima de vuestra traducción de la MISERIA DE LA FILOSOFÍA, de Marx. Excuso deciros que nos asociamos sin reserva a esta publicación, que ha de producir, indudablemente, el más favorable efecto en el desarrollo del Socialismo en España.

La teoría prudhoniana, destruida en sus bases por el libro de Marx, ha desaparecido, seguramente, dé la superficie desde la caída de la Commune *de París. Pero continúa formando el arsenal de donde los burgueses radicales y pseudosocialistas de la Europa occidental sacan las frases con que adormecen a los obreros. Y como los obreros de esos mismos países han heredado de sus predecesores semejantes frases prudhonianas, ocurre que, en muchos de ellos, la fraseología de los radicales encuentra todavía un eco. Así sucede en Francia, donde los únicos prudhonianos que quedan aún son los burgueses radicales o republicanos sedicentes socialistas*. Y *si no me equivoco, vosotros tenéis también en vuestras Cortes y en vuestros periódicos algunos de esos republicanos que se dicen socialistas porque ven en las ideas prudhonianas un medio plausible y al alcance de todos de oponer al verdadero Socialismo, expresión racional y concisa de las aspiraciones del proletariado, un Socialismo burgués de mala ley*.

Saludo fraternal,

FEDERICO ENGELS

APUNTES SOBRE LAS TEORÍAS, CARÁCTER Y OBRAS DE CARLOS MARX

La justa celebridad de que gozan hoy en el mundo civilizado las producciones del genio científico de Carlos Marx; el vivísimo interés que despierta en todos los ánimos cuanto ha salido de su pluma, no bastarían a explicar, por lo que a nosotros se refiere, la publicación de una versión española de la MISERIA DE LA FILOSOFÍA, si en esta obra, poco conocida y esencialmente de polémica, el ilustre fundador del Socialismo científico revolucionario no hubiese echado las bases indestructibles de su teoría del capital. Sin duda, sorprenderá a todo el que se interese por el movimiento socialista de nuestra época, y no conozca los orígenes de este movimiento, el saber que hace muy cerca de medio siglo que la crítica de la sociedad burguesa, al mismo tiempo que el carácter histórico del capital, la teoría de la lucha de clases y el principio económico de la apropiación común de la riqueza, como término fatal y necesario de la producción común o colectiva establecida ya, e inseparable de la vida industrial de nuestra época; todas estas proposiciones teóricas generales fueron expuestas y defendidas por Marx con una dialéctica y una abundancia de datos que admira, en términos que la presente obra, a vuelta de una polémica de interés retrospectivo, entraña, no ya el germen, sino el cuerpo de esta doctrina, desarrollada y documentada, por decirlo así, más adelante en la obra magna *El capital*.

Así como el *Manifiesto del Partido Comunista*, lanzado el año 1848, si bien escrito el año 1847, sirve todavía en sus puntos fundamentales de programa político a los partidos obreros socialistas que se organizan rápidamente en todos los países del Globo, y el llamamiento final que compendia tan admirablemente el pensamiento político de sus autores:

Proletarios de todos los países, ¡uníos!

continúa siendo el grito de unión de todos los socialistas revolucionarios, del mismo modo las ideas explanadas en la MISERIA DE LA FILOSOFÍA, que salió a la luz por aquella época (1847), componen la teoría científico-económica del socialismo revolucionario internacional. «Los socialistas y comunistas son los teóricos de la clase proletaria, como los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa».

Por otra parte, según lo hace notar Federico Engels —el amigo, o, más bien, el hermano de Marx— en la importante carta que precede a estas líneas, la teoría prudhoniana, destruida en sus bases por el libro de Marx la MISERIA DE LA

FILOSOFÍA, sirve todavía de arsenal de donde los burgueses republicanos pseudosocialistas y otros sacan sus frases para adormecer a los obreros. Y esta verdad, que nuestro amigo refiere a los países de la Europa occidental, es mucho más evidente tratándose del nuestro, puesto que aquí las teorías de Proudhon no han sido todavía refutadas, y pasan por moneda corriente, no sólo entre los burgueses mal llamados socialistas, como los republicanos federales, sino entre ciertos obreros, cada día menos numerosos por fortuna.

Importaba, pues, dar a conocer en España la refutación completa de las teorías prudhonianas, cúmulo de sofismas económicos, cuya falsa reputación de teoría científica ha durado ya demasiado tiempo.

Veamos en qué circunstancias se escribió la MISERIA DE LA FILOSOFÍA y cuál era el estado de las ideas de Europa cuando Marx creyó necesario salir a la defensa de las teorías comunistas y combatir a la vez los errores en que abundaban todas las escuelas económicas y aun algunos escritores que, como Proudhon, se titulaban socialistas y alardeaban de revolucionarios.

Estábase en vísperas de la gran explosión de febrero de 1848; el ardor de la polémica había ido creciendo de dos años atrás, tanto en Alemania como en Francia; las diferentes escuelas en que se dividía el Socialismo utópico se combatían con furor, y, sobre todo, el comunismo era objeto de los más violentos e injustos ataques.

Proudhon se distinguía en esta guerra encarnizada a los comunistas, y puede decirse que su obra *Contradicciones económicas* o *Filosofía de la miseria*, fue escrita principalmente contra ellos. No es fácil dar una idea del carácter de insolencia, de brutalidad, que revestían los ataques del célebre polemista. Los comunistas no eran para él más que «gente desprovista de toda clase de conocimiento de Economía política», hombres «obstinadamente imbéciles», «soñadores paradisíacos», que no habían sabido descubrir antes que él la «solución del problema del proletariado».

Marx, que acababa de entrar, juntamente con Engels, en la Liga de los Comunistas, asociación internacional de obreros, se decidió a recoger el guante, y publicó la contestación a la *Filosofía de la miseria* con el título de MISERIA DE LA FILOSOFÍA, que fue escrita en francés e impresa en Bruselas a mediados de 1847. El tono de acrimonia que domina en ciertas partes de esta obra se justifica por la violencia del ataque, sin que por esto la crítica peque de apasionada o ligera; antes al contrario, la refutación de las teorías burguesas de Proudhon y de sus innumerables errores económicos fue tan absoluta, tan triunfante, que el hombre que había usurpado en Francia la reputación de «buen filósofo alemán», y en Alemania la de «excelente economista francés», quedó en el lugar que le correspondía, y no tuvo ni una palabra que contestar a su impugnador el escritor comunista.

A fin de dar a su estudio un carácter científico, Marx se ve obligado con frecuencia a «abandonar la crítica de Proudhon para hacer la de la Filosofía alemana,

y dar al mismo tiempo algunas nociones sobre la Economía política»; es decir, para exponer sus teorías económicas. Ésta es, sin disputa, la parte más interesante de la obra.

El antagonismo, la lucha de clases, que Proudhon desconocía por completo, forman el fondo de la teoría de Marx. «En el momento mismo —dice éste— en que la civilización comienza, la producción empieza a fundarse en el antagonismo de las órdenes, de los estados, de las clases y, finalmente, en el antagonismo del trabajo acumulado y del trabajo inmediato… Decir ahora que porque las necesidades de todos los trabajadores se hallaban satisfechas, los hombres podían consagrarse a la creación de productos de un orden superior, a industrias más complicadas, sería hacer abstracción del antagonismo de las clases y trastornar todo el desenvolvimiento histórico. Valdría tanto como decir que porque en tiempo de los emperadores romanos se criaban morenas en las piscinas oficiales, había con qué alimentar abundantemente toda la población romana; mientras que, por el contrario, el pueblo romano carecía de lo necesario para comprar pan, y a los aristócratas de Roma no les faltaban esclavos para echarlos como pasto a las morenas.

»El precio de los víveres ha subido casi continuamente, mientras que el precio de los objetos manufacturados y de lujo ha bajado casi constantemente. Hasta en la misma industria agrícola, los objetos más indispensables, como el trigo, la carne, etc., suben de precio; al paso que el algodón, el azúcar, el café, etc., bajan de continuo en una proporción sorprendente… En nuestra época, lo superfluo es más fácil de producir que lo necesario…»

Otro aspecto de la cuestión, aunque el fondo sea el mismo:

«El uso de los productos se halla determinado por las condiciones sociales en que se encuentran los consumidores, y estas condiciones descansan en el antagonismo de las clases.

»El algodón, las patatas y el aguardiente son objetos del uso más común…, aun cuando las patatas han engendrado las escrófulas, y el aguardiente, empleado como sustancia alimenticia, esté generalmente reconocido como un veneno. Durante todo un siglo, los Gobiernos lucharon en vano contra el opio europeo; pero la Economía prevaleció, y dictó sus órdenes al consumo.

»¿Por qué, pues, el algodón, la patata y el aguardiente son los ejes de la sociedad burguesa? Porque se necesita para producirlos la menor cantidad de trabajo, y están, por consecuencia, a más bajo precio que todos los demás. ¿Por qué el mínimum del precio decide del máximum del consumo? ¿Será, por ventura, a causa de la utilidad absoluta de estos objetos, de su utilidad intrínseca, de su utilidad en tanto que corresponden de la manera más útil a las necesidades del obrero como hombre, y no del hombre como obrero? No; sino porque en una sociedad fundada en la miseria, los productos más miserables tienen la prerrogativa fatal de servir para el uso del mayor

número».

«En la sociedad del porvenir, en que el antagonismo de clases habrá cesado, que ya no habrá clases, el uso no estará determinado por el mínimum del tiempo ele producción, sino que el tiempo de producción que se consagre a un objeto estará determinado por su grado de utilidad».

Dirigiéndose a los que, como Proudhon, creen en la justa proporción entre la oferta y la demanda, les prueba que «esta proporción ha dejado de existir mucho tiempo ha». «La grande industria, forzada, por los instrumentos mismos de que dispone, a producir en una escala cada vez más vasta, no puede aguardar la demanda. La producción precede al consumo; la oferta obliga a la demanda».

«En la sociedad presente —prosigue Marx—, en la industria basada sobre los cambios individuales, la anarquía de la producción, que es la fuente de tanta miseria, es al mismo tiempo la fuente de todo progreso.

»Así, una de dos:

»O queréis las justas proporciones de los siglos pasados, con los medios de producción de nuestra época, y entonces sois a la vez reaccionarios y utopistas.

»O queréis el progreso sin la anarquía, en cuyo caso, para conservar las fuerzas productivas, tenéis que abandonar los cambios individuales.

»Éstos sólo se avienen con la pequeña industria de los siglos pasados y su corolario de justa proporción, o bien con la grande industria y todo su cortejo de miseria y anarquía».

No era posible colocar en una alternativa más ineludible a los que pretenden remediar los efectos subversivos del régimen capitalista sin tocar a la apropiación ni a los cambios individuales.

Al demostrar, a renglón seguido, que la determinación del valor por el tiempo de trabajo, es decir, la fórmula que Proudhon nos da como la fórmula regeneradora del porvenir, «no es otra cosa que la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad presente», Marx desenmascara de antemano a esos falsos socialistas que, como los Pi, los Salmerón y demás presuntos escamoteadores de la revolución social, tienen siempre en la boca la palabra justicia y «sacan precisamente su ideal de justicia de las relaciones jurídicas cuyo origen radica en la sociedad basada sobre la producción mercantil…, y de este ideal, sacado de la sociedad presente, hacen su punto de apoyo para reformar esta misma sociedad y su derecho. ¿Qué se diría de un químico que, en vez de estudiar las leyes de las combinaciones materiales y resolver sobre esta base problemas determinados, se propusiera transformar estas combinaciones con arreglo a las “ideas eternas de la afinidad y de la naturalidad”»?[2]

Insistiendo sobre el antagonismo de las clases y sobre el antagonismo o la lucha entre individuos de una misma clase, lo cual engendra la formación de escuelas, al parecer diferentes, dentro de la escuela economista, Marx nos presenta, trazado de

mano maestra, el cuadro del desenvolvimiento teórico de la burguesía desde su triunfo sobre el régimen feudal. Ésta es una de las páginas más luminosas y transcendentes de la obra que venimos analizando, y no podemos resistir al deseo de reproducirla íntegra en este lugar:

«La burguesía comienza con un proletariado que viene a ser un resto del proletariado de los tiempos feudales. En el curso de su desenvolvimiento histórico, la burguesía desarrolla necesariamente su carácter antagónico, que al principio está más o menos disfrazado, pues sólo existe en estado latente. A medida que la burguesía se desarrolla, se desarrolla en su seno un nuevo proletariado, el proletariado moderno; se desarrolla una lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa, lucha que antes de ser sentida por ambas partes, descubierta, apreciada, comprendida, confesada y proclamada altamente, sólo se manifiesta en conflictos parciales y momentáneos con hechos subversivos. Por otra parte, si bien todos los miembros de la burguesía moderna tienen el mismo interés en tanto que forman una clase enfrente de otra clase, tienen intereses opuestos antagónicos, cuando se encuentran unos enfrente de otros. Esta oposición de intereses dimana de las condiciones económicas de su vida burguesa. De día en día se ve, pues, más claramente que las relaciones de producción en que se mueve la burguesía no tienen carácter uno, carácter simple, sino un carácter de duplicidad; que en las mismas relaciones en que se produce la riqueza se produce también la miseria; que en las mismas relaciones en que hay desenvolvimiento de las fuerzas productivas hay una fuerza productora de represión, y que estas relaciones, al producir la riqueza burguesa, es decir, la riqueza de la clase burguesa, aniquilan constantemente la riqueza de los miembros integrantes de esta clase, y crean un proletariado que va cada día en aumento.

»Como no podía menos de suceder, este antagonismo, al acentuarse, pone en pugna a los economistas, representantes científicos de la producción burguesa, con su propia teoría, lo que da lugar a la formación de diferentes escuelas.

»Tenemos a los economistas fatalistas, quienes en su teoría son tan indiferentes a lo que ellos llaman los inconvenientes de la producción burguesa, como los burgueses mismos lo son en la práctica a los padecimientos de los proletarios que los ayudan a adquirir riquezas. Esta escuela fatalista se divide en clásicos y románticos. Los clásicos, como Adam Smith y Ricardo, representan una burguesía que, luchando aún con los restos de la sociedad feudal, sólo trabaja por depurar las relaciones económicas de las tachas feudales, por aumentar las fuerzas productivas y dar a la industria y al comercio un nuevo impulso… Los economistas, como Adam Smith y Ricardo, que son los historiadores de esta época, no tienen otra misión que demostrar cómo se adquiere la riqueza en las relaciones de la producción burguesa, formular estas relaciones en categorías, en leyes y probar cómo estas leyes, estas categorías, son para la producción de la riqueza superiores a las leyes y a las categorías de la

sociedad feudal. La miseria no es a los ojos de estos economistas otra cosa que el dolor que acompaña a todo alumbramiento, lo mismo en la industria que en la naturaleza.

»Los románticos pertenecen a nuestra época, en que la burguesía está en oposición directa con el proletariado, en que la miseria se engendra con tanta abundancia como la riqueza. Los economistas de que hablo dirigen desde la altura de su posición una mirada desdeñosa a los hombres locomotoras que fabrican las riquezas…

»Viene después la escuela humanitaria, que toma a pecho el lado malo de las relaciones de producción actuales. Para tranquilidad de su conciencia, trata de paliar en lo posible los contrastes reales; deplora sinceramente la desgraciada situación del proletariado, la competencia desenfrenada de los burgueses entre sí, y aconseja a los obreros que sean sobrios, trabajen bien y procreen poco, encargando al mismo tiempo a los burgueses que templen su ardor en la producción. Toda la teoría de esta escuela descansa en distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y los resultados, entre la idea y la aplicación, entre el contenido y la forma, entre la esencia y la realidad; entre el derecho y el hecho, entre el lado bueno y el lado malo.

»La escuela filantrópica, que es la escuela humanitaria perfeccionada, niega la necesidad del antagonismo, y quiere hacer de todos los hombres burgueses, realizar la teoría en tanto cuanto se distingue de la práctica y no entraña antagonismos… Los filántropos quieren, pues, conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas, sin el antagonismo que es inseparable de estas categorías. Imagínanse combatir seriamente la práctica burguesa, y son más burgueses que los otros.

»Así como los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa, los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria. Mientras el proletariado no estaba todavía suficientemente desarrollado para constituirse en clase, y, por consecuencia, la lucha misma del proletariado con la burguesía no revestía aún carácter político, ni las fuerzas productivas se hallaban tampoco bastante desarrolladas en el seno de la burguesía para dejar entrever las condiciones materiales necesarias a la emancipación del proletariado y la formación de una sociedad nueva, estos teóricos no eran más que utopistas que, a fin de responder a las necesidades de las clases oprimidas, improvisaban sistemas y corrían en pos de una ciencia regeneradora. Pero a medida que la Historia marcha y con ella la lucha del proletariado se manifiesta con mayor claridad, no necesitan ya buscar la ciencia en su mente, sino darse cuenta de lo que a sus ojos pasa y hacerse órganos de]o que ven… Desde este instante, la ciencia, producida por el movimiento histórico y asociada a él con pleno conocimiento de causa, ha dejado de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria».

Proudhon sostenía, entre sus numerosos errores económicos, que la división del trabajo había dado vida a la industria manufacturera, y que ésta nació en el seno de las antiguas corporaciones de oficios, los gremios y hermandades. Marx le enseña que la división del trabajo es posterior a la creación de la industria manufacturera, y que ésta estuvo en lucha con los gremios.

«Una condición de las más indispensables para la formación de la industria manufacturera era la acumulación de los capitales, facilitada por el descubrimiento de América y por la introducción de los metales preciosos.

»Está suficientemente demostrado que el acrecentamiento de los medios de cambio tuvo por consecuencia, de una parte, la depreciación de los salarios y de las rentas territoriales, y de otra, el aumento de los beneficios industriales. En otros términos: a medida que la clase de propietarios y la clase de trabajadores, los señores feudales y el pueblo, iban decayendo, se elevaba la clase de capitalistas, la burguesía.

»Hubo, además, otras circunstancias que concurrieron simultáneamente al desarrollo de la industria manufacturera: el aumento de las mercancías puestas en circulación desde que el comercio penetró en las Indias Orientales por la vía del cabo de Buena Esperanza, el régimen colonial, el desarrollo del comercio marítimo.

»Otro punto que no se ha apreciado debidamente en la historia de la industria manufacturera es el licenciamiento de las numerosas tropas que seguían a los señores feudales, cuyos individuos subalternos se echaron a vagabundear antes de entrar en el taller. La creación del taller moderno se halla precedida de una vagancia casi universal en los siglos XV y XVI. El taller encontró, además, poderoso auxilio en los muchos labradores que, expulsados de las aldeas por la transformación de los campos en praderas y por los progresos agrícolas, que exigían menos brazos para el cultivo de las tierras, afluyeron a las ciudades durante siglos enteros.

»El ensanche del mercado, la acumulación de los capitales, las modificaciones acaecidas en la posición social de las clases, fueron otras tantas condiciones históricas para la formación de la manufactura. No fueron, como supone Proudhon, estipulaciones amigables entre iguales las que reunieron a los hombres en el taller, ni fue en el seno de las antiguas corporaciones de oficios donde nació la manufactura. Fue el mercader, el comerciante, quien se hizo jefe del taller moderno, y no el antiguo maestro de los oficios. En casi todas partes hubo una lucha encarnizada entre la manufactura y los gremios.

»La acumulación y la concentración de instrumentos y de trabajadores precedió al desenvolvimiento de la división del trabajo en el interior del taller. Una manufactura consistía mucho más en la reunión de gran número de trabajadores y de varios oficios en un solo punto, en una sala, bajo el mando de un capitalista, que en el análisis de las obras y en la adaptación de un obrero especial a una tarea muy sencilla.

»La utilidad de un taller consistía mucho menos en la división del trabajo

propiamente dicha, que en la circunstancia de que se trabajaba en mucha mayor escala, se ahorraban gastos generales, etc. A fines del siglo XVI y principios del XVII, la manufactura holandesa conocía apenas la división.

»El desenvolvimiento de la división del trabajo supone la reunión de los trabajadores en un taller. No se conoce ni un ejemplo, ni en el siglo XVI ni en el XVII, de que los diversos ramos de un mismo oficio hayan sido explotados separadamente hasta el punto de que bastara con reunirlos en un solo lugar para obtener el taller ya formado. Pero una vez reunidos los hombres y los instrumentos, la división del trabajo, tal como existía bajo la forma de las corporaciones, se reproducía, se reflejaba necesariamente en el interior del taller».

Para Proudhon, «que ve las cosas al revés, cuando las ve», la división del trabajo precede, es anterior al taller, el cual es, sin embargo, una condición de la existencia de aquélla.

En el mismo error había incurrido al tratar de las máquinas, considerándolas como la antítesis de la división del trabajo.

Marx probó todo lo contrario: que «la máquina es una reunión de instrumentos de trabajo, y de ninguna manera una combinación de diferentes trabajos por el obrero mismo».

«Cuando, por medio de la división del trabajo, cada operación particular ha quedado reducida al empleo de un instrumento simple, la reunión de todos estos instrumentos puestos en acción por un solo motor constituye una máquina». (Batbage, *Traité sur l'économie politique des machines*, etc.)

«Herramientas simples, acumulación de las herramientas, herramientas compuestas; movimiento de una herramienta compuesta por un solo motor manual, por el hombre; movimiento de estos instrumentos por las fuerzas naturales; máquinas, sistema de máquinas con un solo motor, sistema de máquinas con un autómata por motor…; tal es la marcha ascendente de las máquinas.

»La concentración de los instrumentos de producción y la división del trabajo son tan inseparables una de otra, como lo son, en el régimen político, la concentración de los Poderes públicos y la división de los intereses privados. Inglaterra, con la concentración de las tierras, instrumentos del trabajo agrícola, posee igualmente la división del trabajo agrícola y la mecánica aplicada a la explotación de la tierra. En Francia, donde existe la división de los instrumentos y el régimen parcelario, no existe, por lo general, ni división del trabajo agrícola, ni aplicación de las máquinas a la tierra.

»Para Proudhon, la concentración de los instrumentos de trabajo es la negación de la división del trabajo. En realidad, sucede todo lo contrario. A medida que la concentración de los instrumentos se desarrolla, la división se desarrolla también, y viceversa. Lo que hace que a toda gran invención en la mecánica siga una división

mayor del trabajo, y cada acrecentamiento en la división del trabajo produzca, a su vez, nuevas invenciones mecánicas.

»No necesitamos recordar que los grandes progresos de la división del trabajo principiaron en Inglaterra después de la invención de las máquinas. Así, los tejedores y los hiladores eran en su mayor parte labradores como los que se encuentran aún en los países atrasados. La invención de las máquinas acabó de separar la industria manufacturera de la industria agrícola. El tejedor y el hilador, reunidos antiguamente en una sola familia, fueron separados por la máquina. Por virtud de la máquina, el hilador puede vivir en Inglaterra al mismo tiempo que el tejedor vive en las Indias Orientales. Antes de la invención de las máquinas, la industria de un país se ejercía principalmente sobre las primeras materias que eran producto de su propio suelo: como las lanas en Inglaterra, el hilo en Alemania, las sedas y el lino en Francia, el algodón en el Levante, etc. Pero, merced a la aplicación de las máquinas y del vapor, la división del trabajo ha adquirido tales proporciones, que la grande industria, desprendida del territorio nacional, depende únicamente del mercado del Universo, de los cambios internacionales, de una división de1 trabajo internacional. Finalmente, la máquina ejerce un influjo tan grande sobre la división del trabajo, que cuando en la fabricación de una obra cualquiera se ha descubierto el medie de introducir parcialmente la mecánica, la fabricación se divide desde luego en dos explotaciones independientes una de otra».

Era necesaria toda la intensa penetración del genio para percibir y trazar con una verdad y una amplitud semejantes este cuadro de los progresos de la maquinaria y sus consecuencias económicas en una época en que los filósofos y los economistas los vislumbraban apenas, siendo aún, al cabo de medio siglo, letra muerta para una gran parte de la burguesía.

Pero es todavía más transcendental la acción social que Marx atribuye a la división del trabajo y al desarrollo de las máquinas, y en lo cual se separa por completo de todos los economistas pasados y presentes, dándonos la clave de este gran movimiento obrero de nuestros días, que fue, al iniciar se, un enigma para casi todos, y que no ha pasado aún hoy de ser para muchos un problema: el problema social.

«Lo que caracteriza —dice— la división del trabajo en el seno de la sociedad moderna es que engendra las especialidades, las especies, y con ellas el idiotismo del oficio.

… …………………………………………………………………

»Lo que caracteriza la división del trabajo en el taller automático es que el trabajo ha perdido en él todo carácter de especialidad. Pero desde el momento en que cesa todo desarrollo especial, la necesidad de universalidad, la tendencia hacia un desarrollo integral del individuo, principia a dejarse sentir. El taller mecánico borra

las especies y neutraliza el idiotismo del oficio.

»Proudhon, que no ha comprendido ni siquiera este lado revolucionario del taller automático, da un paso atrás y propone al obrero que haga, no sólo la duodécima parte de un alfiler, sino sucesivamente todas las doce partes. El obrero llegaría de este modo a la ciencia y a la conciencia del alfiler…

»En resumen: Proudhon no ha ido más allá del ideal del pequeño burgués, y para realizar este ideal no se le ocurre otra cosa mejor que resucitar el artesano de la Edad Media…»

Uno de los falsos argumentos de Proudhon y demás economistas y socialistas burgueses en pro del mantenimiento del sistema actual de apropiación y de cambios, consiste en suponer que la competencia es la emulación industrial, y defender, por lo tanto, «la necesidad eterna de la competencia».

«La competencia no es la emulación industrial, sino la emulación comercial», les objeta Marx, con mucha razón, y añade: «En nuestros días, la emulación industrial sólo existe en vista del comercio, y hasta hay fases en la vida económica de los pueblos modernos en que todo el mundo es presa de una especie de vértigo por adquirir beneficios sin producir. Este vértigo de especulación, que se repite periódicamente, pone en evidencia el verdadero carácter de la competencia, que trata de eludir la necesidad de la emulación industrial».

¿Podrá negarse que estamos atravesando una de esas fases de que nos habla el gran comunista?

* * *

Parecerá anómalo que en un estudio que ha de servir de prefacio a la obra cuya traducción ofrecemos hoy al público, extractemos con tanta extensión los principales pasajes de la obra misma. He aquí las razones que nos han movido a proceder de este modo:

Las necesidades de la dialéctica hegeliana, que es la adoptada por Proudhon, habrían obligado a Marx a dar a su impugnación una forma esencialmente científica y a revestir sus argumentos de toda la severidad de verdaderos teoremas, que se repiten con la continuidad de una catapulta. Este sistema de argumentación, si bien ahonda profundamente el terreno de la polémica y permite demoler hasta en sus cimientos el viejo edificio de la Economía política, que Proudhon trataba de apuntalar, quita, hasta cierto punto, al estilo amenidad y concisión. Sin embargo, el respeto que profesamos a las opiniones e ideas de nuestro querido e inolvidable maestro nos imponía la fidelidad en la versión, fidelidad que hemos observado escrupulosamente.

Por otra parte, el desarrollo que exigía la refutación de una obra que, como la *Filosofía de la miseria*, consta de dos gruesos volúmenes, dio a esta refutación proporciones que exceden de las de una obra de simple polémica, haciendo, por lo tanto, su lectura un poco árida y su inteligencia algo difícil.

Si nos dirigiésemos a un público exclusivamente burgués, poco nos importarían estos inconvenientes, puesto que estamos persuadidos de que el burgués, como tal, sabio o ignorante, es incapaz de comprender el Socialismo científico, por la sencilla razón de que una clase no podrá comprender jamás una teoría que, como la de Marx, es la negación de su existencia. Pero escribimos para el proletariado, el cual, según ha dicho con mucha razón Engels, «es el corazón del movimiento socialista moderno», y el proletariado carece hoy de tiempo material para entregarse a profundas lecturas, y de medios pecuniarios para adquirir libros costosos. El obrero se sabe únicamente algunos fragmentos de las obras de Marx; lo que no impide que viva, por decirlo así, para realizar la doctrina que Marx ha establecido, y que a medida que adelanta en la evolución económica, reconozca y sienta los fenómenos que Marx había previsto con la lucidez del genio.

Por todas estas razones, hemos querido resumir en este prefacio, con la mayor claridad que nos ha sido posible, la enseñanza económica y filosófica que se desprende de los párrafos más culminantes de la MISERIA DE LA FILOSOFÍA, a fin de que el obrero pueda leerlos con fruto, sacando de estas verdades nuevas armas para combatir por su emancipación y, si posible fuera, se pongan un día estas páginas a su alcance, separándolas del cuerpo de la obra.

Marx no sólo había previsto, mucho tiempo ha, los fenómenos económicos que hoy se están realizando a nuestra vista, sino que había adivinado, con intuición maravillosa, las teorías y los hombres que habían de oponerse un día al desarrollo del Socialismo revolucionario, sirviendo de rémora a la marcha progresiva del proletariado. A esta preocupación, más bien que a la idea mezquina de una defensa propia o de escuela, obedece su refutación triunfante de las teorías prudhonianas, que aun después de enterradas forman todavía, como dice Engels en su carta, «el arsenal de dónde sacan los burgueses radicales y pseudosocialistas… las frases con que adormecen a los obreros». Al demostrar científicamente la falsedad de la doctrina económica de Proudhon y de los hechos en que aquél la apoyaba, Marx destruyó en germen el anarquismo futuro, el cual no ha podido jamás afirmarse como doctrina ni sostenerse sobre una base científica, sirviendo solamente de traba, con sus ideas burguesas de libertad, autonomía, etc., a la organización del proletariado.

Uno de los errores más graves de Proudhon, y que más importaba destruir, es su teoría sobre las huelgas, teoría que han profesado después y que siguen profesando sus discípulos los anarquistas y los republicanos burgueses.

Proudhon, que no veía nunca más que un lado de las cuestiones, sostenía, como Pi y los anarquistas sostienen ahora, que toda huelga que se resuelve en un aumento de salario tiene que dar por resultado infalible un encarecimiento general de los productos, de los víveres.

«Todo movimiento de alza en los salarios no puede tener otro efecto que un alza

en el trigo, en el vino, etc.; es decir, el efecto de una carestía. Pues ¿qué es el salario? El precio de costo del trigo, etc., el precio integral de todas las cosas. Diremos más: el salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza, y que son consumidos reproductivamente todos los días por la masa de los trabajadores. Ahora bien: duplicar los salarios equivale a conceder a cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual es contradictorio; y si el alza sólo se extiende a un corto número de industrias, es provocar una perturbación general en los cambios, en una palabra, una carestía… Yo declaro que es imposible que las huelgas seguidas de aumento de salario no tengan por resultado un encarecimiento general de los productos; esto es tan cierto como dos y dos son cuatro». (Proudhon, tomo I, páginas 110 y 111.)

A lo que Marx replica:

«Negamos todas las afirmaciones que anteceden, excepto la de que dos y dos son cuatro.

»Desde luego, no puede haber encarecimiento general. Si el precio de todas las cosas duplica al mismo tiempo que el salario, no habrá variación en el precio; la variación estará `sólo en los términos.

»Además, un alza general de los salarios no puede producir nunca un encarecimiento más o menos general de las mercancías. En efecto: si todas las industrias empleasen el mismo número de trabajadores en relación con el capital fijo o con los instrumentos de que se sirven, un alza general de los salarios produciría una baja general de los beneficios, y el precio corriente de las mercancías no padecería la menor alteración.

»Pero como la relación del trabajo manual con el capital fijo no es la misma en las diferentes industrias, todas las industrias que empleen relativamente una masa mayor de capital fijo y menos obreros, se verán obligadas, tarde o temprano, a bajar el precio de sus mercancías. En el caso contrario, en que el precio de sus mercancías no disminuya, sus beneficios excederán del tipo común de los beneficios. Las máquinas no son asalariados. Luego el alza general de los salarios afectará menos a las industrias que emplean, comparativamente, más máquinas que obreros. Pero como la competencia tiende siempre a nivelar los beneficios, los que excedan del tipo ordinario tendrán que ser pasajeros. De suerte que, dejando aparte ciertas oscilaciones, un alza general de salarios producirá, en vez de un encarecimiento general, como cree Proudhon, una baja parcial en el precio corriente de las mercancías que se fabriquen principalmente con ayuda de máquinas.

»El alza y baja de los beneficios y de los salarios sólo expresan la proporción en que los capitalistas y los trabajadores participan del producto de una jornada de trabajo, y en la mayoría de los casos no influyen en el precio del producto. Sostener que “las huelgas seguidas de aumento de salarios se traducen en un encarecimiento

general”, es una idea que sólo ha podido surgir del cerebro de Proudhon».

Pero éste va más allá todavía en su aversión a las huelgas y a las coaliciones de obreros. Jamás escritor burgués había fulminado contra ellas un anatema semejante:

«La huelga de los obreros es ilegal, y no es sólo el Código penal quien lo dice, sino el sistema económico y la necesidad del orden establecido… Que cada obrero individualmente tenga la libre disposición de su persona y de sus brazos, es cosa que se puede tolerar; pero que los obreros intenten, por medio de coaliciones, combatir violentamente el monopolio, es lo que la sociedad no puede permitir». (Proudhon, *Filosofía de la miseria*, tomo I, páginas 237 y 238.)

Marx observa, atinadamente, que el artículo del Código penal francés que Proudhon toma por un resultado necesario y general de las relaciones de la producción burguesa, prueba, todo lo más, que la industria moderna y la competencia no estaban aún suficientemente desarrolladas en tiempos de la Asamblea Constituyente y del primer Imperio. En Inglaterra, las coaliciones están autorizadas por una ley desde 1825; y en Francia, el segundo Imperio tuvo que autorizarlas, mostrándose así el Gobierno de Napoleón III más avanzado y menos burgués que el socialista Proudhon.

«Mientras más se desarrollan la industria moderna y la competencia —dice Marx—, más elementos hay que provocan y secundan las coaliciones, y desde el momento en que las coaliciones han llegado a ser un hecho económico que toma cada día más consistencia, no pueden tardar en convertirse en hecho legal».

Los economistas y los socialistas utópicos, antes de 1848, del mismo modo que los socialistas burgueses de hoy, estaban de acuerdo sobre un solo punto: condenar las coaliciones. Pero motivaban de distinto modo su sentencia.

«Los economistas quieren que los obreros permanezcan dentro de la sociedad, tal como ésta se halla formada y como ellos la han consignado y sellado en sus manuales.

»Los socialistas quieren que los obreros se desentiendan de la sociedad antigua para poder entrar mejor en la nueva sociedad que ellos han preparado con tanta previsión.

»A pesar de unos y de otros, a pesar de los manuales y de las utopías, las coaliciones no han cesado un instante de adelantar y crecer con el desarrollo y el crecimiento de la industria moderna; habiendo llegado ahora a tal punto, que el grado de desarrollo en que se encuentra la coalición en un país indica claramente el grado que éste ocupa en la jerarquía del mercado del Universo. En Inglaterra, donde la industria ha llegado al más alto grado de desarrollo, es donde las coaliciones son más vastas y están mejor organizadas.

»Los primeros ensayos de los trabajadores para asociarse entre sí han tenido lugar siempre bajo la forma de coalición.

»La grande industria aglomera en un solo punto una multitud de personas desconocidas unas de otras. La competencia los divide en intereses; pero el sostenimiento del salario, interés común que tienen contra el dueño, los reúne en un mismo pensamiento de resistencia: coalición. Así es que la coalición tiene siempre doble objeto: suprimir la competencia entre obreros para poder hacer una competencia general al capitalista. Si bien el primer objeto de la resistencia ha sido el sostenimiento de los salarios, a medida que los capitalistas, a su vez, se reúnen en un pensamiento de represión, las coaliciones, aisladas al principio, se forman en grupos y enfrente del capital reunido, y la cuestión del sostenimiento de la asociación viene a ser para ellos más importante que la defensa del salario. Esto es tan cierto, que los economistas ingleses ven con gran sorpresa a los obreros sacrificar una parte del salario a favor de las Asociaciones —habla de las *Trades Union*—, que, a los ojos de los comunistas, no fueron establecidas sino para defender el salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se reúnen y desarrollan todos los elementos necesarios para una batalla futura. Al llegar a este punto, la Asociación adquiere un carácter político».

Los hechos económicos que han venido sucediéndose en estos últimos años han dado completa razón a Carlos Marx, contra todas las escuelas económicas y políticas burguesas, y los trabajadores de ambos Mundos saben hoy a qué atenerse sobre esta cuestión vital para ellos; saben perfectamente que la huelga es la única arma que poseen, por el momento, no sólo para defender su pan y su independencia de la rapacidad y la tiranía de los patronos, sino para estrechar más cada día, merced a estas luchas económicas, los lazos que los unen, y que, ensanchando y fortaleciendo las Asociaciones y federándolas entre sí, hacen cada día más inminente la «batalla futura» de que nos habla Marx. Por eso la clase obrera de todos los países reivindica enérgicamente la libertad de coaligarse, y los Gobiernos se han visto obligados a ceder, o van cediendo, a la presión del hecho económico, que en casi todos los pueblos es ya, a estas horas, un hecho legal.

Lo cual no quiere decir que la clase gobernante se resigne sin dificultad con la fatalidad de los hechos económicos, que la condenan a muerte. En todas partes lucha desesperadamente contra esta corriente fatal, y retira con una mano lo que con la otra ha concedido, sirviéndose del pretexto hipócrita, hoy universalizado, de garantizar la libertad del trabajo, para hacer ilusorias las coaliciones e ineficaces las huelgas, o darles un carácter de violencia que le permita intervenir con la fuerza pública y derramar sangre de proletarios, como sucedió bajo el segundo imperio, en la mina de la Ricamerie, o como ha sucedido últimamente en Fourmies, bajo el paternal Gobierno de Carnot.

Por otra parte, la burguesía, no obstante su estado de abyección embrutecedora, empieza a abrir los ojos y a medir toda la profundidad del abismo a que la conduce la

unión de sus explotados, sobre todo desde que esta unión reviste el carácter internacional; y pasando —la burguesía— de la actitud pasiva que hasta ahora había observado a una actitud agresiva, toma posiciones, no ya contra las huelgas parciales o generales, sino contra el hecho mismo de la coalición, contra todo acto que tienda a organizar las fuerzas proletarias. Basta que los obreros de un punto, desunidos antes, se organicen con el fin de fundar un Sindicato o Sociedad de resistencia, para que los patronos, fabricantes o directores, despidan sin misericordia a cuantos hayan contribuido a crear la nueva organización y se nieguen a reconocer la existencia legal de estos indisciplinados, poniéndose así en abierta contradicción con la ley, que autoriza la formación de estas Asociaciones. Un ejemplo muy reciente de lo que afirmamos es lo sucedido hace poco en París con una famosa huelga, y la conducta dictatorial de una gran Compañía con sus empleados y obreros, que tenían la pretensión de asociarse para defender sus intereses.

En el punto a que han llegado las cosas, esta actitud hostil de la burguesía servirá sólo para acelerar su pérdida, pues sus días están contados: si cede, tendrá que dejar pronto el puesto al proletariado triunfante; si resiste, su caída será más pronta aún, y más estrepitosa y sangrienta. La situación que atravesamos se asemeja singularmente a la situación de la antigua monarquía francesa en su lucha de hace exactamente un siglo con la clase media revolucionaria. Sólo que hoy el antagonismo es más hondo, y, por consecuencia, la lucha más encarnizada y la conciliación imposible, como que se trata de la batalla suprema y decisiva de esa guerra de clases que Marx nos ha mostrado escrita con caracteres indelebles en la historia de la Humanidad.

* * *

No terminaremos esta sucinta exposición de las teorías comunistas de Marx y de su crítica del régimen capitalista y burgués sostenido por Proudhon, sin añadir algunos apuntes sobre la vida, el carácter y las obras del gran iniciador del movimiento obrero de nuestros días.

Nació Carlos Marx en Tréveris (Prusia renana) el 5 de mayo de 1818, de padres oriundos de los Países Bajos. Estudió Leyes y después Filosofía en Bonn y en Berlín. En 1841 volvió a Bonn para abrir un curso en la Universidad de aquella ciudad, pero el Gobierno no tardó en impedírselo, y tuvo que renunciar a exponer sus ideas. En 1842 se fundó en Colonia la *Gaceta Renana*, periódico de oposición tal como no había existido ningún otro en Alemania antes de 1848. Marx fue uno de los principales redactores de la *Gaceta Renana, y* más adelante su director, de septiembre de 1842 a enero de 1843. El Gobierno suprimió la *Gaceta*, y entonces Marx se trasladó a París, donde se estableció. Por aquella época, antes de trasladarse a París, contrajo matrimonio con Juana de Westfalia, su digna y valerosa compañera, que, identificada con él en ideas y sentimientos, participó sin quejarse de todas sus persecuciones y de todas las amarguras del destierro, y cuya muerte, que precedió

muy poco a la suya, debió de ser para él un golpe terrible, que aceleró, sin duda, el fin prematuro de su preciosa vida.

En París (1843) publicó, en compañía de A. Rouge, los *Anales franco-alemanes*, en los que insertó sus primeros estudios socialistas. Expulsado de Francia por el Ministerio Guizot, pasó a Bruselas a principios de 1845. En 1848, después de la revolución, volvió a Colonia y publicó la *Nueva Gaceta Renana* (junio de 1848 a mayo de 1849), que fue el periódico más revolucionario que ha existido en Alemania, antes y después. Era la época en que las insurrecciones de Dresde, Iserlohn, Elberfeld y otras habían sido sofocadas por el número, y en que las tropas prusianas preparábanse a acabar con la revolución en la Alemania del Sur. Marx recorrió los centros insurreccionales en Karlsruhe y Kaiserslautern, y tuvo ocasión de convencerse de que su puesto no estaba en medio de aquellos burgueses, sino más bien en el centro de la revolución, en París, donde se estaba preparando una crisis político-social. Esta crisis estalló el 13 de junio de 1849. Después de la derrota, Marx fue perseguido nuevamente por el Gobierno de la república burguesa, que quiso internarlo en el departamento del Morbihan, pero él prefirió salir de Francia, refugiándose en Londres, donde permaneció hasta su muerte, ocurrida el 14 de marzo de 1883.

En Londres se reunió con su amigo Federico Engels, y desde el primer día se pusieron en comunicación con todos los elementos verdaderamente revolucionarios de Europa. A la acción incesante de estos dos hombres, desde el destierro, sobre el movimiento socialista obrero reciente, débense, a no dudarlo, todos los progresos realizados desde entonces por el Socialismo revolucionario internacional. Empezaron por establecer los principios teóricos que habían de servir de punto de apoyo al proletariado militante, pudiendo afirmarse que Marx y Engels fueron los primeros teóricos socialistas que hubo en Alemania (creemos inútil mencionar algunos charlatanes y místicos que se agitaron en 1842 y 1843, porque están ya olvidados). Antes de la época a que nos referimos existían ya comunistas obreros alemanes, particularmente Weitling y otros obreros, que formaban una Sociedad secreta púnica forma de acción revolucionaria posible a la sazón), y habían combatido en París al lado de Babes y Blanqui el 12 de mayo de 1839. Desde aquel día trasladaron su centro a Londres (la Sociedad comunista obrera de Londres, fundada por aquel entonces, existe todavía).

En 1846 propusieron a Marx y a Engels que ingresaran en aquella Sociedad, con la cual ya estaban en relaciones amistosas. Los obreros comunistas se habían convencido de la necesidad de introducir una modificación completa en su programa y en su organización. Marx y Engels aceptaron, y la Liga de los Comunistas fue transformada, de Sociedad conspiradora que había sido hasta entonces, en Sociedad de propaganda. El *Manifiesto del Partido Comunista*, redactado por Marx y Engels, y

adoptado en el Congreso de la Liga que tuvo lugar en diciembre de 1847, salió a luz en 1848, antes de la revolución como programa de la Liga. Este importantísimo documento, donde se encuentra condensada la crítica de la sociedad y establecidos los principios fundamentales del Socialismo moderno, vino a ser después el programa de todos los socialistas revolucionarios.

En 1850, el Comité Central de la Liga, que residía a la sazón en Colonia, fue preso. La vista de la causa tuvo lugar en 1851, y terminó con la condena de la mayor parte de los acusados, condena obtenida con ayuda de un espionaje y de perjurios hasta entonces nunca vistos. Con motivo de este proceso, Marx publicó sus *Enthüllungen über den Komm. Process in Köln (Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia)*, donde todas aquellas infamias inauditas fueron reveladas.

Después del golpe de Estado de 1851, Marx escribió *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*, en el cual expuso la situación de Francia y las causas del golpe de Estado de diciembre, que había sorprendido a la burguesía como la caída de un rayo, con una perspicacia tal, que todavía es la mejor relación que existe de aquel importante acontecimiento.

Llegamos al hecho más culminante del movimiento socialista obrero: la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, verificada en Londres; el mitin que tuvo efecto en Saint-Martin’s Hall el 28 de septiembre de 1864, y en el que tomaron parte obreros de diferentes naciones que habían sido delegados por sus Gobiernos respectivos para estudiar la Exposición Universal de Londres.

El Manifiesto inaugural de la Asociación, que se publicó pocos meses después del mitin de Saint-Martin’s Hall, y en el cual se descubría claramente la pluma de los dos incansables propagandistas del Socialismo revolucionario, empieza por establecer el hecho siguiente, que bastaba por sí solo para justificar la fundación de una Liga internacional de trabajadores:

«Es un hecho notabilísimo que la miseria de las masas trabajadoras no haya disminuido desde 1848 a 1864, y sin embargo, este período presenta un desarrollo incomparable de la industria y del comercio».

Afirma después que «la conquista del Poder político es el primer deber de la clase obrera», y que «así parece haberlo comprendido esta clase, pues en Inglaterra, en Italia, en Alemania y en Francia se han visto resucitar al mismo tiempo estas aspiraciones comunes, y al mismo tiempo también se han hecho esfuerzos considerables para reorganizar políticamente el partido de los trabajadores»; y termina con el mismo grito del *Manifiesto comunista* de 1848: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

A fin de que no quedara la menor duda sobre el carácter de la política de la nueva Asociación, Marx, que formaba parte del Consejo General como secretario corresponsal por Alemania y Rusia, y que fue encargado de la redacción de los

estatutos generales, tuvo buen cuidado de declarar en el primer considerando «que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». No había, pues, lugar a interpretaciones: el objeto de la Internacional, lo mismo que el de la Liga de los Comunistas de 1848, era la emancipación de la clase obrera revolucionariamente, y, por consecuencia, su política tenía que ser política obrera, distinta de la de los demás partidos, política de clase. Los que más Adelante provocaron la división en el seno de la Internacional, so pretexto de que se trataba de convertir esta Asociación en un partido político como los demás, faltaban a la verdad a sabiendas, conociendo como conocían el espíritu y la letra de los estatutos y las ideas de su redactor.

Por si no estuviera bastante aclarado el pensamiento que había presidido a la creación de la Internacional, los acontecimientos se encargaron de proporcionar a sus fundadores una ocasión de proclamar ante el mundo sus opiniones revolucionarias. Nos referirnos a la revolución del 18 de marzo de 1871, que estableció la *Commune* de París, y a la caída de ésta en mayo del mismo año. A los pocos días de ocurrida tan inmensa catástrofe, salió a la luz, con el título de *La guerra civil en Francia*, un importantísimo manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, escrito por Marx, haciéndose solidario de todos los actos de la *Commune*; trazando a grandes rasgos la historia verdadera de aquella revolución; reivindicando para la clase obrera la gloria del alzamiento del 18 de marzo, de carácter social, como lo fue la insurrección de junio de 1848; y anatematizando, en términos tan enérgicos como merecidos, la conducta de sus feroces y cobardes vencedores; revelando, además, las causas de su sangrienta derrota, y descubriendo las infamias y traiciones de que se valieron los versalleses para alcanzar el triunfo, y los horrores cometidos después de la victoria.

A esta valiente requisitoria contra el infame Thiers, contra la turba de asesinos que sancionaba sus actos y contra toda la burguesía francesa, que se hizo cómplice de la más horrorosa matanza de proletarios que registra la Historia, se debe, más que a nada, el que el Gobierno inglés, excitado por la indignación pública, se negase a consentir la extradición de los refugiados de la *Commune*, que Julio Favre reclamaba, apoyando su reclamación en todo género de falsedades y calumnias. Puede decirse que de la publicación de este manifiesto data, sobre todo, la unidad de miras de la clase obrera en todos los países civilizados.

Pero la misma resonancia de esta pública y elocuente defensa de la *Commune* vencida fue como la voz de alarma para las clases gobernantes de toda Europa, que veían con terror acercarse la hora de la unidad del proletariado, y desde aquel momento empezó una campaña de intrigas y ataques embozados contra el Consejo General, en apariencia, pero realmente contra Marx. La policía internacional logró introducirse en el seno mismo de la gran Asociación de Trabajadores, y puso en juego

todos los resortes policíacos, excitó rencores personales, halagó ambiciones, explotó ignorancias, para dividirla y destruir su admirable organización.

En defensa de esta organización, que era la obra de los socialistas, y volviendo por los fueros de la verdad, descarada mente maltratada por los conspiradores, el Consejo General dirigió, a principios de 1872, una *circular privada* a todas las Federaciones con el título de *Las supuestas divisiones en la Internacional*. No sólo deshizo el principal pretexto en que los promotores de la división se apoyaban, demostrándoles que la Conferencia de Londres de 1871 había sido un acto regular e impuesto por las circunstancias, toda vez que la celebración de un Congreso público en aquellos momentos era imposible, y «no habría servido para otra cosa que para denunciar a los delegados continentales, cuando la reacción europea celebraba sus orgías y Julio Favre reclamaba la extradición de los refugiados, como criminales de derecho común, a todos los Gobiernos, hasta al de Inglaterra», sino que, abordando la cuestión palpitante, el caballo de batalla de todos sus adversarios de dentro y fuera de la Internacional, o sea la resolución de la Conferencia de Londres sobre la «acción política de la clase obrera», el Consejo General probó hasta la evidencia que aquella resolución se hallaba «plenamente justificada por sus considerandos, apoyados en los estatutos generales, en las resoluciones del Congreso de Lausana y en otros precedentes»[3].

Increíble parecerá a los que han olvidado las extrañas peripecias de esta campaña contra el Consejo General, guerra sorda y tenaz contra la Internacional misma, que se desconociera así por completo la conducta leal, sensata, eminentemente revolucionaria, de los hombres que estaban al frente de la Asociación; que se escogiera para combatirlos precisamente el momento en que acababan de dar una prueba patente de su abnegación absoluta por la causa del proletariado; que se negara, en fin, la necesidad de organizar la clase trabajadora para la conquista del Poder político, a raíz de la revolución del 18 de marzo. ¡Y los que dirigían tan criminal campaña se declaraban altamente —y se declaran todavía— partidarios de la *Commune*!

Pero la extrañeza subirá de punto al ver, como lo hace notar la circular del Consejo, que toda la prensa reaccionaria, desde París a Moscú, de Londres a Nueva York, estaba unánime en denunciar la resolución sobre la política de la clase obrera como «encubridora de designios tan peligrosos» —el *Times* la trató de «una audacia fríamente calculada»—, que era urgente poner a la Internacional fuera de la ley.

Así, la Alianza de la Democracia Socialista, fundada y dirigida por Bakunin, diferentes grupos de emigrados franceses organizados en. Suiza y en Londres y los órganos de la policía de todos los países se habían conjurado para destruir la organización amenazadora de la internacional. Este informe, amalgama de ambiciones personales, de aspiraciones mal definidas y de elementos policíacos, fue

denunciado en la circular privada del Consejo General con pruebas y documentos irrefutables, de los cuales aparecía que las Secciones que se manifestaban más hostiles al Consejo, acusándolo de «autoritario», estaban influidas, cuando no dirigidas, por agentes de la policía secreta, agentes que las mismas Secciones se vieron, al fin, obligadas a denunciar a su vez y a expulsar de su seno.

La circular concluía dando la verdadera definición de la palabra anarquía, que los disidentes se proponían aplicar a la organización de las Secciones internacionales, y de la que tanto han usado y abusado después para impedir toda clase de organización obrera.

«La anarquía es el gran caballo de batalla de Miguel Bakunin, que de los sistemas sociales sólo ha tomado las etiquetas. Todos los socialistas entienden por anarquía lo siguiente: una vez conseguido el fin del movimiento obrero, que es la abolición de las clases, el poder del Estado, que sirve para mantener la gran mayoría productora bajo el yugo de una minoría explotante poco numerosa, tiene que desaparecer, y las funciones gubernamentales se transformarán en simples funciones administrativas. La Alianza toma las cosas al revés —como si dijéramos, el rábano por las hojas— y proclama la anarquía en las filas proletarias como el medio infalible de quebrantar la poderosa concentración de las fuerzas sociales y Políticas que se halla en manos de los explotadores. Con semejante pretexto pide a la Internacional, en el momento en que el mundo antiguo se propone anonadarla, que reemplace su organización por la anarquía. La policía internacional no pide otra cosa para eternizar la república de Thiers, cubriéndola con el manto imperial».[4].

La derrota de los adversarios del Consejo General no hizo sino avivar sus rencores. Careciendo de razones que oponer a los hechos expuestos en la circular, redoblaron sus trabajos de zapa, y empleando el arma, siempre cortadora, de la calumnia y de la mentira, fueron introduciéndose en la mayor parte de las Secciones y Federaciones, favorecidos por las pasiones más bajas y alentados por los elementos burgueses, que no renunciaban a la dirección de las huestes obreras.

Poco a poco, merced a intrigas y manejos de todas suertes, que sólo pueden compararse con los procedimientos empleados por cierta célebre Compañía, la Alianza fue apoderándose de las Secciones y Federaciones de la Internacional en España, Italia, Portugal y parte de Bélgica, y al cabo de un año, cuando se celebró el Congreso de La Haya —septiembre de 1873— la guerra estaba declarada entre aliancistas e internacionales, entre socialistas revolucionarios y anarquistas desorganizadores.

No obstante los recursos más reprobados y jesuíticos de que echaron mano los bakunistas en su triste campaña contra la organización de la Internacional, los verdaderos internacionales estaban en mayoría en el Congreso de La Haya, y Miguel Bakunin fue acusado ante el Congreso como autor de todas las disensiones surgidas

en el seno de la Internacional, y expulsado de la Asociación, no sólo por fundador y propagador de la Alianza, sino por un hecho personal. «El documento auténtico en apoyo del hecho a que nos referimos —léese en el dictamen de la Comisión nombrada al efecto se halla en nuestro poder; pero razones políticas nos fuerzan a reservar su publicación».

A propuesta de Marx y de los que participaban de sus ideas, la residencia del nuevo Consejo General fue fijada en Nueva York, y los individuos que habían de componerlo, elegidos entre los internacionales residentes en aquel punto.

Así terminó la guerra larga e implacable (había durado cerca de tres años) que los aliancistas y polizontes unidos hicieron al Consejo General de la Internacional, y con más encono que a nadie a la persona de Carlos Marx, a sus teorías, a su acción, a su influencia —con la condenación y expulsión de Bakunin, como jefe e instigador de aquella guerra disolvente—. La caída de Miguel Bakunin, de ese hombre funesto, de quien podía decirse, con razón, ampliándolo a la mayoría de sus partidarios, lo que dijo el *Tawacht*, de Zurich: «Si no sois un agente pagado, lo cierto es que un agente pagado no habría hecho nunca más daño que el que habéis hecho»; su caída, decimos, fue un justo castigo, pero no reparó los daños causados; el germen de disolución que él había introducido en la Internacional siguió produciendo sus efectos, y el Congreso de La Haya fue el último acto de vida de la gran Asociación de Trabajadores. Y, triste es confesarlo, la ley Dufaure, es decir, la persecución gubernamental, que no se extendía, realmente, más allá de las fronteras de Francia, tuvo poco o nada que ver en este alto lamentable del movimiento obrero internacional.

No nos extenderemos en comentarios sobre este hecho, que debe considerarse como uno de los acontecimientos de mayor transcendencia de nuestros días: la burguesía universal pudo respirar libremente, creyendo que la paralización de un movimiento que amenazaba su existencia de clase era obra suya —en lo cual sólo se equivocaba a medias—. Algunos socialistas, inclinados al fatalismo, opinan que lo sucedido debió suceder, porque no había llegado todavía la hora de agrupar las fuerzas proletarias de todos los pueblos. Esta teoría de los hechos consumados, que pretende explicarlo todo, no explica nada, en realidad, y los que concibieron la idea de fundar una Asociación internacional de trabajadores pensaban, y ron razón, que era el momento oportuno de realizar la unión le los proletarios del mundo entero, unión formulada ya en el *Manifiesto comunista* de 1848. Nosotros estamos persuadidos de que, si las teorías burguesas y los elementos sospechosos que causaron la ruina de aquella Asociación no hubieran encontrado en las agrupaciones obreras ciertas ambiciones dispuestas a favorecerlos, si la unión internacional se hubiese Mantenido —nótese que nadie había negado la necesidad de esta unión—, los sucesos políticos que desde entonces han unido efecto en Europa habrían podido cambiar de rumbo. Sin ir más lejos, el establecimiento de la república en España, que

coincidió, desgraciadamente, con la desorganización de la Internacional, habría tenido, sin duda, consecuencias revolucionarias de la mayor transcendencia, si el descabellado movimiento cantonalista, sin programa y sin bandera, hubiese encontrado un partido, un grupo organizado que le diera el programa y la bandera del Socialismo obrero, como lo creyeron por un momento casi todos los socialistas de Europa, entre otros, nuestro amigo Engels.

El movimiento socialista, que se dirige hoy de las extremidades hacia el centro, con la constitución de partidos socialistas obreros nacionales, que tendrán que internacionalizarse después, nos conducirá al mismo punto, lo reconocemos; pero nos habríamos ahorrado la mitad del camino si, como lo querían Marx y Engels, el movimiento hubiese continuado del centro a las extremidades. ¡Qué triunfo para la burguesía el haber despojado al Socialismo —siquiera momentánea y aparentemente — de su carácter internacional!

Muchos suponían que, después de su retirada del Consejo General, Marx se encerraría en el silencio de sus estudios y de sus especulaciones científicas, según es uso y costumbre entre los hombres políticos de la burguesía; pero le conocían mal los que lo juzgaban desde el punto de vista burgués. Marx era un revolucionario en la verdadera acepción de la palabra: hombre de acción al par que teórico eminente.

No sólo continuó en relaciones con los grupos que en diferentes países habían permanecido fieles a la política obrera de la Internacional, sino que consagró, secundado por Engels, toda su actividad y su inmenso prestigio a la organización del Partido Socialista alemán, que estaba en vías de reconstituirse, después de la fusión de las dos fracciones en que antes se hallaba dividido. Sin la poderosa influencia y la resuelta actitud de Marx y Engels, la fracción lassalista habría triunfado, imprimiendo al nuevo partido su carácter burgués y nacionalista. La lucha entre las dos fracciones fue ardiente y porfiada, siendo necesaria toda la energía de estos dos hombres, que ejercían su acción a larga distancia, para que la Democracia Socialista alemana conservase puros los principios revolucionarios y adoptara como base el programa de la Internacional.

Durante el largo período de inauditas persecuciones que atravesó el Partido Socialista alemán, y que sólo tuvo fin hace un año; durante ese duelo terrible, cuerpo a cuerpo, que empezó entre un puñado de hombres, desarmados y sin recursos, y el Gobierno más poderoso de la tierra, y concluyó por el triunfo moral del Socialismo, el papel de Marx y de Engels, por ser poco resonante, no fue menos activo y eficaz el apoyo de su pluma y de sus recursos pecuniarios no faltó ni un momento a las víctimas de la persecución bismarkiana ni a la propaganda de las ideas socialistas.

El *Sozial Demokrat*, órgano del Partido fuera de la ley, no cesó de publicarse ni un día, primero en Zurich, siendo sus principales redactores y sus exclusivos sostenedores Marx y Engels, y después de la muerte del primero, Engels casi solo;

quienes mantuvieron siempre alta la bandera del Socialismo obrero y combatieron sin tregua ni reposo a su temible adversario, descubriendo los manejos ocultos de sus secuaces, de sus agentes secretos.

Burlando las infinitas precauciones de la policía de Bismark, lograron constantemente que su voz fuera oída de los obreros socialistas alemanes, que, viéndose sostenidos, no desmayaron en la lucha. Cuando se publique la historia imparcial de esta lucha épica, se verá la parte preponderante que en ella tomaron Marx y Engels. Por hoy nos limitaremos a indicar que si fuera necesario defender a Marx contra sus estúpidos adversarios, que le acusaban de querer llevar a la clase obrera al terreno político, para crearse una posición política personal, bastaría observar su conducta impersonal y desinteresada, su completa abnegación durante la crisis tremenda que atravesó el Partido Socialista alemán. ¿Quién con mejor título que él habría podido aspirar al primer puesto en las filas de aquel partido?

Mientras se ocupaba de política militante, no descuidó Marx sus trabajos teóricos. En los últimos años de su vida, quebrantado ya por la enfermedad que debía arrebatárnoslo, dio la última mano al tomo segundo de *El capital*, producto de quince años de pacientes estudios, de incesantes investigaciones y meditaciones profundas sobre todos los fenómenos económicos, políticos y sociales que se desarrollan a nuestra vista, y que nadie como él sabía observar y analizar, y coordinó los materiales para el tomo tercero de la misma obra, que Engels está redactando actualmente y espera poder sacar a luz el año próximo de 1892. El tomo segundo de *El capital* fue publicado por Engels tres arios después de la muerte de su autor[5].

El carácter del ilustre autor de *El capital* sería suficiente para justificar la acción inmensa que ha ejercido en el movimiento socialista obrero contemporáneo; el puesto aparte que ocupa en la historia de la filosofía moderna lo debe a su concepción luminosa de la teoría inaugurada por Hegel, a la que dio por base los fenómenos económicos, en tanto que Hegel hacía proceder todo de la idea absoluta; el puesto indisputable que ocupa en la historia del socialismo es debido principalmente a su carácter. De una probidad sin tacha, de una rigidez de costumbres, tanto política como particular, lo había sacrificado todo a la realización de su gran ideal revolucionario, la unión de las fuerzas proletarias del mundo entero: posición en el mundo burgués, familia, patria —si para un hombre como él la idea de patria podía tener algún significado desde el punto de vista sentimental—. Tenía en la sangre algo de aquella pasión ardiente de los grandes revolucionarios del 93, sólo que, en vez de amar la revolución por la revolución, lo que perseguía con todo el ardor de su temperamento era la emancipación de toda una clase, la clase de los desheredados. Todo el que amaba sinceramente a la clase trabajadora y se consagraba con desinterés a la obra de su emancipación, era su amigo; todo aquél que la combatía o tratara de explotarla, era su mortal enemigo.

Le juzgaban sin conocerle los que atribuían sus disputas con Bakunin a rivalidades de escuela. Bakunin no tenía escuela propia, habiendo pertenecido a todas, incluso a la de Marx; lo que él veía en Bakunin era un obstáculo al desarrollo de la organización obrera, y como a tal le había declarado la guerra, una guerra sin cuartel, como antes y por las mismas razones había combatido a Proudhon.

Era preciso oírle con qué bondad, con qué interés hablaba de los obreros de todos los países y se informaba de sus necesidades, de su miseria, de su organización. Lo que le distinguía de todos los hombres políticos de su clase no era sólo la Perseverancia en inculcar sus ideas en el entendimiento de la clase trabajadora, sino su confianza en el poder y en los hombres de esta clase. Es el primero que ha creído y proclamado que «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». Esta fe en el porvenir del proletariado, en su fuerza revolucionaria, esta identificación con los sentimientos y aspiraciones de la clase explotada, es lo que ha inspirado a Engels su célebre frase de que «la filosofía alemana es la cabeza y el proletariado el corazón del movimiento socialista moderno». Sólo que en vez de filosofía alemana debió decir la filosofía de Marx.

Por el contrario, cuando se hablaba delante de él de algún enemigo declarado del pueblo trabajador, sus ojos centelleaban y leíase en su mirada profunda el odio y el desprecio que le inspiraban los hombres políticos de la burguesía.

Hablando un día de Thiers, que vivía aún, decíanos:

«¡Qué lástima será que ese hombre muera en su cama!»

Y el malvado murió en su cama, tranquilo y rodeado de todos los honores que la burguesía parisiense debía al verdugo del pueblo de París.

: Cuando, un año después de celebrado el Congreso de La Haya, el que escribe estas líneas tuvo la suerte de estrechar por primera vez la mano del fundador de la Internacional, éste resumió en las siguientes palabras nuestra conversación:

«Después de todo lo ocurrido, mi principal misión consiste hoy en dejar a la clase obrera una base teórica suficientemente firme y ancha para que le sirva de punto de apoyo en su organización futura y de arsenal de donde saque las armas necesarias para luchar con la burguesía».

Estas palabras profundas, que no se han borrado ni se borrarán nunca de nuestra memoria, son las que nos han sugerido la idea de traducir la MISERIA DE LA FILOSOFÍA y dictado los presentes desaliñados apuntes. Contribuir a ensanchar la base teórica del movimiento socialista nos ha parecido la mejor manera de rendir un tributo de admiración a la memoria de nuestro venerado maestro, y prestar, en la medida de nuestras fuerzas, un servicio más a la clase trabajadora. A esto se reducen todas nuestras pretensiones.

J. MESA

Málaga, 14 de mayo de 1891.

MISERIA DE LA FILOSOFÍA

OBSERVACIÓN PRELIMINAR

Proudhon tiene la desgracia de ser singularmente desconocido en Europa. En Francia puede permitirse ser mal economista, porque pasa por ser un buen filósofo alemán. En Alemania puede ser mal filósofo, porque pasa por ser entre los economistas franceses uno de los más superiores. En nuestra calidad de alemán y de economista a la vez, hemos querido protestar contra este doble error.

El lector comprenderá perfectamente que en una tarea tan ingrata hemos tenido necesidad muchas veces de abandonar la crítica de Proudhon, para hacer la de la Filosofía alemana, y dar al mismo tiempo ciertas nociones de la Economía política.

CARLOS MARX

Bruselas, 15 de junio de 1847.

PREFACIO

La obra de Proudhon no es un simple tratado de Economía política ni un libro ordinario; es una Biblia: «Misterios», «Secretos arrancados del seno de Dios», «Revelaciones», nada falta en esta obra. Mas como en nuestros tiempos los profetas son discutidos más concienzudamente que los autores profanos, será preciso que el lector se resigne a pasar con nosotros por la erudición árida y tenebrosa del *Génesis*, para elevarse después, con Proudhon, a las regiones etéreas y fecundas del *suprasocialismo*. (Véase Proudhon, *Filosofía de la miseria*, prólogo, pág. III, línea 20).

CAPITULO I
UN DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO

§ I. Oposición del valor de utilidad y del valor de cambio.

«La capacidad que tienen todos los productos, ora naturales, ora industriales, de servir para la subsistencia del hombre se denomina particularmente valor de utilidad, y la capacidad que tienen de trocarse uno por otro, valor de cambio… ¿De qué manera el valor de utilidad se convierte en valor de cambio?… La generación de la idea del valor (de cambio) no ha sido notada por los economistas con suficiente cuidado: conviene que nos fijemos en ello. Puesto que entre los objetos de que tengo necesidad hay muchos que la Naturaleza produce en cantidad muy insuficiente, o que no los produce, me veo obligado a ayudar la producción de lo que me falta, y como no puedo ocuparme en producir tantas cosas, propondré a otros hombres, colaboradores míos en funciones diversas, que me cedan una parte de sus productos en cambio del mío». (Proudhon, tomo I, cap. II).

Proudhon se propone explicarnos, antes de nada, la doble naturaleza del valor, la distinción del valor, el movimiento que transforma el valor de utilidad en valor de cambio. Conviene detenernos con Proudhon a examinar semejante acto de transustanciación. He aquí cómo se verifica este acto, según el autor a que nos referimos.

Hay un crecido número de productos que no se hallan en la Naturaleza, sino en la industria. Supongamos que las necesidades superan la producción espontánea de la Naturaleza: el hombre se ve forzado a recurrir a la producción industrial.

¿Qué significa esta industria en la hipótesis de Proudhon? ¿Cuál es su origen? Un solo hombre, que tiene necesidad de un crecido número de cosas, «no puede ocuparse en producir tantas cosas». Tantas necesidades que satisfacer suponen cuantas cosas que producir: no hay productos sin producción; y cuantas cosas que producir suponen ya más de un hombre que contribuye a producirlas. Ahora bien: desde el punto en que suponemos más de un hombre que contribuye a la producción, damos por supuesta toda una producción basada en la división del trabajo. De suerte que la necesidad, tal como la supone Proudhon, supone por sí misma toda la división del trabajo. Al suponer la división del trabajo, tenemos el cambio y, por consecuencia, el valor de cambio. Habría sido más sencillo suponer desde luego el valor de cambio. Pero Proudhon ha preferido ciar un rodeo; sigámosle en todos su rodeos, para volver siempre a su punto de partida.

A fin de salir del estado de cosas en que cada cual produce aisladamente, y llegar al cambio, «me dirijo, dice Proudhon, a mis colaboradores en funciones diversas». Luego yo tengo colaboradores, que tienen todos funciones diversas, sin que por esto, ni yo ni los demás, siguiendo siempre la hipótesis de Proudhon, hayamos salido de la posición solitaria y poco sociable de Robinsón Crusoe. Los colaboradores y las funciones diversas, la división del trabajo y el cambio que ella implica existen simultáneamente.

Resumamos: yo tengo necesidades fundadas en la división del trabajo y en el cambio. En el hecho de suponer estas necesidades, Proudhon supone el cambio y el valor de cambio, cuya generación se propone precisamente «notar con mayor cuidado que los demás economistas».

Proudhon habría podido con igual razón invertir el orden de las cosas, sin invertir por esto la exactitud de sus deducciones. Para explicar el valor de cambio es menester el cambio; para explicar el cambio es menester la división del trabajo; para explicar la división del trabajo son precisas necesidades que reclamen la división del trabajo; para explicar estas necesidades «hay que suponerlas», lo que no es lo mismo que negarlas, en contradicción con el primer axioma del prólogo de Proudhon, que dice: «Suponer a Dios es negarlo». (Prólogo, página I.)

¿Cómo se arregla Proudhon, que supone siempre conocida la división del trabajo, para explicar el valor de cambio, que para él es siempre desconocido?

«Un hombre propone a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas», que establezcan el cambio y hagan una distinción entre el valor usual y el valor cambiable. Al aceptar la distinción propuesta, los colaboradores no han dejado a Proudhon otro «cuidado» que el de tomar acta del hecho, señalar, «notar» en su tratado de Economía política «la generación de la idea del valor». Mas no por esto se exime del deber de explicarnos «la generación» de esta proposición, de decirnos cómo ese hombre solitario, ese Robinsón Crusoe, ha tenido de repente la idea de dirigir «a sus colaboradores» una proposición del género conocido, y cómo estos colaboradores la han aceptado sin protesta alguna.

Proudhon no entra en semejantes detalles genealógicos, y da simplemente al hecho del cambio una especie de sello histórico, presentándolo bajo la forma de proposición hecha por un tercero y encaminada a establecer el cambio.

He aquí una muestra del método histórico y descriptivo de Proudhon, que profesa un soberano desdén por el «método histórico y descriptivo» de Adam Smith y de Ricardo.

El cambio tiene su historia propia, habiendo pasado por fases diferentes.

Hubo un tiempo, como en la Edad Media, en que sólo se cambiaba lo superfluo, el exceso de la producción respecto al consumo.

Hubo también un tiempo en que no sólo lo superfluo, sino todos los productos,

toda la existencia industrial había pasado al comercio, en que la producción entera dependía del cambio. ¿Cómo explicar esta segunda fase del cambio —el valor venal en su segunda potencia?

Proudhon habría tenido preparada la respuesta siguiente: —Figuraos que un hombre «haya propuesto a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas», elevar el valor venal a su segunda potencia.

Vino, finalmente, un tiempo en que todo cuanto los hombres habían considerado como inalienable fue objeto de cambio y de tráfico y pudo enajenarse. Éste es el tiempo en que las cosas mismas que hasta ahora habían sido comunicadas, pero jamás cambiadas; dadas, pero jamás vendidas; adquiridas, pero jamás compradas —virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia, etc.—; en que todo, en fin, pasó al comercio. Éste es el tiempo de la corrupción general, de la venalidad universal, o, para hablar en términos de Economía política, el tiempo en que habiendo llegado toda cosa, moral o física, a convertirse en valor venal, se la lleva al mercado para ser apreciada en su más justo valor.

¿Cómo explicar tampoco esta nueva y última fase del cambio, el valor venal en su tercera potencia? Proudhon habría tenido preparada esta otra respuesta: —Figuraos que una persona «haya propuesto a otras personas, colaboradoras suyas en funciones diversas», que hagan de la virtud, del amor, etc., un valor venal; que eleven el valor de cambio a su tercera y última potencia.

Como se ve, el «método histórico y descriptivo» de Proudhon es bueno para todo, responde a todo y lo explica todo. Si se trata principalmente de explicar históricamente la «generación de una idea económica», supone un hombre que propone a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas, que consumen este acto de generación, y no hay más que hablar.

En adelante aceptaremos «la generación» del valor de cambio como un acto consumado. Réstanos ahora exponer la relación del valor de cambio con el valor de utilidad. Oigamos a Proudhon:

«Los economistas han hecho notar muy bien el doble carácter del valor; pero lo que no han expresado con la misma claridad es su naturaleza contradictoria. Aquí empieza nuestra crítica… Es poco haber señalado en el valor útil y en el valor cambiable este contraste raro, en el cual los economistas están acostumbrados a ver una cosa sumamente sencilla; es preciso demostrar que esta supuesta sencillez esconde un misterio profundo, que tenemos el deber de penetrar… En términos técnicos, el valor útil y el valor cambiable están en razón inversa uno de otro».

Si no hemos comprendido mal el pensamiento de Proudhon, he aquí los cuatro puntos que se propone establecer:

1.º El valor útil y el valor cambiable forman «un contraste raro», se hacen la oposición.

2.º El valor útil y el valor cambiable están en razón inversa uno de otro, en contradicción.

3.º Los economistas no han visto ni conocido la oposición ni la contradicción.

4.º La crítica de Proudhon comienza por el fin.

Nosotros comenzaremos también por el fin, y para disculpar a los economistas de las acusaciones de Proudhon, cederemos la palabra a dos economistas de los más conocidos.

Sismondi: «A la oposición entre el valor usual y el valor cambiable ha reducido el comercio todas las cosas, etcétera…» *(Etudes*, tomo II, pág. 162, edic. de Bruselas).

Lauderdale: «Generalmente, la riqueza nacional (el valor útil) disminuye a proporción que las fortunas individuales crecen con el aumento del valor venal; y a medida que éstas disminuyen con la disminución del mismo valor, la primera aumenta». *(Recherches sur la nature et l'origine de la richesse publique*; traducido por Largentil de Lavaise. París, 1808).

Sismondi ha fundado en la oposición entre el valor usual y el valor cambiable su principal doctrina, según la cual, la disminución de la renta está en proporción del aumento de la producción.

Lauderdale ha fundado su sistema en la razón inversa de las dos especies de valor, y su doctrina era tan popular en tiempo de Ricardo, que éste habla de ellas como de una cosa generalmente conocida. «Confundiendo las ideas del valor venal y de las riquezas (valor útil), es como se ha sostenido que disminuyendo la cantidad de las cosas necesarias, útiles o agradables a la vida se podían aumentar las riquezas». (Ricardo, *Principes d'Economie politique*; traducido por Constancio, anotado por G. B. Say. París, 1835. Tomo II, *Ch. sur le valeur de les richesses*).

Acabamos de ver que los economistas «han señalado» antes que Proudhon el misterio profundo de oposición y de contradicción. Veamos ahora cómo explica Proudhon a su vez este misterio, después de los economistas.

El valor cambiable de un producto baja a medida que la oferta va creciendo y la demanda sigue siendo la misma; en otros términos: mientras más abundante es un producto, relativamente a la demanda, más bajo es su valor cambiable o su precio, y viceversa: mientras más reducida es la oferta relativamente a la demanda, más sube el valor cambiable o el precio del producto ofrecido; en otros términos: mientras más escasez hay de productos ofrecidos relativamente a la demanda, más carestía hay en los precios. El valor de cambio de un producto depende de su abundancia y de su escasez, pero siempre con relación a la demanda. Supóngase un producto, más que escaso, único en su género: este producto único será más que abundante, será superfluo, si nadie lo pide. En cambio, supóngase un producto multiplicado por millones: será siempre escaso, si no basta a satisfacer la demanda, es decir, si es muy solicitado.

Son estas verdades de las que podríamos llamar casi vulgares, y que, sin embargo, ha sido preciso repetirlas para hacer comprensibles los misterios de Proudhon.

«De tal modo, que siguiendo el principio hasta sus últimas consecuencias, se llegaría a deducir lo más lógicamente del mundo que las cosas cuyo uso es necesario y cuya cantidad es infinita, deben darse por nada, y aquellas cuya utilidad es nula y cuya rareza es extraordinaria, deben tener un precio inestimable. Para colmo de dificultad, la práctica no admite estos extremos: por una parte, ningún producto humano podrá llegar nunca a lo infinito en grandeza, y por otra, las cosas más raras tienen necesidad, en un grado cualquiera, de ser útiles, sin lo cual no serían susceptibles de ningún valor. El valor útil y el valor cambiable quedan, pues, fatalmente encadenados entre sí, si bien por su naturaleza tienden continuamente a excluirse». (Tomo 1, pág. 39).

¿Qué es lo que pone el colmo a los apuros de Proudhon? Una cosa muy sencilla: que ha olvidado la demanda, y que una cosa no puede ser escasa o abundante sino en tanto que es solicitada. Una vez que ha prescindido de la demanda, asimila el valor cambiable a la escasez y el valor útil a la abundancia. Efectivamente, al decir que las cosas «cuya utilidad es nula y cuya escasez es extraordinaria tienen un precio inestimable», dice, sencillamente, que el valor de cambio no es otra cosa que la escasez. «Escasez extraordinaria y utilidad nula» son pura escasez. «Precio inestimable» es el máximum del valor cambiable, es puramente el valor cambiable. Estos dos términos él los pone en ecuación. Así, pues, valor cambiable y escasez son términos equivalentes. Al llegar a estas supuestas «consecuencias extremas», resulta que Proudhon ha llevado al extremo, no las cosas, sino los términos que las expresan, y en esto da pruebas de retórico más bien que de lógico. Renueva sus primeras hipótesis en toda su desnudez cuando cree haber hallado nuevas consecuencias. Merced al mismo procedimiento, logra identificar el valor útil con la abundancia pura.

Después de haber puesto en ecuación el valor cambiable y la escasez, el valor útil y la abundancia, Proudhon se admira de no hallar ni el valor útil en la escasez y en el valor cambiable, ni el valor cambiable en la abundancia y en el valor útil; y al ver que la práctica no admite de ningún modo estos extremos, no puede pasar por otro punto que creer en el misterio. Existe para él precio inestimable porque no hay compradores, y no los hallará jamás mientras haga abstracción de la demanda.

Por otra parte, la abundancia de Proudhon parece ser algo espontáneo, y olvida por completo que hay personas que la producen, y que está en el interés de estas personas no perder jamás de vista la demanda. Y si no, ¿cómo habría podido lucir Proudhon que las cosas que son muy útiles deben darse a muy bajo precio o no costar nada? Hubiera debido deducir, por el contrario, que es preciso restringir la abundancia, la producción de las cosas muy útiles, si se quiere elevar su precio, su

valor de cambio.

Los antiguos viñeros de Francia, al solicitar una ley que prohibiera la plantación de nuevas viñas, los holandeses al quemar las especias del Asia, al arrancar los claveros en las Molucas, querían simplemente reducir la abundancia para elevar el valor del cambio. Toda la Edad Media, al limitar por medio de leyes el número de compañeros que un solo maestro podía ocupar, al limitar el número de instrumentos que éste podía emplear, obraba con arreglo al mismo principio. (Véase Anderson, *Histoire du commerce*).

Después de haber representado la abundancia como el valor útil, y la escasez como el valor cambiable —nada más fácil que demostrar que la abundancia y la escasez están en razón inversa—, Proudhon identifica el valor útil con la oferta y el valor cambiable con la demanda. Para hacer la antítesis todavía más profunda, establece una sustitución de términos, poniendo valor de opinión en vez de valor cambiable. Resulta, pues, que la lucha ha cambiado de terreno, y tenemos, por una parte, la utilidad (el valor en uso, la oferta), y por otra, la opinión (el valor cambiable, la demanda).

¿Quién conciliará estas dos potencias opuestas entre sí? ¿De qué manera se las pondría ele acuerdo? ¿Podríase tan sólo establecer entre ellas un punto de comparación?

«Seguramente, exclama Proudhon, hay uno, y es lo arbitrario. El precio que resulte de esta lucha entre la oferta y la demanda, entre la utilidad y la opinión, no será la expresión de la justicia eterna».

Proudhon continúa desenvolviendo esta antítesis:

«En mi calidad de comprador libre, yo soy juez de mi necesidad, juez de la conveniencia del objeto, juez del precio que yo quiera dar por él. Por otra parte, en vuestra calidad de productor libre, sois dueño de los medios de ejecución y, en su consecuencia, tenéis la facultad de reducir vuestros gastos». (Tomo I, página 42).

Y como la demanda y el valor de cambio son idénticos a la opinión, Proudhon se ve arrastrado a decir:

«Está probado que el libre albedrío del hombre es el que da lugar a la oposición entre el valor útil y el valor de cambio. ¿Cómo resolver esta oposición mientras subsista el libre albedrío? ¿Y cómo sacrificar éste, a no ser que se sacrifique al hombre?» (Tomo I, página 51).

De suerte que no hay solución posible. Hay una lucha entre dos potencias, por decirlo así, inconmensurables, entre lo útil y la opinión, entre el comprador libre y el productor libre.

Veamos las cosas un poco más de cerca.

La oferta no representa exclusivamente la utilidad, ni la demanda representa exclusivamente la opinión. El que demanda, ¿no ofrece también un producto

cualquiera, o el signo representativo de todos los productos, que es el dinero, y al ofrecerlo no representa, según Proudhon, la utilidad o el valor en uso?

Por otra parte, el que ofrece, ¿no pide también un producto cualquiera, o el signo representativo de todos los productos, que es el dinero? ¿Y no se convierte de este modo en representante de la opinión, del valor de opinión o del valor de cambio?

La demanda es al mismo tiempo una oferta y la oferta es al mismo tiempo una demanda. De suerte que la antítesis de Proudhon, al identificar simplemente la oferta y la demanda, la una con la utilidad y la otra con la opinión, descansa sólo en una abstracción frívola.

Lo que Proudhon denomina valor útil, otros economistas lo denominan con la misma razón valor de opinión. Citaremos únicamente a Storch *(Cours d'Economie politique*, París, 1823, páginas 88 y 89).

Según él, se llaman necesidades las cosas cuya necesidad sentimos, y se llaman valores las cosas a que atribuimos un valor. La mayor parte de las cosas sólo tienen valor porque satisfacen las necesidades engendradas por la opinión. La opinión sobre nuestras necesidades puede variar; luego la utilidad de las cosas, que no expresa sino una relación de estas cosas con nuestras necesidades, puede variar igualmente. Las mismas necesidades naturales varían continuamente. ¡Qué variedad hay, en efecto, en los objetos que sirven de alimento principal a los diferentes pueblos!

La lucha no se establece entre la utilidad y la opinión; se establece entre el valor venal que pide el que ofrece y el valor venal que ofrece el que pide. El valor cambiable del producto es cada vez el resultado de estas apreciaciones contradictorias.

En último análisis, la oferta y la demanda ponen en presencia mutuamente la producción y el consumo; pero la producción y el consumo que se fundaban en cambios individuales.

El producto que se ofrece no es lo útil en sí mismo. El consumidor es quien establece su utilidad, y, por consecuencia, aun cuando se le reconozca la calidad de ser útil, no es exclusivamente útil. En el curso de la producción se le ha cambiado por todos los gastos de producción, tales como las materias primeras, los salarios de los obreros, etc.; cosas todas que son valores venales. Así, pues, el producto representa a los ojos del productor una suma de valores venales. Lo que éste ofrece no es únicamente un objeto útil, sino además, y sobre todo, un valor venal.

En cuanto a la demanda, no será efectiva sino a condición de tener a su disposición medios de cambio. Estos mismos medios son productos, valores venales.

En la oferta y la demanda hallamos, pues: de una parte, un producto que ha costado valores venales, y la necesidad de vender; de la otra, medios que han costado valores venales, y el deseo de comprar.

Proudhon opone el comprador libre al productor libre, dando a ambos calidades

puramente metafísicas. Esto es lo que le induce a creer que el «libre albedrío del hombre es el que da lugar a la oposición entre el valor útil y el valor de cambio».

El productor, desde el momento en que ha producido en una sociedad fundada en la división del trabajo y en los cambios —y tal es la hipótesis de Proudhon—, se ve obligado a vender. Proudhon supone al productor dueño de los medios de producción; pero debe convenir con nosotros en que no dependen del libre albedrío sus medios de producción. Hay más; estos medios de producción son en gran parte productos que vienen de fuera, y en la producción moderna no es siquiera libre de producir la cantidad que él desea. El grado actual de desenvolvimiento de las fuerzas productivas le obliga a producir en tal o cual escala.

El consumidor no es más libre que el productor; su opinión estriba en sus medios y en sus necesidades. Unos y otras están determinados por su situación social, y ésta, a su vez, depende de toda la organización social. Sí; el obrero que compra patatas y la cortesana que compra encajes obedecen ambos a su opinión respectiva. Pero la diversidad de sus opiniones se explica por la diferencia de posición que ocupan en el mundo, la cual es el producto de la organización social.

El sistema de las necesidades, ¿está fundado todo él en la opinión o en toda la organización de la producción? Casi siempre las necesidades nacen directamente de la producción o de un estado de cosas basado en la producción. El comercio del Universo gira casi en su totalidad sobre necesidades, no del consumo individual, sino de la producción. Así, para tomar otro ejemplo, la necesidad que hay de notarios, ¿no supone un Derecho civil determinado, que no es sino una expresión de cierto desarrollo de la propiedad, es decir, de la producción?

No basta a Proudhon el haber eliminado de la relación entre la oferta y la demanda los elementos de que acabamos de hablar; lleva la abstracción a los últimos límites, fundiendo iodos los productores en un solo productor, todos los consumidores en un solo consumidor, y estableciendo la lucha entre estos dos personajes quiméricos. Pero en el mundo real las cosas pasan de otro modo. La competencia entre los que ofrecen y la competencia entre los que demandan forman un elemento necesario de la lucha entre los compradores y vendedores, de donde resulta el valor venal.

Después de haber eliminado los gastos de producción y la competencia, Proudhon puede a su antojo reducir al absurdo la fórmula de la oferta y la demanda.

«La oferta y la demanda —dice— no son otra cosa que dos formas ceremoniales que sirven para poner el valor de utilidad en presencia del valor de cambio, y para provocar su conciliación. Son los dos polos eléctricos, que puestos en relación deben producir el fenómeno de afinidad llamado cambio». (Tomo I, págs. 49 y 50).

Lo que equivale a decir que el cambio no es más que una «forma ceremonial» para poner al consumidor en presencia del objeto del consumo, o que todas las

relaciones económicas son «formas ceremoniales» para servir de intermediario al consumo inmediato. La oferta y la demanda son relaciones de una producción dada, ni más ni menos que los cambios individuales.

¿En qué consiste, pues, toda la dialéctica de Proudhon? En sustituir el valor útil y el valor cambiable, la oferta y la demanda, por nociones abstractas y contradictorias, tales como la escasez y la abundancia, la utilidad y la opinión, un productor y un consumidor, ambos caballeros del libre albedrío.

¿Y adónde quiere ir a parar?

A procurarse el medio de introducir más adelante algunos de los elementos que había eliminado, los gastos de producción, como la síntesis entre el valor útil y el valor cambiable. Así es como a sus ojos los gastos de producción constituyen el valor sintético o el valor constituido.

§ II. *El valor constituido o el valor sintético*.

«El valor (venal) es la piedra angular del edificio económico». El valor «constituido» es la piedra angular del sistema de las contradicciones económicas.

¿Qué significa, pues, este «valor constituido» que constituye todo el descubrimiento de Proudhon en economía política?

Una vez admitida la utilidad, el trabajo es la fuente del valor. La medida del trabajo es el tiempo. El valor relativo de los productos está determinado por el tiempo del trabajo que ha sido necesario emplear para producirlo. El precio es la expresión monetaria del valor relativo de un producto. Finalmente, el valor constituido de un producto es ni más ni menos que el valor que se constituye por el tiempo del trabajo fijado.

Del mismo modo que Adam Smith descubrió la división del trabajo, Proudhon pretende haber descubierto el «valor constituido». No es precisamente «algo inaudito»; pero también es preciso convenir en que no hay nada inaudito en ningún descubrimiento de la ciencia económica. Proudhon, que comprende toda la importancia de su inventiva, trata, sin embargo, de atenuar su mérito «a fin de tranquilizar al lector sobre sus pretensiones a la originalidad y bienquistarse con los ánimos que por su timidez son poco favorables a las ideas nuevas». Pero a medida que concede a cada uno de sus predecesores la parte que le toca en la apreciación del valor, se ve forzosamente arrastrado a confesar que a él le corresponde la mayor parte, la parte del león.

«La idea sintética del valor había sido entrevista vagamente por Adam Smith… Pero esta idea del valor era intuitiva en Adam Smith. Ahora bien: la sociedad no cambia sus costumbres fundándose en la fe de intuición; sólo se decide ante la

autoridad de los hechos. Era preciso que la antinomia se manifestase de una manera más precisa y más clara: J. B. Say fue su principal intérprete…»

He aquí la historia completa del descubrimiento del valor sintético: a Adam Smith corresponde la intuición vaga, a J. B. Say la antinomia, a Proudhon la verdad constituyente y «constituida». Y no cabe la menor duda: todos los demás economistas, desde Say hasta Proudhon, no han hecho otra cosa que arrastrarse en el surco trazado por la antinomia. «Es increíble que tantos hombres de buen sentido se debatan hace cuarenta años contra una idea tan sencilla. Pero no; la comparación de los valores se efectúa sin que haya entre ellos ningún punto de comparación y sin unidad de medida: he aquí lo que los economistas del siglo XIX han resuelto sostener contra todos y a pesar de todos, en vez de abrazar la teoría revolucionaria de la igualdad. ¿Qué dirá la posteridad de estos economistas?» (Tomo I, página 68).

La posteridad, tan bruscamente apostrofada, empezará por embrollarse sobre la cronología. Se preguntará necesariamente: ¿Ricardo y su escuela no son, pues, economistas del siglo XIX? El sistema de Ricardo, que establece en principio «que el valor relativo de las mercancías depende exclusivamente de la cantidad de trabajo requerida por su producción», data de 1817. Ricardo es el jefe de toda una escuela, que reina en Inglaterra desde la Restauración. La doctrina ricardiana personifica rigurosa e implacablemente toda la burguesía inglesa, que es, a su vez, el tipo de la burguesía moderna. «¿Qué dirá de esto la posteridad?» No dirá que Proudhon no ha conocido a Ricardo, puesto que habla de él, y habla largamente, acabando por decir que todo ello es «fárrago». Si alguna vez la posteridad se ocupa de esta cuestión, dirá quizá que Proudhon, temiendo chocar con la anglofobia de sus lectores, ha preferido hacerse el editor responsable de las ideas de Ricardo. Sea como quiera, a la posteridad le parecerá más que cándido que Proudhon dé como «teoría revolucionaria del porvenir» lo que Ricardo ha expuesto científicamente como la teoría de la sociedad actual, de la sociedad burguesa, y que tome por solución de la antinomia, entre la utilidad y el valor en cambio, lo que Ricardo y su escuela han presentado, mucho tiempo antes que él, como la fórmula científica de un solo lado de la antinomia, del valor en cambio. Mas dejemos para siempre la posteridad a un lado, y confrontemos a Proudhon con su predecesor Ricardo. He aquí varios pasajes de este autor, que resumen su doctrina sobre el valor:

«No es la utilidad lo que da la medida del valor cambiable, si bien le es absolutamente necesaria». (Página 3., tomo I, de *Principes d'économie politique*, etc., traducido del inglés por J. S. Constancio. París, 1835).

«Las cosas, una vez reconocidas útiles por sí mismas, sacan su valor cambiable de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad necesaria para adquirirlas. Hay cosas cuyo valor sólo depende de su escasez. No pudiendo ningún trabajo aumentar su cantidad, su valor no puede bajar con su abundancia. Tales son las estatuas o los cuadros de

gran mérito, etc., cuyo valor depende únicamente de las facultades, de los gastos y del capricho de los que desean poseer tales objetos». (Números 4 y 5, tomo I, 1. c). «Sin embargo, no forman más que una pequeñísima cantidad de mercancías que se cambian directamente. El mayor número de los objetos que se desea poseer son frutos de la industria, y es posible, por consecuencia, multiplicarlos, no sólo en un país, sino en muchos, y en un grado que es casi imposible limitar, siempre que se quiera emplear en ellos la industria necesaria para crearlos». (Pág. 5, tomo I, *l. c.)* «Así, pues, cuando hablamos de mercancía, de su valor cambiable y de los principios que rigen su precio relativo, no tenemos presente sino aquellas mercancías cuya cantidad puede aumentarse con la industria del hombre y cuya producción se halla estimulada por la competencia y no está dificultada por ninguna traba». (Tomo I, pág. 5, *l. c.)*

Ricardo cita a Adam Smith, que, según él, «ha definido con mucha exactitud la fuente primitiva de todo valor cambiable» (Smith, c. 5, tomo I), y añade:

«Que tal sea, en realidad, la base del valor cambiable de todas las cosas (a saber, el tiempo del trabajo), excepto de aquéllas que la industria del hombre no puede multiplicar según su deseo, es un punto de doctrina de la mayor importancia en Economía política; pues no hay ninguna fuente de donde hayan brotado tantos errores y de donde hayan nacido opiniones tan diversas en esta ciencia, como el sentido vago y poco preciso que se da a la palabra valor». (Pág. 8, tomo I.) «Si es la cantidad de trabajo fijada en una cosa lo que determina su valor cambiable, resulta de aquí que todo aumento en la cantidad del trabajo debe aumentar necesariamente el valor del objeto en el cual se le ha empleado, y, del mismo modo, toda disminución de trabajo debe disminuir el precio del objeto». (Pág. 9, tomo I.)

Ricardo censura luego a Adam Smith:

1.º «Porque da al valor una medida que no es el trabajo, ora el valor del trigo, ora la cantidad de trabajo, que una cosa puede comprar, etc». (Tomo 1, págs. 9 y 10).

2.º «Por haber admitido sin reserva el principio y restringido, sin embargo, su aplicación al estado primitivo y grosero de la sociedad, que precede a la acumulación de los capitales y a la propiedad de las tierras». (Tomo I, pág. 21).

Ricardo se propone demostrar que la propiedad de las tierras, es decir, la renta, no puede cambiar el valor de los artículos, y que la acumulación de los capitales no ejerce sino una acción pasajera y oscilatoria en los valores relativos, determinado por la cantidad relativa de trabajo empleada en su producción. En apoyo de esta tesis de su famosa teoría de la renta territorial, descompone el capital y viene, en último término, a confesar que no halla en él otra cosa que trabajo acumulado. Desenvuelve después toda una teoría del salario y del beneficio, y demuestra que el salario y el beneficio tienen su movimiento de alza y baja, en razón inversa uno de otro, sin influir en el valor relativo del producto. No descuida el influjo que la acumulación de los capitales y la diferencia de su naturaleza (capitales fijos y capitales circulantes),

así como la tasa de los salarios, pueden ejercer en el valor proporcional de los productos. Y aun puede decirse que éstos son los principales problemas que ocupan a Ricardo.

«Toda economía en el trabajo —dice este economista— hace bajar siempre el valor relativo de una mercancía, ya sea que esta economía recaiga sobre el trabajo necesario a la fabricación del objeto mismo, o ya sobre el trabajo necesario a la formación del capital empleado en esta producción». (Tomo I, página 48). «Por consecuencia, mientras que una jornada de trabajo sigue dando a uno la misma cantidad de pescado y a otro igual cantidad de carne, el tipo natural de los precios respectivos de cambio será siempre el mismo, cualquiera que sea por otra parte la variación en los salarios y en el beneficio, y a pesar de todos los efectos de la acumulación de1 capital». (Tomo I, pág. 32). «Hemos considerado el trabajo como fundamento del valor de las cosas, y la cantidad de trabajo necesario a su producción como la regla que determine las cantidades respectivas de las mercancías que se deben dar en cambio de otras; pero no hemos pretendido negar que no existiese en el precio corriente de las mercancías alguna desviación accidental y pasajera de este precio primitivo y natural». (Tomo I, página 105, *1. c.*) «Los gastos de producción son los que determinan en último término los precios de las cosas, y no, como se ha sostenido, la proporción entre la oferta y la demanda». (Tomo II, pág. 253).

Lord Lauderdale había desarrollado las variaciones del valor cambiable según la ley de la oferta y de la demanda, o de la abundancia y de la escasez relativamente a la demanda. Según él, el valor de una cosa puede aumentar cuando su cantidad disminuye o la demanda aumenta, y puede disminuir en razón del aumento de su cantidad y de la disminución de la demanda. De suerte que el valor de una cosa puede cambiar por la operación de ocho causas diferentes; a saber: cuatro causas aplicadas a la cosa misma y otras cuatro aplicadas al (linero o a cualquiera otra mercancía que sirva de medida a su valor. Véase ahora la refutación de Ricardo:

«Los productos cuyo monopolio pertenece a un particular o a una Compañía varían de valor según la ley que lord Lauderdale ha establecido: bajan a proporción que se los ofrece con mayor cantidad y suben con el deseo que los compradores manifiestan de adquirirlos; su precio no tiene relación necesaria con su valor natural. Pero en cuanto a las cosas que se hallan sujetas a la competencia entre los vendedores, y cuya cantidad puede aumentarse en proporciones moderadas, su precio depende, en definitiva, no del estado de la demanda y del abastecimiento, sino del aumento o de la disminución de los gastos de producción». (Tomo II, pág. 159).

Dejaremos al lector el cuidado de establecer la comparación entre el lenguaje tan concreto, claro y sencillo de Ricardo y los esfuerzos de retórica que hace Proudhon para llegar a la determinación del valor relativo por el tiempo del trabajo.

Ricardo nos muestra el movimiento real de la producción burguesa que constituye

el valor. Proudhon, haciendo abstracción de este movimiento real, se afana por inventar nuevos procedimientos, a fin de arreglar el mundo conforme a una fórmula que él cree nueva, y que sólo es la expresión teórica del movimiento real existente, y que tan bien expuso Ricardo. Éste toma su punto de partida de la sociedad actual, para demostrarnos cómo esta sociedad constituye el valor; Proudhon toma por punto de partida el valor constituido, para constituir un nuevo mundo social por medio de este valor. Para él (Proudhon), el valor constituido debe dar la vuelta y tornarse constituyente para un mundo ya completamente constituido con arreglo a este sistema de evaluación. La determinación del valor por el tiempo de trabajo es para Ricardo la ley del valor cambiable; para Proudhon es la síntesis del valor útil y del valor cambiable. La teoría de los valores de Ricardo es la interpretación científica de la vida económica actual; la teoría de los valores de Proudhon es la interpretación utópica de la teoría de Ricardo. Ricardo comprueba la verdad de su fórmula haciéndola derivar de todas las relaciones económicas, y explicando por este medio todos los fenómenos, hasta los que a primera vista le contradicen en apariencia, como la renta, la acumulación de los capitales y la relación de los salarios con los beneficios. Esto es precisamente lo que hace de su doctrina un sistema científico. Proudhon, que ha resucitado esta fórmula de Ricardo por medio de hipótesis completamente arbitrarias, se ve obligado luego a buscar hechos económicos aislados, que tortura y falsifica, a fin de hacerlos pasar por ejemplos, aplicaciones ya existentes y comienzos de realización de su idea regeneradora. (Véase párrafo 3.0, *Aplicación del valor constituido*).

Pasemos ahora a las deducciones que Proudhon saca del valor constituido (por el precio del trabajo).

«Cierta cantidad de trabajo equivale al producto creado por esta misma cantidad de trabajo».

«Toda jornada de trabajo equivale a otra jornada de trabajo; es decir, en cantidad igual, el trabajo de uno vale tanto como el trabajo de otro; no hay diferencia cualitativa. En cantidad igual de trabajo, el producto de uno se da en cambio del producto de otro. Todos los hombres son trabajadores asalariados, y asalariados pagados igualmente por un tiempo igual de trabajo. La igualdad perfecta domina en los cambios».

¿Son estas deducciones las consecuencias naturales y rigurosas del valor constituido o determinado por el tiempo del trabajo?

Si el valor relativo de una mercancía se halla determinado por la cantidad del trabajo requerida para producirla, resulta, naturalmente, que el valor relativo del trabajo, o sea el salario, se halla igualmente determinado por la cantidad de trabajo que es necesario para producir el salario. El salario, es decir, el valor relativo o el precio del trabajo, se halla, pues, determinado por el tiempo de trabajo que es

menester para producir todo lo necesario a la manutención del obrero. «Disminuid los gastos de fabricación de los sombreros, y su precio acabará por descender a su precio natural, aunque la demanda pueda duplicar, triplicar o cuadruplicar. Disminuid los gastos de manutención de los hombres, disminuyendo el precio natural del comer y del vestir que sostienen la vida, y veréis los salarios acabar por descender, aunque la demanda de brazos haya aumentado considerablemente». (Ricardo, tomo II, pág. 253).

Indudablemente, el lenguaje de Ricardo no puede ser más cínico. Poner en parangón los gastos de fabricación de los sombreros y los gastos de manutención del hombre, es transformar al hombre en sombrero. Pero no nos escandalicemos tanto por este cinismo. El cinismo reside en las cosas y no en las palabras que expresan las cosas. Algunos escritores franceses, como Droz, Blanqui, Rossi y otros, tienen la inocente satisfacción de probar su superioridad sobre los economistas ingleses procurando observar la etiqueta de un lenguaje «humanitario»; y si reprochan a Ricardo y a su escuela el lenguaje cínico, es porque se sienten humillados al ver expuestas las relaciones económicas en toda su crudeza y al ver descubiertos los misterios de la burguesía.

Resumamos: siendo el trabajo en sí mismo mercancía, se mide como tal por el tiempo de trabajo que es menester para producir el trabajo mercancía. ¿Y qué es menester para producir el trabajo mercancía? Estrictamente el tiempo de trabajo que es preciso para producir los objetos indispensables al entretenimiento incesante del trabajo, es decir, para mantener la vida del trabajador y ponerle en estado de propagar su raza. El precio natural del trabajo no es otra cosa que el mínimum del salario. Si el precio corriente del salario se eleva por encima del precio natural, es precisamente porque la ley del valor establecida en principio por Proudhon se halla contrabalanceada por las conveniencias de las variaciones de la relación entre la oferta y la demanda. Pero el mínimum del salario sigue siendo el centro hacia el cual gravitan los precios corrientes del salario.

De suerte que el valor relativo, medido por el tiempo de trabajo, es fatalmente la fórmula de la esclavitud moderna del obrero, en vez de ser, como Proudhon dice, «la teoría revolucionaria» de la emancipación del proletariado.

Veamos ahora cuán incompatible es la aplicación del tiempo del trabajo como medida del valor con el antagonismo existente entre las clases de la desigual retribución del producto entre el trabajador inmediato y el posesor del trabajo acumulado.

Supongamos un producto cualquiera; por ejemplo, el lienzo. Este producto, como tal, contiene una cantidad de trabajo determinada, cuya cantidad de trabajo será siempre la misma, cualquiera que sea la situación recíproca de los que hayan contribuido a crear el producto. Tomemos otro producto, el paño, que haya exigido la

misma cantidad de trabajo que el lienzo.

Si se verifica un cambio entre estos dos productos, hay cambio de cantidades iguales de trabajo. Al cambiar estas cantidades iguales de tiempo de trabajo, no se cambia la situación recíproca de los productos, como no se altera en lo más mínimo la situación de los obreros y de los fabricantes entre sí. Decir que este cambio de los productos medidos por el tiempo del trabajo tiene por consecuencia la retribución igualitaria de todos los productos es tanto como suponer que la igualdad de participación en el producto ha subsistido con anterioridad al cambio. Verificado el cambio del paño por el lienzo, los productores del paño participarán del producto del lienzo en una proporción igual a aquélla en la que artes habían participado del producto del paño.

La ilusión de Proudhon procede de que toma como consecuencia lo que sería, cuando más, una suposición gratuita.

Prosigamos.

El tiempo del trabajo como medida del valor ¿supone, al menos, que las jornadas sean equivalentes y que la jornada de uno valga tanto como la jornada de otro? No.

Supongamos por un momento que el jornal de un platero equivale a tres jornales de un tejedor; siempre tendremos que todo cambio del valor de las alhajas relativamente a los tejidos, a no ser el resultado pasajero de las oscilaciones de la oferta y de la demanda, debe tener por causa una disminución o un aumento del tiempo de trabajo empleado de una parte o de otra en la producción. Que tres días de trabajo de diferentes trabajadores sean entre sí como 1, 2, 3, y todo cambio en el valor relativo de sus productos será un cambio en la misma proporción de 1, 2, 3. Así que se pueden medir los valores por el tiempo de trabajo, no obstante la desigualdad del valor de las diferentes jornadas del trabajo; mas, para aplicar una medida semejante, necesitamos tener una escala comparativa de las diferentes jornadas de trabajo: esta escala la establece la competencia.

¿Vuestra hora de trabajo vale tanto como la mía? Esta cuestión la resuelve la competencia.

Según un economista americano, la competencia determina cuántas jornadas de trabajo simple se hallan contenidas en una jornada de trabajo complicado. Esta reducción de jornadas de trabajo complicado a jornadas de trabajo simple supone que se toma el trabajo simple por medida del valor. Sirviendo la cantidad de trabajo como única medida del valor, sin tener en cuenta la calidad, se supone también que el trabajo simple ha venido a ser el eje de la industria. Esto mismo supone que los diferentes géneros de trabajo se han igualado por la subordinación del hombre a la máquina o por la división extremada del trabajo; que los hombres desaparecen ante el trabajo; que el péndulo del reloj ha llegado a ser la medida exacta de la actividad relativa de dos obreros, como lo es de la celeridad de dos locomotoras; en cuyo caso

no se debe decir que una hora de un hombre vale tanto como una hora de otro hombre, sino, más bien, que un hombre de una hora vale tanto como otro hombre de una hora. El tiempo es todo; el hombre no es nada; todo lo más, es el esqueleto del tiempo. No se trata, pues, de la calidad. La cantidad sola lo decide todo; hora por hora, jornada por jornada; pero esta igualdad del trabajo no es obra de la eterna justicia de Proudhon; es, simplemente, el hecho de la industria moderna.

En el taller automático, el trabajo de un obrero no se distingue casi en nada del trabajo de otro obrero; los obreros no pueden tampoco distinguirse entre sí, a no ser por la cantidad de tiempo que empleen en trabajar. Con todo, esta diferencia cuantitativa se convierte, desde cierto punto de vista, en cualitativa cuando el tiempo que se ha de consagrar al trabajo depende en parte de causas puramente materiales, como la constitución física, la edad, el sexo, y en parte de causas morales puramente negativas, como la paciencia, la impasibilidad, la asiduidad. Finalmente, si hay una diferencia de calidad en el trabajo de los obreros, es, cuando más, una calidad de la más inferior, que dista mucho de ser de una especialidad distintiva. Tal es, en último término, el estado de las cosas en la industria moderna. Y sobre esta igualdad ya realizada del trabajo automático quiere Proudhon pasar su cepillo de igualización que se propone realizar universalmente «en el tiempo venidero».

Todas las consecuencias igualitarias que Proudhon saca de la doctrina de Ricardo descansan en un error fundamental, que consiste en confundir el valor de las mercancías medido por la cantidad de trabajo invertido en ellas con el valor de las mercancías medido por el valor del trabajo. Si estas dos maneras de medir el valor de las mercancías se confundiesen en una sola, podría decirse indistintamente: el valor relativo de una mercancía cualquiera está medido por la cantidad de trabajo invertido en esta mercancía; o bien: está medido por la cantidad de trabajo que la mercancía tiene la posibilidad de comprar; o de otro modo: está medido por la cantidad de trabajo que puede adquirir. Pero esto no sucede así, ni mucho menos. El valor del trabajo no puede servir de medida al valor, como no puede servirle tampoco el valor de cualquiera Otra mercancía.

Algunos ejemplos bastarán para explicar mejor todavía lo que acabamos de decir.

Si la fanega de trigo costara dos jornadas de trabajo en vez de una sola, tendría el doble de su valor primitivo; pero no pondría en movimiento la cantidad doble de trabajo, puesto que no contendría mayor cantidad de materia nutritiva que antes. De suerte que el valor del trigo medido por la cantidad (le trabajo empleado en producirle habría duplicado; pero medido por la cantidad de trabajo que él puede comprar o por la cantidad de trabajo que puede comprarle, distaría mucho de haber duplicado. Por otra parte, si el mismo trabajo produjese doble cantidad de paño que antes, su valor relativo quedaría reducido a la mitad; mas, sin embargo, esta doble cantidad de paño no se quedaría por eso reducida a pedir solamente la mitad de la

cantidad de trabajo, o el mismo trabajo no podría pedir doble cantidad de paño, pues la mitad del paño seguiría prestando al obrero el mismo servicio que antes.

Así que determinar el valor relativo de los artículos por el valor del trabajo es contrario a los hechos económicos; es moverse en un círculo vicioso, es determinar el valor relativo que, a su vez, tiene necesidad de ser determinado.

Es indudable que Proudhon confunde las dos medidas, la medida por el tiempo del trabajo necesario para la producción de una mercancía y la medida por el valor del trabajo. «El trabajo de todo hombre —dice Proudhon— puede comprar el valor que contiene». De modo que, según él, cierta cantidad de trabajo fijada en un producto equivale a la retribución del trabajo, es decir, al valor del trabajo. Es la misma razón que le autoriza a confundir los gastos de producción con los salarios.

«¿Qué es salario? El precio de coste del trigo, etc.; el precio íntegro de toda cosa». Iremos aún más allá: «El salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza». ¿Qué es salario? El valor del trabajo.

Adam Smith toma por medida del valor, ora el tiempo de trabajo necesario de la producción de una mercancía, ora del valor del trabajo. Ricardo ha deshecho este error, manifestando claramente la disparidad de estos dos modos de medir. Proudhon comete un error mayor aún que el de Smith, identificando las dos cosas, con las cuales éste no había hecho sino una contraposición.

Proudhon busca una medida del valor relativo de las mercancías, a fin de encontrar la proporción justa en que los obreros deben participar de los productos, o, en otros términos, determinar el valor relativo del trabajo. Para determinar la medida del valor relativo de las mercancías, no se le ocurre otra cosa que dar por equivalente de cierta cantidad de trabajo la suma de los productos por ella creados, que es lo mismo que suponer que toda la sociedad se compone sólo de trabajadores inmediatos que reciben por salario su propio producto. En segundo lugar, establece como hecho la equivalencia de las jornadas de los diversos trabajadores. En resumen, busca la medida del valor relativo de las mercancías para hallar la retribución igual de los trabajadores, y toma como un dato indiscutible la igualdad de los salarios para irse a buscar el valor relativo de las mercancías. ¡Qué admirable dialéctica!

Say y los economistas continuadores suyos han observado que, hallándose el trabajo mismo sujeto a la evaluación como tina mercancía cualquiera, era encerrarse en un círculo vicioso el tomarle por principio y causa eficiente del valor. Estos economistas, permítanme que lo diga, han dado pruebas con esto de una prodigiosa inadvertencia. Dicen que el trabajo vale, no como mercancía, sino en vista de los valores que se suponen contenidos esencialmente en él. El valor del trabajo es una expresión figurada, una anticipación de la causa sobre el efecto. Es una ficción del mismo orden que la productividad del capital. El trabajo produce, el capital vale… Por una especie de elipsis, se dice el valor del trabajo… El trabajo, lo mismo que la

libertad, es cosa vaga e indeterminada por su naturaleza, pero que se define cualitativamente por su objeto; es decir, que viene a ser una realidad por el producto.

«Mas ¿a qué insistir? Desde el momento en que el economista (léase Proudhon) cambia el nombre de las cosas, *vera rerum vocabula*, confiesa implícitamente su impotencia y se coloca fuera de la cuestión». (Proudhon, tomo I, pág. 188).

Ya hemos visto que Proudhon hace del valor del trabajo la causa eficiente, hasta el punto de que para él el salario, nombre oficial del «valor del trabajo», forma el precio integrante de toda cosa. He aquí por qué la objeción de Say le turba y confunde. En el trabajo mercancía, que es de una realidad espantosa, no ve más que una elipsis gramatical. Por manera que toda la sociedad actual, fundada de hoy en adelante en una licencia poética, en una expresión figurada. ¿Quiere la sociedad eliminar todos los inconvenientes que la abruman? Pues bien, que elimine los términos disonantes, que mude de lenguaje, para lo cual no tiene sino dirigirse a la Academia para pedirle una nueva edición de su *Diccionario*. De todo lo que acabamos de exponer nos es fácil colegir por qué Proudhon, en una obra de Economía política, ha tenido que entrar en largas disertaciones sobre la etimología y otras partes de la Gramática. Así es que se encuentra todavía discutiendo doctoralmente la derivación caduca de la frase *cervus a cervare*. Estas disertaciones filológicas tienen un sentido profundo, esotérico, y constituyen una parte esencial de la argumentación de Proudhon.

El trabajo, en tanto que se compra y se vende, es una mercancía como cualquiera otra, y tiene, por consecuencia, un valor de cambio. Pero el valor del trabajo, o el trabajo como mercancía, produce tan poco como el valor del trigo, o el trigo, en su calidad de mercancía, sirve de alimento.

El trabajo «vale» más o menos, según los artículos alimenticios están más o menos caros, según la oferta y la demanda de brazos existe en tal o cual grado, etc., etc.

El trabajo no es en ninguna manera una «cosa vaga»; es siempre un trabajo determinado; no es jamás el trabajo en general el que se compra y se vende. No es sólo el trabajo el que se define cualitativamente por el objeto, sino además es el objeto el que está determinado por la cualidad específica del trabajo.

El trabajo, en tanto que se vende y se compra, es mercancía. ¿Por qué se le compra? «En vista de los valores que se supone contenidos esencialmente en él». Pero si se dice que tal cosa es una mercancía, no se trata ya del objeto con que se la compra, es decir, de la utilidad que se quiere sacar de ella, ni de la aplicación que de ella se quiere hacer. Es mercancía como objeto de tráfico. Todo el razonamiento de Proudhon se reduce a lo siguiente: no se compra el trabajo como objeto de consumo. No; se le compra como instrumento de producción, como se compraría una máquina. En tanto que mercancía, el trabajo vale y no produce. Proudhon habría podido decir

del mismo modo que no existe tal mercancía, puesto que toda mercancía se adquiere como un objeto cualquiera de utilidad, y nunca como mercancía en sí.

Al medir el valor de las mercancías por el trabajo, Proudhon vislumbra vagamente la imposibilidad de librar de esta misma medida el trabajo, en tanto que tiene un valor, el trabajo mercancía, y presiente que esto es hacer del mínimum del salario el precio natural y normal del trabajo inmediato, que es aceptar el estado presente de la sociedad. Así que, para librarse de esta consecuencia fatal, hace un cuarto de conversión y pretende que el trabajo no es una mercancía y que no puede tener un valor, olvidando que él mismo ha tomado por medida el valor del trabajo, olvidando que todo su sistema descansa sobre el sistema mercancía, sobre el trabajo que se trueca, que se compra y se vende, que se cambia por productos, etc.; finalmente, sobre el trabajo, que es fuente inmediata de renta para el trabajador; olvidándolo todo.

Para salvar su sistema consiente en sacrificar la base.

Et propter vitam vivendi perdere causas!

Llegamos ahora a una nueva determinación del «valor constituido».

«El valor es la relación de proporcionalidad de los productos que componen la riqueza».

Observemos, en primer lugar, que la simple frase de «valor relativo o cambiable» implica la idea de una relación cualquiera, en la cual los productos se cambian recíprocamente. Dése a esta relación el nombre de «relación de proporcionalidad», y no se habrá cambiado nada en el valor relativo, sino en la expresión. Ni la depreciación ni el realce del valor de un producto destruyen la calidad que este producto tiene de hallarse en una «relación de proporcionalidad» cualquiera con los demás productos que forman la riqueza.

¿A qué viene, pues, este nuevo término que no sugiere una nueva idea?

La «relación de proporcionalidad» trae a la memoria muchas otras relaciones económicas, tales como la proporcionalidad de la producción, la justa proporción entre la oferta y la demanda, etc.; y Proudhon ha pensado en todo esto al formular esa paráfrasis didáctica del valor venal.

En primer lugar, estando el valor relativo de los productos determinado por la cantidad comparativa del trabajo empleado en la producción de cada uno de ellos, la relación de proporcionalidad, aplicada a este caso especial, significa la cuota respectiva de los productos que pueden fabricarse en un tiempo dado, y que, por consecuencia, se dan en cambio.

Veamos qué partido saca Proudhon de esta relación de proporcionalidad.

Sabido es que cuando la oferta y la demanda se equilibran, el valor relativo de un producto cualquiera se halla determinado exactamente por la cantidad de trabajo en él fijada; es decir, que este valor relativo expresa la relación de proporcionalidad

precisamente en el sentido que acabamos de darle. Proudhon invierte el orden de las cosas. Empezad, dice, por medir el valor relativo de un producto por la cantidad de trabajo en él fijada, y entonces la oferta y la demanda se equilibrarán infaliblemente. La producción corresponderá al consumo y el producto será siempre cambiable. Su precio corriente expresará con exactitud su justo valor. En vez de decir como todo el mundo: «Cuando hace buen tiempo se ve a mucha gente pasear», Proudhon obliga a pasear a la gente para poder garantizarle el buen tiempo.

Lo que Proudhon da como la consecuencia del valor venal determinado *a priori* por el tiempo del trabajo, no podría justificarse sino por una ley redactada, poco más o menos, en los términos siguientes:

«Los productos serán cambiados, de hoy en adelante, en razón exacta del tiempo de trabajo que han costado. Cualquiera que sea la proporción de la oferta con la demanda, el cambio de las mercancías se hará siempre como si hubieran sido producidas proporcionalmente a la demanda».

Encárguese Proudhon de formular y hacer que se promulgue semejante ley, y nosotros le eximiremos de las pruebas. Si, por el contrario, desea justificar su teoría, no como legislador, sino como economista, tendrá que probar que el tiempo que hace falta para crear una mercancía indica exactamente su grado de utilidad y marca su relación de proporcionalidad con la demanda y, por consecuencia, con el conjunto de las riquezas. En tal caso, si un producto se vende a un precio igual a sus gastos de producción, la oferta y la demanda se equilibrarán siempre, pues los gastos de producción expresan, según esta teoría, la verdadera relación de la oferta y la demanda.

En efecto, Proudhon se aplica a demostrar que el tiempo del trabajo que es necesario para crear un producto marca su exacta proporción con las necesidades; de tal modo, que las cosas cuya producción cuesta menos tiempo son las más inmediatamente útiles, y así sucesiva y gradualmente. La sola producción de un objeto de lujo prueba ya, según esta doctrina, que la sociedad tiene tiempo sobrado que le permite satisfacer una necesidad de lujo.

Y Proudhon ve la prueba misma de su tesis en la observación de que las cosas más útiles son las que cuestan menos tiempo de producción; que la sociedad empieza siempre por las industrias más fáciles, y que sucesivamente «se dedica a la producción de los objetos que cuestan menos tiempo de trabajo y que corresponden a necesidades de un orden más elevado».

Proudhon toma de M. Dunoyer el ejemplo de la industria extractiva —recolección, pasto, caza, pesca, etc.—, que es la industria más sencilla, la menos costosa, y por la cual comenzó el hombre «el primer día de su segunda creación». El primer día de su primera creación se halla consignado en el *Génesis*, que nos presenta a Dios como el primer industrial del mundo.

Las cosas tienen lugar de una manera muy distinta de lo que piensa Proudhon. En el momento mismo en que principia la civilización, la producción empieza a fundarse sobre el antagonismo de las órdenes, de los estados, de las clases, y, finalmente, sobre el antagonismo del trabajo acumulado y del trabajo inmediato. Sin antagonismo no hay progreso. Tal es la ley a que la civilización ha obedecido hasta nuestros días. Hasta ahora, las fuerzas productivas se han desarrollado merced a este régimen del antagonismo de las clases. Decir ahora que porque todas las necesidades de todos los trabajadores se hallaban satisfechas, los hombres podían dedicarse a la creación de productos de un orden superior, a industrias más complicadas, sería hacer abstracción del antagonismo de las clases y trastornar todo el desenvolvimiento histórico. Es como si se dijera que porque en tiempo de los emperadores romanos se criaban morenas en piscinas artificiales, había con qué alimentar en abundancia a toda la población romana; mientras que, muy al contrario, el pueblo romano carecía de lo necesario para comprar pan, y los aristócratas de Roma no carecían de esclavos para echarlos como pasto de las morenas.

El precio de los víveres ha subido casi continuamente, mientras que el precio de los objetos manufacturados y de lujo ha bajado en la misma proporción. Sin salir de la industria agrícola, observamos que los objetos más indispensables, como el trigo, la carne, etc., suben de precio, al paso que el algodón, el azúcar, el café, etc., bajan continuamente en una proporción que sorprende. Y hasta entre los comestibles propiamente dichos, los artículos de lujo, como las alcachofas, los espárragos y otros semejantes, están hoy relativamente más baratos que los comestibles de primera necesidad. En nuestra época, lo superfluo es más fácil de producir que lo necesario. Finalmente, en varias épocas históricas, las relaciones recíprocas de los precios son, no sólo distintas, sino opuestas. En toda la Edad Media, los productos agrícolas estaban relativamente más baratos que los productos manufacturados, y en los tiempos modernos están en razón inversa. ¿Ha disminuido por esto, desde la Edad Media, la utilidad de los productos agrícolas?

El uso de los productos se halla determinado por las condiciones sociales en que están colocados los consumidores, y estas condiciones, a su vez, descansan sobre el antagonismo de clases.

El algodón, las patatas y el aguardiente son artículos de uso más común. Las patatas han engendrado los tumores fríos; el algodón ha acabado en gran parte con el lino y la lana, si bien la lana y el lino son, en muchos casos, de mayor utilidad, aunque no sea más que en el concepto de la higiene; y el aguardiente se ha sobrepuesto a la cerveza y al vino, aun cuando el aguardiente, empleado como substancia alimenticia, esté generalmente considerado como un veneno. Durante todo un siglo, los Gobiernos lucharon en vano contra el opio europeo; pero la Economía prevaleció y dictó órdenes al consumo.

¿Por qué, pues, el algodón, la patata y el aguardiente son los ejes de la sociedad burguesa? Porque para producirlos se necesita menos trabajo que para los demás artículos, y están, por consecuencia, al precio más bajo. ¿Por qué el mínimum del precio decide del máximum del consumo? ¿Será, por ventura, a causa de la utilidad absoluta de estos artículos, de su utilidad intrínseca, de su utilidad en tanto que corresponden de la manera más útil a las necesidades del obrero como hombre y no del hombre como obrero? No, sino porque, en una sociedad fundada sobre la miseria, los productos más miserables tienen la prerrogativa fatal de servir para el uso de la inmensa mayoría.

Decir ahora que porque las cosas menos costosas tienen un uso mayor deben ser de la mayor utilidad, equivale a decir que el uso tan generalizado del aguardiente, a causa de la baratura de su producción, es la prueba más concluyente de su utilidad; equivale a decir al proletario que la patata es más saludable que la carne; es aceptar el estado de las cosas existente, y hacer, por último, con Proudhon, la apología de una sociedad sin comprenderla.

En una sociedad venidera, en que el antagonismo de clases hubiese cesado, en que no hubiera ya clases, el uso no estaría determinado por el mínimum del tiempo de producción, sino que el tiempo de producción que se consagrara a un objeto se hallaría determinado por su grado de utilidad.

Volviendo a la tesis de Proudhon: desde el momento en que el tiempo de trabajo necesario a la producción de un objeto no es la expresión de un grado de utilidad, el valor de cambio de este mismo objeto, determinado de antemano por el tiempo de trabajo fijado en él, no podrá servir nunca de regla de la relación exacta entre la oferta y la demanda, es decir, la relación de proporcionalidad en el sentido que Proudhon le da por el momento.

No es la venta de un producto cualquiera al precio de sus gastos de producción lo que constituye «la relación de proporcionalidad» entre la oferta y la demanda, o la cuota proporcional de este producto relativamente al conjunto de la producción, sino las variaciones de la demanda y de la oferta son las que designan al productor la cantidad que debe producir de una mercancía dada, para recibir en cambio, cuando menos, los gastos de producción. Y como estas variaciones son continuas, hay también movimiento continuo de retraimiento y de aplicación de los capitales, respecto a los diferentes ramos de la industria.

«A causa precisamente de semejantes variaciones, los capitales se consagran en la proporción requerida, y no más, a la producción de las diferentes mercancías, de las cuales hay demanda. Por medio de la alza o de la baja de los precios, los beneficios se elevan por encima o descienden por debajo de su nivel general, y por lo mismo, los capitales se ven atraídos o alejados del empleo particular que acaba de darse a una u otra de estas variaciones». «Si dirigimos la vista a los mercados de las grandes

ciudades, veremos con qué regularidad se hallan provistos de toda clase de artículos, nacionales o extranjeros, en la cantidad requerida y por diferente que sea la demanda, de resultas del capricho, del gusto o de las variaciones de la población; sin que haya con frecuencia atascamiento por un abastecimiento demasiado abundante, ni carestía excesiva por la influencia del abastecimiento comparada con la demanda. Hay que convenir en que el principio que distribuye el capital a cada ramo de la industria en las proporciones exactamente convenientes es más poderoso de lo que generalmente se cree». (Ricardo, tomo 1, páginas 105 y 108).

Si Proudhon acepta el valor de los productos como determinado por el tiempo de trabajo, debe aceptar igualmente el momento oscilatorio, único que hace del tiempo de trabajo la medida del valor. No existe «relación de proporcionalidad» enteramente constituida; lo que hay es un movimiento constituyente.

Acabamos de ver en qué sentido se debe hablar de la «proporcionalidad» como de una consecuencia del valor determinado por el tiempo del trabajo. Vamos a ver ahora cómo esta medida por el tiempo, que Proudhon llama «ley de proporcionalidad», se transforma en ley de desproporcionalidad.

Toda nueva invención que permite producir en una hora lo que fue producido hasta entonces en dos horas desprecia todos los productos homogéneos existentes en el mercado. La competencia obliga al productor a vender el producto de dos horas tan barato como el de una. La competencia realiza la ley según la cual el valor relativo de un producto se halla determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirle. El tiempo de trabajo que sirve de medida al valor venal viene a ser, de este modo, la ley de una depreciación continua del trabajo. Diremos más: habrá depreciación, no sólo en las mercancías existentes en el mercado, sino también en los instrumentos de producción y en todo un taller. Ricardo ha señalado ya este hecho, diciendo: «Al aumentar constantemente la facilidad de producción, disminuirnos también constantemente el valor de algunas de las cosas ya producidas». (Tomo II, pág. 58).

Sismondi va más allá. En este «valor constituido» por el tiempo de trabajo ve la fuente de todas las contradicciones de la industria y del comercio modernos. «El valor mercantil, dice este economista, se encuentra siempre fijado, en último término, en la cantidad de trabajo necesario para adquirir la cosa evaluada: no es la cantidad que ha costado actualmente, sino la que costará en lo sucesivo, con medios tal vez perfeccionados; y esta cantidad, si bien difícil de apreciar, se halla siempre establecida fielmente por medio de la competencia… Y sobre esta base está calculada, tanto la demanda del vendedor como la oferta del comprador. El primero afirmará quizá que el objeto le ha costado diez jornadas de trabajo; pero si el segundo reconoce que en lo sucesivo puede hacerse con ocho jornadas de trabajo, y si la competencia lo demuestra a los dos contratantes, el valor se reducirá y el precio del mercado se establecerá a ocho jornadas solamente. Ambos contratantes tienen, sin

duda, la noción de que la cosa es útil, que es deseada, que sin deseo no puede haber venta; pero la fijación del precio no conserva la menor relación con la utilidad». *(Estudios*, etc. Tomo II, página 267, edic. de Bruselas).

Importa insistir sobre este punto: que lo que determina el valor no es el tiempo en que una cosa ha sido producida, sino el mínimum de tiempo en que es susceptible de producirse, y este mínimum se halla determinado por la competencia. Supóngase por un momento que haya desaparecido la competencia y que, por lo tanto, no exista ya ningún medio de determinar el mínimum de trabajo necesario para la producción de un artículo: ¿qué sucederá? Bastará con atribuir a la producción de un objeto seis horas de trabajo, para tener derecho, según Proudhon, a exigir en cambio seis veces más que el que haya empleado nada más que una hora en la producción del mismo objeto.

En vez de una «relación de proporcionalidad», tenemos, pues, una relación de desproporcionalidad, si hemos de permanecer en las relaciones, buenas o malas.

La depreciación continua del trabajo no es sino una sola fase, una sola consecuencia de la evaluación de los artículos por el tiempo del trabajo. El realce de los precios, el exceso de producción y otros muchos fenómenos de anarquía industrial, tienen su interpretación en este sistema de evaluación de los artículos de comercio.

Pero el tiempo de trabajo que sirve de medida al valor ¿engendra, por lo menos, la variedad proporcional en los productos que tanto seduce a Proudhon?

Todo lo contrario; el monopolio, en toda su monotonía, viene después a invadir el mundo de los productos, del mismo modo que, a la vista de todo el mundo, el monopolio invade el dominio de los instrumentos de producción. Sólo algunos ramos de la industria, como la industria algodonera, tienen el privilegio de hacer progresos muy rápidos. Y la consecuencia natural de estos progresos es que los productos de la manufactura algodonera bajan rápidamente de precio; pero a medida que el precio del algodón baja, el precio del hilo debe subir comparativamente. ¿Cuál será la consecuencia de este estado de cosas? Que el hilo será reemplazado por el algodón. Así sucede que el lino ha desaparecido casi por completo de la América del Norte, y hemos obtenido, en vez de la variedad proporcional de los productos, el reinado del algodón.

¿Qué queda, pues, de aquella «relación de proporcionalidad»? Nada más que el deseo de un buen hombre que quisiera que las mercancías todas se produjesen en proporciones tales, que pudieran venderse a un precio módico. En todas las épocas, los buenos burgueses y los economistas filántropos se han complacido en formular el mismo inocente voto.

Demos la palabra al viejo Bois-Guillebert:

«El precio de los géneros, dice, debe ser siempre proporcionado, no existiendo

otra inteligencia para que puedan vivir juntos, para que se truequen a cada momento (ahí tenemos el cambio continuo de Proudhon) y reciban recíprocamente el nacimiento unos de otros… Como la riqueza, pues, no es otra cosa que esta mezcla continua de hombre a hombre, de oficio a oficio, etc., es una ceguedad espantosa ir a buscar la causa de la miseria en otra parte que en la cesación de semejante comercio, cesación ocasionada por la alteración de las proporciones de los precios». *(Dissertation sur la nature des richesses*, ed. Daire).

Oigamos también a un economista moderno:

«Una gran ley que debe aplicarse a la producción es la ley de proporcionalidad *(the law of proportion)*, la única que puede preservar la continuidad del valor… El equivalente debe garantizarse… Todas las naciones han intentado en varias épocas, por medio de numerosas leyes y restricciones comerciales, realizar hasta cierto punto esta ley de la proporcionalidad; pero el egoísmo inherente a la naturaleza del hombre lo ha conducido a trastornar todo este régimen reglamentario. Una producción proporcionada *(proporcionate production)* es la realización de la verdad absoluta de la ciencia de la economía social». (W. Athinson, *Principies of Political Economy*, London, 1840, págs. 170-195).

Esta justa proporción entre la oferta y la demanda, que es objeto de tantos votos, ha dejado de existir mucho tiempo ha, habiendo pasado al estado de reliquia. Por lo demás, no ha sido posible sino en épocas en que los medios de producción eran reducidos y en que el cambio se movía en unos límites sumamente restringidos. Con el advenimiento de la grande industria, semejante justa proporción tuvo que cesar, y la producción se ve hoy fatalmente constreñida a pasar, en una sucesión perpetua, por la vicisitudes de prosperidad, de depresión, de crisis, de estancación, de nueva prosperidad, y así sucesivamente.

Los que, a semejanza de Sismondi, quieren volver a la justa proporcionalidad de la producción, conservando al mismo tiempo las bases actuales de la sociedad, son reaccionarios, puesto que, para ser consecuentes, deberían también aspirar a restablecer todas las demás condiciones de la industria de los tiempos pasados.

¿Qué era lo que mantenía la producción en unas proporciones justas o aproximadas? Era la demanda, que dominaba la oferta y que la precedía. La producción seguía paso a paso al consumo. Pero la grande industria, obligada por los instrumentos mismos de que dispone a producir en una escala mucho más vasta, no puede ya aguardar a la demanda. La producción precede al consumo, la oferta se impone a la demanda.

En la sociedad actual, en la industria basada sobre los cambios individuales, la anarquía de la producción, que es la fuente de tanta miseria, es al mismo tiempo la fuente de todo progreso.

Así, una de dos:

O queréis las justas proporciones de los siglos pasados con los medios de producción de nuestra época, en cuyo caso sois a la vez reaccionarios y utopistas.

O queréis el progreso sin la anarquía, y entonces, para conservar las fuerzas productivas, abandonad los cambios individuales.

Los cambios individuales no se acomodan sino con la pequeña industria de los siglos pasados y con su corolario de «justa proporción», o bien con la grande industria y todo su séquito de miseria y de anarquía.

Conforme con lo que acabamos de decir, la determinación del valor por el tiempo de trabajo, o sea la fórmula que Proudhon nos da como la fórmula regeneradora del porvenir, no es otra cosa que la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad actual, como Ricardo lo ha demostrado clara y patentemente mucho antes que Proudhon.

¿Pero, al menos, la aplicación igualitaria de esta fórmula pertenece a Proudhon? ¿Es él el primero que ha imaginado reformar la sociedad transformando a todos los hombres en trabajadores inmediatos y cambiando entre sí cantidades de trabajo iguales? ¿Es él quien puede dirigir a los comunistas —gente desprovista absolutamente de conocimientos de Economía política, «hombres obstinadamente imbéciles», «soñadores paradisíacos»— la reconvención de no haber descubierto antes que él esa «solución del problema del proletariado»?

Cualquiera que esté un poco familiarizado con el movimiento de la Economía política en Inglaterra no puede ignorar que casi todos los socialistas de aquel país han propuesto en diferentes épocas la aplicación igualitaria de la teoría ricardiana. Podríamos citar a Proudhon *L’Economie politique*, de Hopkins, 1822; William Thompson, *An Inquiry into the Principles of the distribution of wealth, most conductive to human happiness*, 1827, T. R. Edmonds, *Practical, moral and political Economy*, 1828; etc., etc., y cuatro páginas de etc. Nos limitaremos a ceder la palabra al comunista inglés Mr. Bray, reproduciendo los pasajes decisivos de su notable obra *Labour’s wrongs and Labour’s remedy*, Leeds, 1839, y lo haremos con cierta extensión; en primer lugar, porque Mr. Bray es aún poco conocido en Francia, y luego, porque creemos haber hallado en esta obra la clave de las obras pasadas, presentes y futuras de Proudhon.

«El único medio de obtener la verdad consiste en abordar de frente los primeros principios. Remontemos de un golpe a la fuente de donde los Gobiernos mismos derivan. Yendo así al origen de la cuestión, veremos que toda forma de Gobierno, toda injusticia social y gubernamental, procede del sistema social hoy vigente, de la institución de la propiedad tal como existe en la actualidad, y que, por consecuencia, para poner término para siempre a las injusticias y a las miserias de hoy, es preciso derribar de la base a la cúspide el estado presente de la sociedad… Al atacar a los economistas en su propio terreno y con sus propias armas, evitaremos los absurdos

calificativos de visionarios y teóricos, que están siempre dispuestos a lanzar contra nosotros. A no ser que nieguen o desaprueben las verdades y principios reconocidos, sobre los cuales fundan sus propios argumentos, los economistas no podrán rechazar fácilmente las conclusiones a que llegamos por este método. (Bray, páginas 17 y 41). El trabajo es el que da valor *(It is labour alone which bestows value…)*. Todos los hombres tienen un derecho innegable a todo lo que su trabajo honroso puede procurarles. Al apropiarse así los frutos de su trabajo, el hombre no comete ninguna injusticia respecto a otros hombres… Todas las ideas de superioridad e inferioridad, de patrón y asalariado, nacen de que se han abandonado los primeros principios y que, en su consecuencia, la desigualdad se ha introducido en la posesión. Mientras esta desigualdad subsista, será imposible desarraigar ciertas ideas o derribar las instituciones que en ellas se fundan. Hasta ahora se había abrigado siempre la vana esperanza de remediar un estado de cosas que es contrario a la naturaleza, tal como hoy nos rige, destruyendo la desigualdad existente y dejando en pie la causa de desigualdad; pero no tardaremos en demostrar que el Gobierno no es una causa, sino un efecto; que no crea, sino que es creado; en una palabra, que es el resultado de la desigualdad en la posesión, y que la desigualdad de posesión está inseparablemente ligada con el sistema social actual. (Bray, págs. 33, 36 y 37).

»El sistema de la igualdad tiene en su favor, no sólo las mayores ventajas, sino también la estricta justicia… Cada hombre es un eslabón, y un eslabón indispensable, de la cadena de los efectos, que tiene su punto de partida en una idea, para ir a parar tal vez a la producción de una pieza de paño. Así, de que nuestras aficiones no son las mismas para Lis diferentes profesiones y oficios, no se desprende que el trabajo de uno deba ser mejor retribuido que el de otro. El inventor recibirá siempre, además de su justa recompensa en linero, el tributo de nuestra admiración, que sólo el genio puede obtener…

»Por la naturaleza misma del trabajo y del cambio, la estricta justicia reclama que todos los cambiantes obtengan beneficios, no sólo mutuos, sino iguales. No hay más que dos cosas que los hombres puedan cambiar entre sí, a saber; el trabajo y el producto del trabajo. Si los cambios se operasen con arreglo a un sistema equitativo, el valor de todos los artículos estaría determinado por sus gastos de producción completos; y valores iguales se cambiarían siempre por valores iguales. Pongamos un ejemplo: si un sombrerero emplea una jornada en hacer un sombrero, y un zapatero emplea el mismo tiempo en hacer un par de zapatos (suponiendo que la primera materia de que se sirven tenga el mismo valor), y cambian estos artículos entre sí, el beneficio que saquen del cambio es al mismo tiempo mutuo e igual. La ventaja que resulta para cada una de las partes no puede ser una desventaja para la otra, puesto que cada cual ha suministrado la misma cantidad de trabajo y que los materiales empleados eran de valor igual. Pero si el sombrerero hubiese obtenido dos pares de

zapatos en cambio de un sombrero —siempre en nuestra primera suposición—, es evidente que el cambio sería injusto. El sombrerero frustraría al zapatero de una jornada de trabajo, y si procedía así en todos sus cambios, recibiría por el trabajo de medio año el producto de todo un año de otra persona. Hasta hoy hemos seguido siempre este sistema de cambio, soberanamente injusto: los obreros han dado al capitalista el trabajo de todo un año en cambio del valor de medio año; de lo cual, y no de una desigualdad supuesta en las fuerzas físicas e intelectuales de los individuos, procede la desigualdad de riqueza y de poder. La desigualdad de los cambios, la diferencia de los precios en las compras y ventas, no puede existir sino con la condición de que los capitalistas sean eternamente capitalistas y los obreros, obreros; que los unos formen una clase de tiranos y los otros una clase de esclavos… Esta transacción prueba, pues, claramente que los capitalistas y los propietarios sólo dan al obrero, por su trabajo de una semana, una parte de la riqueza que obtuvieron de aquél la semana precedente; es decir, que por algo no le dan nada *(Nothing for something)* … La transacción entre el trabajador y el capitalista es una verdadera comedia; en realidad, no es, la mayor parte de las veces, otra cosa que un robo descarado, aunque legal. (Bray, págs. 45, 48, 49 y 50).

»El beneficio del patrón no cesará jamás de ser una pérdida para el obrero, hasta que los cambios entre las partes contratantes sean iguales; y los cambios no pueden ser iguales mientras la sociedad se halle dividida entre capitalistas y productores, y que los últimos vivan de su trabajo, al paso que los primeros engorden con el provecho de este trabajo…

»Es cosa clara, continúa Mr. Bray, que en vano estableceréis ésta o la otra forma de Gobierno…, que en vano predicaréis en nombre de la moral y del amor fraternal…, la reciprocidad es incompatible con la desigualdad de los cambios. Y siendo la desigualdad de los cambios la fuente de la desigualdad de posesiones, es, por lo mismo, el enemigo secreto que nos devora. (Bray, págs. 51 y 52).

»La consideración del objeto y fin de la sociedad me autoriza a deducir, en conclusión, que no sólo todos los hombres deben trabajar y llegar de este modo a poder cambiar, sino que valores iguales deben cambiarse siempre por valores iguales. Además, como el beneficio de uno no debe ser pérdida para el otro, el valor debe determinarse por los gastos de producción. Sin embargo, hemos visto que bajo el régimen social presente, el beneficio del capitalista y del hombre rico resulta ser siempre la pérdida del obrero —que este resultado es inevitable, y que el pobre se halla enteramente abandonado a merced del rico, con todas las formas de Gobierno, todo el tiempo que la desigualdad de los cambios subsista—, y que la igualdad de los cambios no puede obtenerse sino por medio de un régimen social que reconozca la universalidad del trabajo… La igualdad de los cambios haría pasar gradualmente la riqueza de manos de los capitalistas actuales a las de las clases obreras. (Bray,

páginas 54 y 55).

»Mientras este sistema de la desigualdad de los cambios esté vigente, los productores serán siempre tan ignorantes y estarán tan recargados de trabajo como en la actualidad, aun cuando se aboliesen todas las cuotas y todos los impuestos gubernamentales… Sólo un cambio total de sistema, con la introducción de la igualdad de trabajo y de los cambios, puede mejorar semejante estado de cosas y garantizar a los hombres la verdadera igualdad de derechos… Hagan los productores un esfuerzo —y todo esfuerzo para su propia salvación debe venir de ellos—, y romperán sus cadenas para siempre… Como fin, la igualdad política es un error, y hasta lo es como medio. *(As an end, the political equality is there a failure, as a means, also it is there a failure).*

»Con la igualdad de los cambios, el beneficio de uno no puede ser la pérdida de otro, pues todo cambio no es más que un simple traspaso de trabajo y de riqueza, y no exige ningún sacrificio. Así, en un sistema social basado en la igualdad de los cambios, el productor podrá también llegar a la riqueza por medio de sus ahorros; pero su riqueza no será sino el producto acumulado de su propio trabajo. Podrá cambiar su riqueza o darla a otro, pero le será imposible continuar siendo rico, por un tiempo algo prolongado, después de haber dejado de trabajar. Por la igualdad de los cambios, la riqueza pierde el poder actual de renovarse y reproducirse, por decirlo así, por sí misma; no podrá llenar el vacío que el consumo haya creado; pues, a no ser que se reproduzca por el trabajo, la riqueza, una vez consumida, queda perdida para siempre. Lo que llamamos ahora beneficios e intereses no podrá existir bajo el régimen de los cambios iguales. El productor y el distribuidor serán bajo este régimen igualmente retribuidos, y la suma total de su trabajo es la que servirá pan’ determinar el valor de cualquier artículo creado y puesto al alcance del consumidor…

»El principio de la igualdad en los cambios debe, pues, por su naturaleza misma, establecer el trabajo universal». (Bray, páginas 76, 88, 89 y 109).

Después de haber refutado las objeciones de los economistas contra el comunismo, Mr. Bary continúa como sigue:

»Si un cambio de carácter es indispensable para que tenga éxito un sistema social de comunidad en su forma perfecta; si, por otra parte, el régimen actual no presenta ni las circunstancias ni las facilidades requeridas para llegar a este cambio de carácter y preparar a los hombres para un estado mejor, que todos deseamos, es evidente que las cosas deben, por necesidad, continuar siendo lo que son, a no ser que se descubra y se aplique un término social preparatorio —un movimiento que participe del sistema actual y del sistema por venir (del sistema de la comunidad)—, una especie de alto intermediario, al cual puede llegar la sociedad, con todos su excesos y todas sus locuras, para abandonarlo después, rica de cualidades y atributos que son las condiciones vitales del sistema de comunidad. (Bray, pág. 136).

»El movimiento completo sólo exigiría la cooperación en su forma más sencilla… Los gastos de producción determinarían en cualquiera circunstancia el valor del producto, y valores iguales se cambiarían siempre por valores iguales. Entre dos personas, una de las cuales hubiese trabajado una semana entera, y la otra media semana, la primera recibiría el doble de remuneración que la segunda; pero este suplemento de paga no sería dado al uno a expensas del otro: la pérdida sufrida por el último no recaería de ningún modo sobre el primero. Cada persona cambiaría el salario que hubiese recibido individualmente por objetos del mismo valor de su salario, y en ningún caso el beneficio realizado por un hombre o en una industria constituiría la pérdida de otro hombre o de otro ramo de industria. El trabajo de cada individuo sería la única medida de sus beneficios y de su pérdida…

»…Por medio de factorías *(board of trade)* generales y locales se determinarían la cantidad de diferentes objetos exigida para el consumo y el valor relativo de cada objeto en comparación con los otros (el número de obreros necesario en los diferentes ramos de trabajo), en una palabra, todo lo que se relaciona con la producción y la distribución social. Estas operaciones se verificarían en una nación en tan poco tiempo y con tanta facilidad como se verifican, bajo el régimen actual, en una sociedad particular… Los individuos se agruparían por familias, las familias por municipios, como en el régimen actual… Ni siquiera se aboliría directamente la distribución de la población en la ciudad y en el campo, por mala que ésta sea. En semejante asociación, cada individuo continuaría disfrutando de la libertad que hoy posee de acumular tanto como le conviniere, y de hacer de estas acumulaciones el uso que juzgase oportuno… Nuestra sociedad será, por decirlo así, una gran sociedad por acciones, compuesta de un número infinito de sociedades pequeñas, también por acciones, todas ellas trabajando, produciendo y cambiando sus productos sobre la base de la más perfecta igualdad… Nuestro nuevo sistema de sociedad por acciones, que no es otra cosa que una concesión hecha a la sociedad actual para llegar al comunismo, establecida de manera que permita coexistir la propiedad individual de los productos con la propiedad común de las fuerzas productivas, hace depender la suerte de cada individuo de su propia actividad y le concede una parte igual en todas las ventajas otorgadas por la Naturaleza y el progreso de las artes. Por esta razón puede aplicarse a la sociedad tal como existe y prepararla para transformaciones ulteriores». (Bray, págs. 158, 160, 162, 168, 194 y 199).

Pocas palabras tenemos que añadir para contestar a Mr. Bray, quien, muy a despecho nuestro, resulta haber suplantado a Proudhon, con la corta diferencia de que Mr. Bray, lejos de querer pasar por posesor del secreto de la Humanidad, propone, únicamente, las medidas que considera buenas para una época de transición entre la sociedad presente y el régimen de la comunidad.

Una hora de trabajo de Pedro se cambia por una hora de trabajo de Pablo. Tal es

el axioma fundamental de Mr. Bray. Supongamos que Pedro tiene doce horas de trabajo y que Pablo sólo tiene seis: en tal caso, Pedro sólo podrá hacer con Pablo un cambio de seis por seis. Pedro tendrá, por consecuencia, seis horas de trabajo de sobra. ¿Qué hará de esas seis horas de trabajo?

O no hará nada, es decir, que habrá trabajado seis horas para nada, o estará parado otras seis horas para ponerse en equilibrio, o bien, y éste es su último recurso, dará a Pablo estas seis horas, que no le sirven para nada, gratuitamente.

Así, pues, en último término, ¿qué es lo que Pedro habrá ganado a Pablo? Horas de trabajo, no. Lo que habrá ganado serán horas de asueto; se verá obligado a hacer el holgazán por espacio de seis horas. Y para que este nuevo derecho sea, no sólo apreciado, sino aceptado en la nueva sociedad, es preciso que ésta encuentre su mayor felicidad en la pereza, y que el trabajo le pese como una cadena de que deberá librarse a toda costa. Y, aun volviendo a nuestro ejemplo, ¡si estas horas de asueto que Pedro ha ganado a Pablo fuesen una ganancia efectiva! Pero no; Pablo, principiando por no trabajar más que seis horas, llega con un trabajo regular y metódico al resultado que Pedro principiando por un exceso de trabajo.

Cada cual querrá ser Pablo; habrá competencia para conquistar el puesto de Pablo, competencia de pereza.

Ahora bien: ¿qué resultado nos ha dado, en definitiva, el cambio de cantidades iguales de trabajo? Aumento de producción, depreciación, exceso de trabajo seguido de paro; en fin, las relaciones económicas tales como las vemos constituidas en la sociedad actual, menos la competencia de trabajo.

Pero no, nos engañamos. Habrá otro recurso que podrá salvar la nueva sociedad, la sociedad de los Pedros y de los Pablos. Pedro se comerá sólo el producto de las seis horas de trabajo que le quedan. Pero desde el momento en que no tiene ya que cambiar por haber producido, no tiene tampoco que producir para cambiar, y toda la suposición de una sociedad fundada en el cambio y la división del trabajo cae por sí sola. Se habrá salvado la igualdad de los cambios por lo mismo que los cambios habrán dejado de existir. Pedro y Pablo llegarán al estado de Robinsón.

Ahora bien: si se supone a todos los miembros de la sociedad trabajadores inmediatos, el cambio de cantidades iguales de horas de trabajo no es posible sino con la condición de que se haya convenido de antemano en el número de horas que será necesario emplear en la producción material. Pero semejante convenio niega el cambio individual.

Llegaremos, además, a la misma consecuencia si tomamos por punto de partida, no ya la distribución de los productos creados, sino el acto de la producción. En la grande industria, Pedro no es libre de fijar por sí mismo el tiempo de su trabajo, pues el trabajo de Pedro no es nada sin el concurso de todos los Pedros y Pablos que componen el taller. Es lo que explica perfectamente la resistencia obstinada que

opusieron los fabricantes ingleses al *bill* de las diez horas. Sabían demasiado que una disminución de trabajo de dos horas concedida a las mujeres y a los jóvenes debía acarrear igualmente una disminución de tiempo de trabajo para los hombres. Está en la naturaleza de la grande industria que el tiempo de trabajo sea igual para todos. Lo que es hoy el resultado del capital y de la competencia de los obreros entre sí, será mañana, si suprimimos la relación del trabajo con el capital, el hecho de un convenio basado en la relación de la suma de fuerzas productivas con la suma de necesidades existentes.

Pero semejante convenio es la condenación del cambio individual, y henos aquí que hemos llegado otra vez a nuestro primer resultado.

En principio, no hay cambio de productos, sino cambio de los trabajos que concurren a la producción. El modo de cambiar los productos depende del modo de cambiar las fuerzas productivas. En general, la forma del cambio de los productos corresponde a la forma de la producción. Varíese la segunda, y la primera se hallará variada en su consecuencia. Así vemos en la historia de la sociedad ajustarse el modo de cambiar los productos al modo de producirlos. El cambio individual corresponde también a un modo de producción determinado, que a su vez responde al antagonismo de clases. Así, pues, no hay cambio individual sin antagonismo de clases.

Pero las conciencias honradas cierran los ojos a esta evidencia. Por el hecho de ser burgués, no se puede por menos de ver en esta relación de antagonismo una relación de armonía y de una justicia eterna que no permite a nadie hacerse valer a expensas de otro. Para el burgués, el cambio individual puede subsistir sin el antagonismo de clases: para él son dos cosas enteramente inconexas. El cambio individual como se lo figura el burgués dista mucho de asemejarse al cambio individual como se practica.

Mr. Bray convierte la ilusión del honrado burgués en ideal que él quisiera que se realizase. Depurando el cambio individual, despojándolo de todos los elementos antagonistas que en él se encierran, Mr. Bray cree encontrar una relación igualitaria que quisiera infundir en la sociedad.

Mr. Bray no reflexiona en que esta relación igualitaria, este ideal correctivo, que quisiera aplicar al mundo, no es, a su vez, otra cosa que el reflejo del mundo actual, y que, por consecuencia, es totalmente imposible reconstruir la sociedad sobre una base que no es sino su sombra embellecida. A medida que la sombra toma cuerpo, se advierte que este cuerpo, lejos de ser la transfiguración soñada, es el cuerpo actual de la sociedad[6].

§ III. *Aplicación de la ley de las proporcionalidades del valor.*

A) LA MONEDA

«El oro y la plata son las primeras mercancías cuyo valor ha llegado a su constitución» (Proudhon, 1. c., t. I. p. 119).

Luego el oro y la plata son las primeras aplicaciones del «valor constituido»… por Proudhon. Y como Proudhon constituye los valores de los productos determinándolos por la cantidad comparativa de trabajo fijado en ellos, lo único que tenía que hacer era probar que las variaciones ocurridas en el valor del oro y de la plata se explican siempre por las variaciones del tiempo de trabajo que es necesario para producirlas. Proudhon no ha pensado en ello, y no habla del oro y de la plata como mercancía, sino como moneda. Toda su lógica, si lógica hay, consiste en escamotear la calidad que tienen el oro y la plata de servir de moneda, a beneficio de todas las mercancías que tienen la calidad de ser evaluadas por el tiempo de trabajo. Yo creo que hay más candidez que malicia en este escamoteo.

Siendo un producto útil evaluado por el tiempo de trabajo necesario para producirlo, es siempre aceptable en cambio. Testigos, exclama Proudhon, el oro y la plata, que se hallan en mis condiciones requeridas de «cambiabilidad». Luego el oro y la plata son el valor que ha llegado al estado de constitución, son la incorporación de la idea de Proudhon. No se puede ser más feliz en la elección de un ejemplo. El oro y la plata, además de la calidad que tienen de ser una mercancía evaluada, como todas las demás mercancías, por el tiempo de trabajo, tienen la de ser agente universal de cambio, la de ser moneda. Al tomar ahora el oro y la plata como una aplicación del «valor constituido» por el tiempo de trabajo, nada más fácil que probar que toda mercancía cuyo valor sea constituido por el tiempo de trabajo será siempre cambiable, será moneda.

Una cuestión muy sencilla se presenta a la mente de Proudhon. ¿Por qué el oro y la plata tienen el privilegio de ser el tipo del «valor constituido»?

«La función particular que el uso ha concedido a los metales preciosos de servir de agente al comercio es puramente convencional, y cualquiera otra mercancía podría, menos cómodamente quizá, pero de una manera tan auténtica, desempeñar este papel; los economistas lo reconocen y se cita más de un ejemplo. ¿Cuál es, pues, la razón de esta preferencia, generalmente concedida a los metales para servir de moneda, y cómo se explica esta especialidad de funciones del dinero, sin ejemplo en la Economía política?… Ahora bien: ¿es posible restablecer la serie de donde la

moneda parece haber sido desprendida, y, por consecuencia, reducir ésta a su verdadero principio?»

Al plantear la cuestión en estos términos, Proudhon ha supuesto ya la moneda. La primera pregunta que habría debido dirigirse es por qué en los cambios, tales como se hallan constituidos actualmente, se ha debido individualizar, por decirlo así, el valor cambiable, creando un agente especial de cambio. La moneda no es una cosa, es una relación social. ¿Por qué la relación de la moneda es una relación de la producción como cualquier otra relación económica, tal como la división del trabajo, etc.? Si Proudhon se hubiese dado, prudentemente, cuenta de esta relación, no habría visto en la moneda una excepción, un miembro desprendido de una serie desconocida.

Habría visto, por el contrario, que esta relación es un eslabón, y como tal, íntimamente ligado con todo el encadenamiento de las demás relaciones económicas, y que esta relación corresponde a un modo de producción determinado, ni más ni menos que el cambio individual. En lugar de esto, ¿qué es lo que hace? Principia por desprender la moneda del conjunto del sistema actual de producción, para hacer más adelante el primer miembro de una serie imaginaria, de una serie por descubrir.

Una vez admitida la necesidad de un agente particular de cambio, es decir, la necesidad de la moneda, sólo se trata de explicar por qué se ha concedido esta función particular al oro y a la plata más bien que a cualquier otra mercancía. Ésta es una cuestión secundaria, que no se explica ya por el encadenamiento de las relaciones de producción, sino por las cualidades específicas inherentes al oro y a la plata como materia. Si después de todo esto los economistas «han salido en esta ocasión fuera del dominio de la ciencia; si han tratado la cuestión desde el punto de vista de la Física, de la Mecánica, de la Historia, etc»., como les echa en cara Proudhon, han hecho, después de todo, lo que debían. La cuestión no es ya del dominio de la Economía política.

«Lo que ningún economista, dice Proudhon, ha visto ni comprendido es la razón económica que ha determinado a favor de los metales preciosos el privilegio de que disfrutan».

La razón económica que nadie (y se comprende por qué) ha visto ni comprendido, Proudhon la ha visto, comprendido y legado a la posteridad.

«Ahora bien: lo que nadie ha observado es que, de todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor ha llegado a la constitución. En el período patriarcal, el oro y la plata se negocian aún y se cambian en lingotes; pero ya con una tendencia visible a la dominación y con una preferencia marcada. Poco a poco, los soberanos se apoderan del oro y de la plata y les imprimen su sello; y de esta consagración soberana nace la moneda, es decir, la mercancía por excelencia, la que, no obstante todas las sacudidas del comercio, conserva un valor proporcional determinado y es aceptada en todos los pagos… El rasgo distintivo del oro y de la

plata procede, repito, de que, merced a sus propiedades mecánicas, a las dificultades de su producción y, sobre todo, a la intervención de la autoridad pública, conquistaron como mercancías la fijeza y la autenticidad».

Decir que de todas las mercancías el oro y la plata son las primeras cuyo valor ha llegado a la constitución equivale a decir, después de todo lo que precede, que el oro y la plata son las primeras mercancías que llegaron al estado de moneda. He aquí la estupenda revelación de Proudhon, la verdad que nadie había descubierto antes que él.

Si, con estas palabras, Proudhon ha querido decir que el oro y la plata son mercancías para cuya producción se ha conocido el tiempo necesario antes que para las demás, sería también una de esas suposiciones con que gratifica tan fácilmente a sus crédulos lectores. Si debiéramos atenernos a esta erudición patriarcal, diríamos a Proudhon que el tiempo necesario para producir los objetos de primera necesidad, como el hierro, etc., fue conocido en primer término. No le diremos nada del arco clásico de Adam Smith.

Pero después de esto, ¿cómo puede Proudhon hablar todavía de la constitución de un valor, puesto que un valor no se ha constituido jamás por sí solo? Se ha constituido, no por el tiempo que es necesario para producirle aisladamente, sino con relación a la cuota de todos los demás. De suerte que la constitución del valor del oro y de la plata supone la constitución, admitida ya, de una multitud de productos. Luego no es la mercancía la que ha llegado, en el oro y la plata, al estado de «valor constituido», sino el «valor constituido» de Proudhon es el que ha llegado, en el oro y la plata, al estado de moneda.

Examinemos ahora más de cerca esas razones económicas que, según Proudhon, han valido al oro y a la plata la ventaja de ser erigidos en moneda más bien que todos los demás productos, pasando por el estado constituido del valor.

Estas razones económicas son las siguientes: la «tendencia visible a la dominación», la «preferencia marcada ya en el período patriarcal», y otros circunloquios del hecho mismo que aumentan la dificultad, puesto que multiplican el hecho multiplicando los incidentes que Proudhon acumula para explicarle. Proudhon no ha agotado todavía todas las razones que él llama económicas. He aquí una de una fuerza soberana irresistible: «La moneda nace de la consagración soberana: los soberanos se apoderan del oro y de la plata y le imprimen su sello».

¡De modo que la voluntad de los soberanos es, para Proudhon, la razón suprema en Economía política!

En verdad, es preciso carecer de todo conocimiento histórico para ignorar que los soberanos son los que, en todas épocas, han soportado las condiciones económicas, y que jamás han sido ellos los que han hecho la ley. La legislación, tanto política como civil, no ha hecho más que pronunciar, parafrasear lo decretado por las relaciones

económicas.

¿Fue el soberano quien se apoderó del oro y de la plata para convertirlos en agentes universales de cambio, imprimiéndoles su sello, o fueron, más bien, esos agentes universales de cambio los que se apoderaron del soberano, obligándole a sellarlos y a darles una consagración política?

La marca que se ha aplicado y se aplica al dinero no es la de su valor, sino la de su peso. La fijeza y la autenticidad de que habla Proudhon sólo se aplican al título de la moneda, y este título indica cuánta materia metálica hay en un pedazo de plata acuñada. «El único valor intrínseco de un marco de plata, dice Voltaire con el buen sentido que le distingue, es un marco de plata, media libra del peso de ocho onzas. El peso y el título son los únicos que constituyen este valor intrínseco». (Voltaire, *Sistème de Law*). Pero la cuestión ¿cuánto vale una onza de oro y de plata?, queda subsistente. Si un mantón de casimir del almacén del Gran Colbert llevase la marca de fábrica de lana pura, esta marca de fábrica no nos diría aún el valor del mantón de casimir. Quedaría siempre por saber cuánto vale la lana. «Felipe 1, rey de Francia, dice Proudhon, mezcla con la libra tornesa de Carlomagno una tercera parte de aleación, imaginándose que él solo tiene el monopolio de la fabricación de monedas y que puede hacer lo que todo comerciante que tiene el monopolio de un producto. ¿Qué era, en efecto, esta alteración de la moneda tan reprochada a Felipe y a sus sucesores? Un razonamiento muy exacto desde el punto de vista de la rutina comercial, pero muy falso en ciencia económica, a saber: que siendo la oferta y la demanda la regla de los valores, se puede, ora produciendo una carestía ficticia, ora acaparando la fabricación, elevar la estimación y, por consiguiente, el valor de las cosas; y que esto es tan cierto tratándose del oro y de la plata como del trigo, del vino, del aceite y del tabaco. Sin embargo, no bien se sospechó el fraude de Felipe, cuando su moneda fue reducida a su justo valor, y él perdió al mismo tiempo lo que había creído ganar a expensas de sus súbditos. Lo mismo sucedió en lo sucesivo con todas las tentativas análogas».

Desde luego, es cosa que se ha demostrado mil y mil veces que si al soberano se le ocurre alterar la moneda, él es quien pierde. Lo que ganó en una sola vez con la primera emisión, lo pierde tantas veces como las monedas falsificadas vuelven a sus arcas en la forma de impuestos, etc. Pero Felipe y sus sucesores han sabido ponerse más o menos al abrigo de esta pérdida, pues una vez puesta en circulación la moneda alterada, apresurábanse a decretar una refundición general de las monedas del antiguo cuño.

Y después, si Felipe I hubiese, realmente, calculado como Proudhon, Felipe I no habría calculado bien «desde el punto de vista comercial». Ni Felipe I ni Proudhon dan pruebas de genio mercantil cuando se imaginan que se puede alterar el valor del oro lo mismo que el de cualquier otra mercancía, por la única razón de que su valor

se halla determinado por la relación de la oferta y la demanda.

Si el rey Felipe hubiese decretado que un celemín de trigo se llamase en adelante dos celemines de trigo, el rey habría sido un estafador. Habría engañado a todos los rentistas, a todas las personas que tenían que recibir cien celemines, y habría sido causa de que todas estas personas, en vez de recibir cien celemines de trigo, no hubiesen recibido más que cincuenta. Supóngase que el rey, deudor de cien celemines de trigo, no hubiese tenido que pagar más que cincuenta. En tal caso, cien celemines no habrían valido jamás en el comercio más que cincuenta. Al variar el nombre no se habría variado la cosa. La cantidad de trigo, ora ofrecida, ora demandada, no quedaría disminuida ni aumentada por este solo cambio de nombres. De suerte que, siendo la misma la relación entre la oferta y la demanda, a pesar de aquella alteración de nombres, el precio del trigo no sufriría realmente ninguna alteración. Al hablar de la oferta y de la demanda de algunas cosas, no se habla de la oferta y de la demanda del nombre de las cosas. Felipe I no era creador de oro o de plata, como dice Proudhon; era creador del nombre de las monedas. Pruébese a pasar los mantones de casimir franceses por mantones asiáticos, y es posible que se engañe a un comprador o dos; pero una vez conocido el fraude, los falsos casimires asiáticos bajarían al precio de los casimires franceses. Al dar una etiqueta Falsa al oro y a la plata, el rey Felipe I no podía engañar a la gente sino mientras el fraude no fuera conocido. Como cualquier otro mercader, engañaba a sus parroquianos con una calificación falsa de la mercancía, lo cual no podía durar mucho tiempo. Tarde o temprano debía sufrir el rigor de las leyes comerciales. ¿Es esto lo que Proudhon ha querido probar? No. Según él, el soberano, y no el comercio, es quien da valor al dinero. ¿Y qué ha probado efectivamente? Que el comercio es más soberano que el soberano, y que si éste decreta que en lo sucesivo un marco valdrá dos marcos, el comercio nos dirá siempre que aquellos dos marcos no valen más que el marco de antes. Mas por esto la cuestión del valor determinado por la cantidad de trabajo no ha adelantado un paso. Queda siempre por decidir si aquellos dos marcos, que han vuelto a ser el marco de antes, se hallan determinados por los gastos de producción o por la ley de la oferta y la demanda.

Proudhon continúa así: «Debe considerarse, además, que si, en vez de alterar las monedas, hubiese estado en poder del rey el doblar su masa, el valor cambiable del oro y de la plata habría bajado inmediatamente a la mitad, siempre por la misma razón de proporcionalidad y de equilibrio».

Si esta opinión, de que participa Proudhon con los demás economistas, es justa, será una prueba en favor de su doctrina de la oferta y de la demanda, y de ningún modo en favor de la proporcionalidad de Proudhon. Pues cualquiera que fuese la cantidad de trabajo fijada en la masa doblada de oro y de plata, su valor habría quedado reducido a la mitad, por la razón de que la demanda habría continuado

siendo la misma y la oferta habría doblado. O bien, ¿acaso «la ley de proporcionalidad» se confundiría por esta vez con la ley tan desdeñada de la oferta y la demanda? Esta justa proporcionalidad de Proudhon es, en efecto, tan elástica, se presta a tantas variaciones, combinaciones y permutas, que podría muy bien coincidir, una vez al menos, con la relación entre la oferta y la demanda.

Hacer, pues, «toda mercancía aceptable en el cambio, si no de hecho, por lo menos de derecho», fundándose en el papel que representan el oro y la plata, es desconocer este papel. El oro y la plata no son aceptables de derecho sino porque lo son de hecho, y lo son de hecho porque la organización actual de la producción necesita un agente universal de cambio. El derecho no es otra cosa que el reconocimiento oficial del hecho.

Ya hemos visto que el ejemplo del dinero como aplicación del valor pasado al estado de constitución no lo había escogido Proudhon sino para introducir de contrabando toda su doctrina de la «cambiabilidad», es decir, para demostrar que toda mercancía evaluada por sus gastos de producción debe llegar al estado de moneda. Todo esto estaría muy bien si no fuera porque precisamente el oro y la plata, como moneda, son, de todas las mercancías, las únicas que no se hallan determinadas por sus gastos de producción; y esto es tan cierto, que en la circulación puede reemplazárselas con papel. Mientras exista cierta proporción observada entre las necesidades de la circulación y la cantidad de moneda emitida, sea esta moneda en papel, en oro, en plata o en cobre, no podrá ser cuestión de una proporción necesaria entre el valor intrínseco (los gastos de producción) y el valor nominal de la moneda. Sin duda, en el comercio internacional, la moneda se halla determinada, como todas las demás mercancías, por el tiempo del trabajo. Pero sucede también que el oro y la plata circulantes en el comercio internacional son medios de cambio como producto, y no como moneda; es decir, que el oro y la plata pierden ese carácter de «fijeza y autenticidad», de «consagración soberana», que forman para Proudhon su carácter específico. Ricardo ha comprendido de tal modo esta verdad, que después de haber fundado todo su sistema en el valor determinado, y después de haber dicho: «el oro y la plata, así como todas las demás mercancías, sólo tienen valor en proporción de la cantidad de trabajo necesario para producirlos y lanzarlos al mercado», añade, no obstante, que el valor de la moneda no se haya determinado por el tiempo de trabajo fijado en su materia, sino solamente por la ley de la oferta y de la demanda. «Aunque el papel no tenga valor intrínseco, sin embargo, si se limita su cantidad, su valor cambiable puede igualar el valor de una moneda metálica de la misma denominación o de lingotes en especies. También por el mismo principio, es decir, limitando la cantidad de la moneda, unas monedas de bajo título pueden circular por el mismo valor que hubiesen tenido si su peso y su título estuviesen fijados por la ley, y no con arreglo al valor intrínseco del metal que contuviesen. He aquí por qué, en la historia

de las monedas inglesas, vemos que nuestro numerario no ha sido depreciado nunca en la misma proporción que ha sido alterado. La razón de esto es que no ha sido multiplicado jamás en proporción de su depreciación». (Ricardo).

Véase lo que observa J. B. Say con motivo de este pasaje de Ricardo:

«Este ejemplo debería bastar, a mi juicio, para convencer al autor de que la base de todo valor es, no la cantidad de trabajo necesaria para producir una mercancía, sino la necesidad que se tiene de esta mercancía, equilibrada por su rareza».

De modo que la moneda, que para Ricardo no es más que un valor determinado por el tiempo de trabajo, y que J. B. Say toma, a causa de esto, como ejemplo para convencer a Ricardo de que los demás valores no pueden determinarse tampoco por el tiempo de trabajo, esta moneda, repito, tomada por J. B. Say como ejemplo de un valor determinado exclusivamente por la oferta y la demanda, se convierte, para Proudhon, en el ejemplo por excelencia de la aplicación del valor constituido… por el tiempo del trabajo.

Para concluir: si la moneda no es un «valor constituido» por el tiempo de trabajo, mucho menos todavía podrá tener nada de común con la justa «proporcionalidad» de Proudhon. El oro y la plata son siempre cambiables porque tienen la función particular de servir como agente universal de cambio, y de ningún modo porque existen en cantidad proporcional al conjunto de las riquezas; o, por mejor decir todavía, son siempre proporcionales porque son las únicas mercancías que sirven de moneda, de agente universal de cambio, cualquiera que sea su cantidad con relación al conjunto de las riquezas. «La moneda en circulación no podría ser nunca bastante abundante para desbordar, pues si se disminuye su valor, se aumenta en la misma proporción la cantidad, y al aumentar su valor se disminuye la cantidad». (Ricardo).

«¡Qué embrollo es la Economía política!», exclama Proudhon.

«¡Maldito oro!», exclama, a su vez, un comunista, por boca de Proudhon. Lo que sería lo mismo que decir: ¡Maldito trigo, malditas viñas, malditos carneros!, pues «lo mismo que el oro y la plata, todo valor comercial debe llegar a su exacta y rigurosa determinación».

La idea de reducir los carneros y las viñas al estado de moneda no es nueva. En Francia pertenece al siglo de Luis XIV, en cuya época, habiendo empezado el dinero a establecer su omnipotencia, la gente se quejaba de la depreciación de todas las demás mercancías y aspiraba ardientemente al momento en que «todo valor comercial» pudiera reducirse a su exacta y rigurosa determinación, al estado de moneda. Véase lo que hayamos ya en Bois-Guillebert, uno de los más antiguos comunistas de Francia: «El dinero, por medio de esta sucesión innumerable de concurrentes, que serán los productos mismos restablecidos en sus justos valores, se verá encerrado en sus límites naturales». *(Economistes financiers du dixhuitième siècle*, página 112, edit. Daire).

Se ve, por lo que antecede, que las primeras ilusiones de la burguesía fueron al mismo tiempo las últimas.

B) EL EXCEDENTE DEL TRABAJO

«Se lee en algunas obras de Economía política esta hipótesis absurda: Si el precio de todas las cosas se hallase doblado… ¡Cómo si el precio de todas las cosas no estuviese en la proporción de las cosas, y se pudiese doblar una proporción, una relación, una ley!» (Proudhon, tomo I, pág. 81).

Los economistas han caído en este error por no haber sabido aplicar la «ley de proporcionalidad» y el «valor constituido».

Por desgracia, se lee en la misma obra de Proudhon (tomo I, página 110) la hipótesis absurda de que «si el salario subiese generalmente, el precio de todas las cosas subiría del mismo modo». Además, si bien se encuentra en algunas obras de Economía política la frase en cuestión, se encuentra también la explicación de esta frase. «Si se dice que el precio de todas las mercancías sube o baja, se excluye siempre una u otra mercancía; la mercancía excluida es, por lo general, el dinero o el trabajo». *(Encyclopaedia Metropolitana or Universal Dictionary of Knowledge*, vol. IV, en el artículo «Political Economy», Cy Senior, London, 1836. Véase también, sobre esta expresión, J. Stuart Mill, *Essays on some unsettled questions of political economy*, London, 1844, y Toake, *An history of prices*, etc., London, 1838).

Pasemos a la segunda aplicación del «valor constituido» y de otras proporcionalidades, cuyo único defecto consiste en ser poco proporcionadas, y veamos si Proudhon es en esto más feliz que en la monetización de los carneros.

«Un axioma admitido generalmente por los economistas es que todo trabajo debe dejar un excedente. Esta proposición es para mí de una verdad universal y absoluta; es el corolario de la “ley de la proporcionalidad”, que se puede considerar como el sumario de toda la ciencia económica. Pero, perdónenme los economistas, el principio de que todo trabajo debe dejar un excedente carece de sentido en su teoría y no es susceptible de ninguna demostración». (Proudhon).

Para demostrar que todo trabajo debe dejar un excedente, Proudhon personifica la sociedad, haciendo de ella una sociedad persona, la cual no es, ni con mucho, la sociedad de las personas, puesto que tiene sus leyes aparte —no teniendo nada de común con las personas de que se compone la sociedad— y su «inteligencia propia», que no es la inteligencia del común de los hombres, sino una inteligencia que no tiene sentido común. Proudhon reprocha a los economistas no haber comprendido la personalidad de este ser colectivo. Bastará oponerle el pasaje siguiente de un economista americano, que reprocha a los demás economistas todo lo contrario:

«La entidad moral, el ser gramatical *(the grammatical being)* llamado sociedad, ha sido revestida de atribuciones que no tienen existencia real sino en la imaginación de los que con una palabra hacen una cosa… He aquí lo que ha ciado lugar a muchas dificultades y a deplorables equivocaciones en la Economía política». (Th. Cooper, *Lectures on the Elements of Political Economy*, Columbia, 1826).

«Este principio del excedente de trabajo, continúa Proudhon, no es cierto de los individuos, sino porque emana de la sociedad, que les confiere de este modo el beneficio de sus propias leyes».

¿Quiere decir, simplemente, con esto Proudhon que la producción del individuo social sobrepuja la del individuo aislado?

¿Es de este excedente de la producción de los individuos asociados sobre la de los individuos no asociados de lo que quiere hablar? Si es así, podremos citarle cien economistas que han expresado esa verdad sencilla, sin todo el misticismo de que se rodea Proudhon. Véase lo que dice, por ejemplo, míster Sadler:

«El trabajo combinado da resultados tales como el trabajo individual no podría nunca producir. A medida, pues, que la Humanidad aumente en número, los productos de la industria reunida excederán con mucho del resultado de una simple suma calculada por este aumento. En las artes mecánicas, lo mismo que en los trabajos de la ciencia, un hombre puede actualmente hacer más en un día que un individuo aislado durante toda su vida. El axioma de los matemáticos de que el todo es igual a las partes, no es cierto aplicado a nuestro asunto. En cuanto al trabajo, ese gran pilar de la existencia humana, se puede decir que el producto de los esfuerzos acumulados excede con mucho a todo lo que los esfuerzos individuales y separados pueden producir jamás». (T. Sadler, *The law of population*, London, 1830).

Volvamos a Proudhon. El excedente del trabajo, dice, se explica por la sociedad persona. La vida de esta persona obedece a leyes opuestas a las leyes que rigen al hombre como individuo, lo cual se propone probar con hechos.

«El descubrimiento de un procedimiento económico no puede nunca valer al inventor un beneficio igual al que proporciona a la sociedad… Se ha notado que las Empresas de ferrocarriles son una fuente de riquezas mucho menos productivas para los empresarios que para el Estado… El precio medio del transporte de las mercancías por carros es de 18 céntimos por tonelada y por kilómetro, puesta la mercancía en almacén. Se ha calculado que a este precio una Empresa ordinaria de ferrocarril no obtendría 10 por 100 de beneficio líquido, resultado poco más o menos igual al de una Empresa de acarreo. Pero admitamos que la celeridad del transporte por ferrocarril sea a la del acarreo por tierra como 4 es a 1: como en la sociedad el tiempo es el valor mismo, a igualdad de precio el ferrocarril presentará sobre el acarreo una ventaja de 400 por 100. Sin embargo, esta ventaja enorme, muy efectiva para la sociedad, dista mucho de realizarse en la misma proporción para el carretero,

quien al paso que proporciona a la sociedad una mejor valía de 400 por 100, no saca, en lo que a él se refiere, 10 por 100. Supongamos, en efecto, para hacer el hecho todavía más palpable, que el ferrocarril eleva su tarifa a 25 céntimos, mientras que la del acarreo sigue a 18; aquél perderá inmediatamente todas sus consignaciones. Remitentes, destinatarios, todo el mundo volverá al carro, a la carreta, si necesario fuese. Se abandonará la locomotiva; una ventaja social de 400 por 100 quedará sacrificada a una pérdida privada de 33 por 100. La razón de esto es fácil de comprender: la ventaja que resulta de la celeridad del ferrocarril es esencialmente social, y cada individuo no participa de ella sino en una proporción mínima (no olvidemos que sólo se trata ahora del transporte de las mercancías), mientras que la pérdida afecta directa y personalmente al consumidor. Un beneficio social igual a 400 representa para el individuo, si la sociedad es solamente de un millón de hombres, 4 diezmilésimas, en tanto que una pérdida de 33 por 100 para el consumidor supondría un déficit social de 33 millones». (Proudhon).

Que Proudhon exprese una celeridad cuádruple de 400 por 100 de la celeridad primitiva, podría pasar; pero que ponga en relación el tanto por ciento de celeridad con el tanto por ciento del beneficio, y que forme una proporción entre dos relaciones que, a pesar de ser medidas separadamente por un tanto por ciento, son inconmensurables entre sí, equivale a establecer una proporción; entre los tantos por ciento y prescindir de sus denominaciones.

Los tantos por ciento son siempre tantos por ciento; 10 por 100 y 400 por 100 son conmensurables, siendo el uno al otro como 10 es a 400. Luego, deduce Proudhon, un beneficio de 10 por 100 vale 40 veces menos que una celeridad cuadruplicada. Para salvar las apariencias, dice que para la sociedad el tiempo es el valor *(time is money)*. Este error procede de que recuerda confusamente que hay una relación entre el valor y el tiempo de trabajo, y que no se da un punto de reposo hasta asimilar el tiempo de trabajo al tiempo de transporte, es decir, que identifica los maquinistas, fogoneros y consortes, cuyo tiempo de trabajo es otra cosa que el tiempo de transporte, con la sociedad entera. Por de contado, he aquí la celeridad convertida en capital, y en tal caso tiene mucha razón al decir: «Un beneficio de 400 por 100 quedará sacrificado a una pérdida de 33 por 100». Después de haber establecido tan singular proposición como matemático, nos da su explicación como economista:

«Un beneficio social igual a 400 representa para el individuo, si la sociedad es solamente de un millón de hombres, 4 diezmilésimas». Conforme: pero no se trata de 400; se trata de 400 por 100, y un beneficio de 400 por 100 representa para el individuo 400 por 100, ni más ni menos. Cualquiera que sea el capital, los dividendos se repartirán siempre en relación de 400 por 100. ¿Qué hace Proudhon? Toma el tanto por ciento por el capital, y como si temiese que su confusión no fuera bastante manifiesta, bastante palpable, continúa así:

«Una pérdida de 33 por 100 para el consumidor supondría un déficit social de 33 millones»; 33 por 100 de pérdida para el consumidor no son más que 33 por 100 de pérdida para un millón de consumidores. ¿Cómo puede decir Proudhon que el déficit social, en el caso de una pérdida de 33 por 100, asciende a 33 millones, cuando no conoce ni el capital social, ni siquiera el capital de un solo interesado? De modo que no bastaba a Proudhon haber confundido el capital y el tanto por ciento, sino que traspasa todos los límites, identificando el capital puesto en una empresa y el número de los interesados.

«Supongamos, en efecto, para hacer el hecho todavía más palpable», un capital determinado. Un beneficio social de 400 por 100, repartido entre un millón de participantes, interesados cada uno en un franco, da 4 francos de beneficio por cabeza, y no 0,0004, como supone Proudhon. De la misma • manera, una pérdida de 33 por 100 por cada uno de los participantes representa un déficit social de 330.000 francos, y no de 33 millones (100 : 33 = 1.000.000 : 330.000).

Proudhon, preocupado con su teoría de la sociedad persona, se olvida de hacer la división por 100, con la cual obtendría 330.000 francos de pérdida; pero 4 francos de beneficio por cabeza forman para la sociedad 4 millones de francos de beneficio. Queda para la sociedad un beneficio líquido de 3.670.000 francos. Esta cuenta exacta demuestra precisamente lo contrario de lo que se propone demostrar Proudhon, y es que los beneficios y las pérdidas de la sociedad no están en razón inversa de los beneficios y las pérdidas de los individuos.

Después de haber rectificado estos errores de mero cálculo, veamos las consecuencias a que se llegaría si quisiéramos admitir para los ferrocarriles esa relación de celeridad y de capital, tal como la da Proudhon, menos los errores de cálculo. Supongamos que un transporte cuatro veces más rápido cuesta cuatro veces más; este transporte no daría menos beneficio que el acarreo, que es cuatro veces más lento y tiene la cuarta parte de los gastos. Luego si el acarreo lleva 18 céntimos por tonelada y por kilómetro, el ferrocarril podría llevar 72. Siguiendo el «rigor matemático», sería la consecuencia de las suposiciones de Proudhon, también menos sus errores de cálculo. Pero he aquí que de repente nos dice que, si en vez de 72 céntimos, el ferrocarril sólo llevase 25, perdería, desde luego, todas sus consignaciones. Está visto que hay que volver al carro y hasta a la carreta. Pero si hemos de dar un consejo a Proudhon, es que no olvide en su *Programa de la Asociación Progresista* el hacer la división por ciento. Mas, desgraciadamente, no tenemos muchas esperanzas de que nuestro consejo sea escuchado, pues Proudhon se halla tan satisfecho de su cálculo «progresivo» correspondiente a la «asociación progresiva», que exclama con mucho énfasis: «Ya he demostrado en el capítulo II, por medio de la solución de la antinomia del valor, que la ventaja de todo descubrimiento útil es incomparablemente menor para el inventor, haga lo que quiera,

que para la sociedad; he llevado la demostración en este punto hasta el rigor matemático».

Volvamos a la ficción de la sociedad persona, ficción que no tenía más objeto que probar la simple verdad siguiente: como una invención nueva permite producir con la misma cantidad de trabajo una cantidad mayor de mercancías, hace bajar el valor venal del producto. La sociedad realiza, pues, un beneficio, no obteniendo más valores cambiables, sino obteniendo más mercancías por el mismo valor. En cuanto al inventor, la competencia obliga a descender sucesivamente su beneficio hasta el nivel general de los beneficios. ¿Ha demostrado Proudhon la proposición que antecede, según se proponía hacerlo? No. Lo cual no le impide echar en cara a los economistas haber omitido esta demostración. Para probarle lo contrario, sólo citaremos a Ricardo y Lauderdale. Ricardo, jefe de la escuela que determina el valor por el tiempo del trabajo, y Lauderdale, uno de los defensores más encarnizados de la determinación del valor por la oferta y la demanda. Ambos han desarrollado la misma tesis.

«Al aumentar constantemente la facilidad de producción, disminuimos constantemente el valor de algunas de las cosas producidas antes, si bien por este mismo medio no sólo añadíamos algo a la riqueza nacional, sino que aumentábamos también la facultad de producir para lo futuro… Tan luego como, por medio de las máquinas, o por nuestros conocimientos en Física, forzamos a los agentes naturales a ejecutar la obra que el hombre desempeñaba antes, el valor cambiable de esta obra cae en consecuencia. Si se necesitasen diez hombres para dar vueltas a un molino harinero, y se descubriese que por medio del viento o del agua podría ahorrarse el trabajo de esos diez hombres, la harina que fuese el producto de la acción del molino bajaría desde aquel momento de valor en proporción de la cantidad de trabajo ahorrada; y la sociedad se hallaría enriquecida con todo el valor de las cosas que el trabajo de aquellos diez hombres pudiese producir, sin que por esto los fondos destinados al mantenimiento de los trabajadores hubiesen experimentado ninguna disminución». (Ricardo).

Lauderdale dice, a su vez:

«El beneficio de los capitales procede siempre de que suplen a una porción de trabajo que el hombre debería hacer con sus propias manos, o bien, de que realizan una porción de trabajo que es superior a los esfuerzos personales del hombre, y que éste no podría ejecutar por sí mismo. El módico beneficio que sacan, en general, los propietarios de las máquinas, comparado con el precio del trabajo a que suplen, engendrará tal vez dudas sobre la justicia de esta opinión. Una bomba aspirante, por ejemplo, saca en un día más agua de una mina de carbón que podrían sacar sobre sus hombros trescientos hombres, aun sirviéndose de cubas; y no es dudoso que la bomba reemplaza su trabajo con menos coste. Tal es el caso de todas las máquinas. El trabajo que ejecutaba la mano del hombre, a la cual han sucedido, deben hacerlo a precio más

bajo… Supongo que se ha dado un privilegio al inventor de una máquina que ejecuta la obra de cuatro: como el privilegio exclusivo impide toda clase de competencia, excepto la que resulta del trabajo de los obreros, claro está que el salario de éstos, durante todo el tiempo del privilegio, será la medida del precio que el inventor debe poner a sus productos; es decir, que para estar seguro de su empleo exigirá un poco menos de salario del trabajo que su máquina ha suplido. Pero a la expiración del privilegio se establecen otras máquinas de la misma especie y rivalizan con la suya. Llegado este caso, establecerá su precio sobre el principio general, haciéndole depender de la abundancia de máquinas. El beneficio de los fondos empleados, si bien resulta de un trabajo suplido, se establece, finalmente, no por el valor de este trabajo, sino, como en todos los demás casos, por la competencia entre los propietarios de fondos; y su grado se fija siempre por la proporción de la cantidad de capitales ofrecidos para esta operación con la demanda que de ellos se hace».

En último lugar, pues, mientras el beneficio sea mayor que en las demás industrias, habrá capitales que se ofrezcan a la nueva industria, hasta que el tipo de los beneficios haya bajado al nivel común.

Acabamos de ver que el ejemplo del ferrocarril no era muy propio, que digamos, para esclarecer un poco la ficción de la sociedad persona. No obstante, Proudhon prosigue, sin titubear, su discurso: «Esclarecidos estos puntos, nada más fácil que explicar cómo el trabajo debe dejar a cada productor un excedente».

Lo que sigue ahora pertenece a la antigüedad clásica; es un cuento poético, hecho para distraer al lector de las fatigas que ha debido causarle el rigor de las demostraciones matemáticas que le preceden. Proudhon da a su sociedad el nombre de «Prometeo», cuyas hazañas glorifica en los términos siguientes:

«Al principio, Prometeo, saliendo del seno de la Naturaleza, se despierta a la vida en una inercia llena de seducciones, etcétera, etc. Prometen pone manos a la obra, y desde su primera jornada, primer día de la segunda creación, el producto de Prometeo, es decir, la riqueza, su bienestar, es igual a diez. El segundo día, Prometeo divide su trabajo, y su producto llega a ser igual a ciento. El tercer día y cada uno de los siguientes, Prometeo inventa máquinas, descubre nuevas utilidades en los cuerpos, nuevas fuerzas en la Naturaleza… A cada paso que da su industria, la cantidad de su producción asciende y le denuncia un acrecentamiento de felicidad. Y puesto que, en fin, para él, consumir es producir, está claro que como cada jornada de consumo sólo absorbe el producto del día antes, deja un excedente de producto a la jornada del día siguiente».

Este Prometeo de Proudhon es un pobre diablo, tan flojo en Lógica como en Economía política. Todo el tiempo que Prometeo no hace otra cosa que enseñarnos la división del trabajo, la aplicación de las máquinas, la explotación de las fuerzas naturales y del poder científico, multiplicando las fuerzas productivas de los hombres

y dando un excedente comparado con lo que produce el trabajo aisladamente, este nuevo Prometeo sólo tiene la desgracia de llegar demasiado tarde. Pero desde el momento en que a Prometeo se le ocurre hablar de producción y de consumo, es realmente grotesco. Consumir, según él, es producir; consume al día siguiente lo que produjo el anterior, y de este modo tiene siempre una jornada adelantada, cuya jornada adelantada es su excedente de trabajo. Pero al consumir al día siguiente lo que produjo el anterior, es necesario que el primer día, que no tenía día antes, haya trabajado por dos jornadas, a fin de tener en lo sucesivo una jornada adelantada. ¿Cómo pudo ganar Prometen el primer día este excedente, cuando no tenía a la sazón ni división de trabajo, ni máquinas, ni siquiera otros conocimientos de las fuerzas físicas que la del fuego? De suerte que, por haber retrocedido «hasta el primer día de la segunda creación», la cuestión no ha adelantado un paso. Esta manera de explicar las cosas participa a la vez del griego y del hebreo, es a un mismo tiempo mística y alegórica, y da perfectamente a Proudhon el derecho a decir: «He demostrado con la teoría y con los hechos el principio de que todo trabajo debe dejar un excedente».

Los hechos son el famoso cálculo progresivo; la teoría es el mito de Prometen.

«Pero —continúa Proudhon— este principio, tan cierto como una proposición de Aritmética, dista aún de realizarse para todo el mundo. Mientras que, con el progreso de la industria colectiva, cada jornada de trabajo individual obtiene un producto cada vez mayor, y, por una consecuencia necesaria, mientras que el trabajador, con el mismo salario, debería ser cada día más rico, existen en la sociedad estados que benefician y prosperan y otros que se consumen y decaen».

En 1770, la población de los reinos unidos de la Gran Bretaña era de 15 millones, y la población productiva, de 3 millones. El poder científico de la producción igualaba próximamente a una población de 12 millones de individuos más: luego, en suma, había en aquel país 15 millones de fuerzas productivas.

De suerte que el poder productivo era a la población como 1 es a 1, y el poder científico era al poder manual como 4 es a 1.

En 1840, la población no pasaba de 30 millones: la productiva era de 6 millones, al paso que el poder científico ascendía a 650 millones; es decir, que era a la población entera como 21 es a 1, y al poder manual como 108 a 1.

En la sociedad inglesa, la jornada de trabajo ha adquirido, pues, en 70 años un excedente de 2.700 por 100 de productividad; o, en otros términos, que en 1840 ha producido 27 veces más que en 1770. Según Proudhon, habría que plantear la cuestión como sigue: ¿Por qué el obrero inglés de 1840 no ha sido 27 veces más rico que el de 1770? Al presentar una cuestión semejante, se supondría, naturalmente, que los ingleses habrían producido estas riquezas sin que las condiciones históricas en que fueron producidas, como acumulación privada de capitales, división moderna del trabajo, taller automático, competencia anárquica, salariado, y, finalmente, todo lo

que está basado en el antagonismo de clases, hubiesen existido. Ahora bien: para el desarrollo de las fuerzas productivas y del excedente del trabajo, eran precisamente aquéllas las condiciones de existencia. Luego ha sido preciso, para conseguir este desarrollo de las fuerzas productivas y este excedente de trabajo, que haya habido clases que beneficien y prosperen y otras que se consuman y decaigan.

¿Qué es, pues, en definitiva, ese Prometeo que Proudhon ha resucitado? Es la sociedad, son las relaciones sociales fundadas en el antagonismo de clases. Estas relaciones son, no relaciones de individuo a individuo, sino de obrero a capitalista, de arrendador a propietario territorial, etc. Borrad esas relaciones, y habréis aniquilado toda la sociedad, y vuestro Prometeo no será ya sino un fantasma sin brazos ni piernas, es decir, sin taller automático y sin división del trabajo; falto, en fin, de todo lo que le habéis dado primitivamente para que pudiese obtener aquel excedente de trabajo.

Si, pues, en la teoría bastase, como lo hace Proudhon, con interpretar la fórmula del excedente de trabajo en el sentido de la igualdad, sin tener en cuenta las condiciones actuales de la producción, debería bastar en la práctica con hacer entre los obreros una repartición igualitaria de todas las riquezas actualmente adquiridas, sin mudar en nada las condiciones actuales de la producción. Este reparto no garantizaría, ciertamente, un grado muy considerable de holgura a cada uno de los participantes.

Pero Proudhon no es tan pesimista como a primera vista parece. Como la proporcionalidad lo es todo para él, es muy natural que vea en el Prometen que se ha forjado, es decir, en la sociedad actual, un principio de realización de su idea favorita.

«Mas por todas partes también el progreso de la riqueza, es decir, la proporcionalidad de los valores, es la ley dominante; y cuando los economistas oponen a las quejas del partido social el acrecentamiento progresivo de la fortuna pública y las mejoras introducidas en la condición de las clases, hasta las más infelices, proclaman, sin sospecharlo, una verdad que es la condenación de sus teorías».

¿Qué es, en efecto, la riqueza colectiva, la fortuna pública? Es la riqueza de la burguesía, y no de cada burgués en particular. Pues bien: los economistas no han hecho otra cosa sino demostrar cómo en las relaciones de producción, tales como existen, la riqueza de la burguesía se ha desarrollado y debe acrecentarse más aún. En cuanto a las clases obreras, es todavía una cuestión muy controvertida el saber si su condición se ha mejorado de resultas del acrecentamiento de la riqueza que llaman pública. Si los economistas nos citan en apoyo de su optimismo el ejemplo de los obreros ingleses ocupados en la industria algodonera, sólo ven su situación en los raros momentos de la prosperidad del comercio, cuyos momentos de prosperidad son a las épocas de crisis y de estancación en la justa proporcionalidad de tres a diez. Pero

quizá también, al hablar de mejora, los economistas han querido hablar de aquellos millones de obreros que tuvieron que perecer en las Indias orientales para proporcionar al millón y medio de obreros ocupados en Inglaterra en la misma industria tres años de prosperidad por diez.

Por lo que hace a la participación temporal en el acrecentamiento de la riqueza pública, es muy distinto. El hecho de participación temporal se explica por la teoría de los economistas. Es su confirmación, y en ningún caso su condenación, como Proudhon lo dice. Si hubiese en esto algo que condenar, sería, ciertamente, el sistema de Proudhon, que reduciría, como lo hemos demostrado, al obrero al mínimum de salario, no obstante el acrecentamiento de las riquezas. Sólo reduciéndolo al mínimum de salario habría hecho una aplicación de la justa proporcionalidad de los valores del valor constituido por el tiempo de trabajo. El hecho de que el salario, de resultas de la competencia, oscila constantemente entre un tipo superior o inferior del precio de los víveres necesarios al sustento del obrero, es lo único que hace que éste pueda participar, si bien de una manera insignificante, en el desarrollo de la riqueza colectiva; pero hace también que pueda perecer de miseria. He aquí toda la teoría de los economistas que no se forjan ilusiones.

Después de haber divagado largamente sobre el tema de los ferrocarriles, de Prometeo y de la nueva sociedad que ha de reconstituirse sobre el valor constituido, Proudhon se recoge, a pesar de la emoción, y exclama en tono paternal:

«Conjuro a los comunistas a que se interroguen un momento, en el silencio de sus conciencias, lejos de las preocupaciones que los trastornan, y sin miramientos a los empleos que ocupan o que esperan, a los intereses que sirven, a los sufragios que ambicionan y a las distinciones que lisonjean su vanidad, que digan si hasta el día de hoy el principio de que todo trabajo debe dejar un excedente se les había aparecido con esa cadena de preliminares y de consecuencias que acabamos de promover».

CAPITULO II
LA METAFÍSICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

§ I *El método*.

¡Henos aquí en plena Alemania! Tendremos que hablar de Metafísica al mismo tiempo que de Economía política. Y en esto tampoco hacemos otra cosa que seguir las «contradicciones» de Proudhon. Últimamente nos obligaba a hablar en inglés, a «inglesarnos», por decirlo así, nosotros mismos. Ahora cambia la escena. Proudhon nos transporta a nuestra querida patria y nos obliga a recobrar nuestra calidad de alemán, a pesar nuestro.

Si el inglés transforma los hombres en sombreros, el alemán transforma los sombreros en ideas. El inglés es Ricardo, banquero rico y distinguido economista; el alemán es Hegel, simple profesor de Filosofía de la Universidad de Berlín.

Luis XV, último rey absoluto, y que representaba la decadencia de la monarquía francesa, había tomado a su servicio un médico que era el primer economista de Francia. Este médico y economista representaba el triunfo inminente y seguro de la burguesía francesa. El Dr. Quesnay ha hecho de la Economía política una ciencia, y la ha resumido en su famoso *Tableau économique*. Además de los mil y un comentarios que han salido a luz sobre este cuadro, poseemos uno del doctor mismo, que es el «análisis del cuadro económico», seguido de «siete observaciones importantes».

Proudhon es un segundo Dr. Quesnay; es el Quesnay de la Metafísica de la Economía política.

Ahora bien: la Metafísica, la Filosofía toda, se resume, según Hegel, en el método. Deberemos, pues, tratar de esclarecer el método de Proudhon, que es, por lo menos, tan tenebroso como el *Tableau économique*, para lo cual presentaremos sobre él siete observaciones más o menos importantes. Si al Dr. Proudhon no le satisfacen nuestras observaciones, que se convierta en abad Baudeau y dé él mismo «la explicación del método económico-metafísico».

Primera observación.

«No escribimos una Historia según el orden de los tiempos, sino según la sucesión de las ideas. Las fases o categorías económicas son en su manifestación, ora contemporáneas, ora invertidas… Las teorías económicas no dejan de tener por eso su sucesión lógica y su serie en el entendimiento; este orden es el que nos

lisonjeamos de haber descubierto». (Proudhon, tomo I, pág. 146).

Está visto que Proudhon ha querido asustar a los franceses arrojándoles a la faz unas frases casi hegelianas. Tenemos, pues, que entendérnoslas con dos hombres: primero, con Proudhon, y después, con Hegel. ¿Cómo se distingue Proudhon de los demás economistas? Y Hegel, ¿qué papel representa en la Economía política de Proudhon?

Los economistas expresan las relaciones de la producción burguesa, la división del trabajo, el crédito, la moneda, etc., como categorías fijas, inmutables, eternas. Proudhon, que tiene a la vista estas categorías enteramente formadas, quiere explicarnos el acto de formación, la generación de estas mismas categorías, principios, leyes, ideas y pensamientos. Los economistas nos explican cómo se produce, dadas estas relaciones; lo que no nos explican es cómo se producen estas relaciones, es decir, el movimiento histórico que les da vida. Proudhon, que ha tomado estas relaciones por principios, categorías, pensamientos abstractos, no tiene más que ordenar estos pensamientos, que se encuentran ya catalogados por orden alfabético al final de todos los tratados de Economía política. Los materiales de los economistas consisten en la vida activa y militante de los hombres; los materiales de Proudhon son los dogmas de los economistas. Pero desde el momento en que no se persigue el movimiento histórico de las relaciones de la producción, de que las categorías no son otra cosa que expresión teórica; desde el momento en que no se quiere ver en estas categorías sino ideas, pensamientos espontáneos, independientes de las relaciones reales, tiene uno forzosamente que dar como origen de estos pensamientos el movimiento de la razón pura. ¿Cómo la razón pura, eterna, impersonal, engendra estos pensamientos? ¿Cómo procede para producirlos?

Si tuviésemos la intrepidez de Proudhon en materia de hegelianismo, diríamos: la razón pura se distingue en sí misma, de sí misma. Que quiere decir: como la razón impersonal no tiene fuera de ella ni terreno en que pueda ponerse, ni objeto a que pueda oponerse, ni sujeto con quien pueda componerse, se ve obligada a dar la voltereta, poniéndose, oponiéndose y componiéndose, posición, oposición, composición. O, para hablar en griego, tenemos la tesis, la antítesis y la síntesis. A los que no conozcan el lenguaje hegeliano les repetiremos la fórmula sacramental: afirmación, negación, negación de la negación. Esto es lo que se llama hablar claro. No es, ciertamente, hebreo, mal que le pese a Proudhon; pero es el lenguaje de esa razón tan pura, separada del individuo. En vez del individuo ordinario, con su manera ordinaria de hablar y de pensar, tenemos esa manera ordinaria enteramente pura, menos el individuo.

¿Hay que sorprenderse de que todas las cosas en última abstracción, pues se trata de abstracción, y no de análisis, se presenten en estado ele categoría lógica? ¿Hay que sorprenderse de que abandonando poco a poco todo lo que constituye el

individualismo de una cosa, haciendo abstracción de los materiales de que ésta se compone, de la forma que la distingue, lleguemos a no tener más que un cuerpo; que haciendo abstracción de los límites de este cuerpo no tengamos en breve más que un espacio, y que haciendo, finalmente, abstracción de las dimensiones de este espacio, acabemos por no tener más que la cantidad pura, la categoría lógica? A fuerza de abstraer así de todo sujeto todos los llamados accidentes, animados o inanimados, hombres o cosas, tenemos razón de decir que en última abstracción se llega a tener como substancia las categorías lógicas. Del mismo modo, los metafísicos, que al hacer estas abstracciones se imaginan hacer un análisis, y que, a medida que se desprenden cada vez más de los objetos, se imaginan acercarse a ellos hasta el punto de penetrarlos, estos metafísicos tienen, a su vez, razón de decir que las cosas de este mundo son bordados cuyo fondo lo forman las categorías lógicas. He aquí lo que distingue al filósofo del cristiano. El cristiano no tiene una sola encarnación del *Logos*, a despecho de la Lógica; pero el filósofo no acaba nunca en las encarnaciones. Que todo lo que existe, que todo lo que vive sobre la tierra y debajo del agua, pueda, a fuerza de abstracción, quedar reducido a una categoría lógica, y que de este modo el mundo real entero pueda anegarse en el mundo de las abstracciones, en el mundo de las categorías lógicas, cosa es que no debe sorprender a nadie.

Todo lo que existe, todo lo que vive sobre la tierra y bajo el agua, sólo existe, sólo vive por un movimiento cualquiera. De suerte que el movimiento de la Historia produce las relaciones sociales, el movimiento industrial nos da los productos industriales, etc.

Así como a fuerza de abstracción hemos transformado todas las cosas en categoría lógica, del mismo modo no hay sino hacer abstracción de todo carácter distintivo de los diferentes movimientos, para llegar al movimiento en estado abstracto, al movimiento puramente formal, a la fórmula puramente lógica del movimiento. Los que encuentran en las categorías lógicas la substancia de todas las cosas, se imaginan haber encontrado en la fórmula lógica del movimiento el método absoluto, que no sólo explica todas las cosas, sino que implica además el movimiento de las cosas.

De este método absoluto es del que habla Hegel en los siguientes términos: «El método es la fuerza absoluta, única, suprema, infinita, a la que ningún objeto puede resistir; es la tendencia de la razón a encontrarse, a reconocerse en todas las cosas». *(Lógica*, tomo III). Hallándose reducida toda cosa a una categoría lógica, y todo movimiento, todo acto de producción, al método, resulta, naturalmente, que todo conjunto de productos y de producción, de objetos y de movimiento, se reduce a una metafísica aplicada. Lo que Hegel hizo con la Religión, el Derecho, etc., Proudhon trata de hacerlo con la Economía política.

¿Qué es, pues, este método absoluto? La abstracción del movimiento. ¿Qué es la

abstracción del movimiento? El movimiento en estado abstracto. ¿Qué es el movimiento en estado abstracto? La fórmula puramente lógica del movimiento, o el movimiento de la razón pura. ¿En qué consiste el movimiento de la razón pura? En ponerse, en oponerse, en componerse, en formularse como tesis, antítesis, síntesis, o bien en afirmarse, en negarse, en negar su negación.

¿Cómo procede la razón para afirmarse, para ponerse en categoría determinada? Esto concierne a la razón misma y a sus apologistas.

Pero una vez que ha llegado a ponerse o formularse en tesis, esta tesis, este pensamiento, opuesto a sí mismo, se separa en dos pensamientos contradictorios, el positivo y el negativo, el sí y el no. La lucha de estos dos elementos antagonistas, encerrados en la antítesis, constituye el movimiento dialéctico. El sí viniendo a ser no, el no viniendo a ser sí, el sí viniendo a ser a un mismo tiempo sí y no, el no viniendo a ser al mismo tiempo no y sí, los contrarios se compensan, se neutralizan, se paralizan. La fusión de estos dos pensamientos contradictorios constituye un pensamiento nuevo, que es su síntesis. Este pensamiento nuevo se vuelve a separar en dos pensamientos contradictorios, que se funden, a su vez, en una nueva síntesis. De este trabajo de gestación nace un grupo de pensamientos. Este grupo de pensamientos sigue el mismo movimiento dialéctico de una categoría simple, y tiene por antítesis un grupo contradictorio. De estos dos grupos de pensamientos nace un nuevo grupo, que es su síntesis.

Así como del movimiento dialéctico de las categorías simples nace el grupo, del movimiento dialéctico de los grupos nace la serie, y del movimiento dialéctico de las series nace todo el sistema.

Aplíquese este método a las categorías de la Economía política, y se tendrá la lógica y la metafísica de la Economía política, o, en otros términos, se tendrán las categorías económicas conocidas de todos; pero traducidas en un lenguaje poco conocido, que les da el aspecto de haber salido recientemente de un cerebro de razón pura: de tal modo estas categorías parecen engendrarse mutuamente, encadenarse y confundirse unas con otras por el trabajo sólo del movimiento dialéctico.

No se asuste el lector de esta metafísica con toda su ostentación de categorías, grupos, series y sistemas. A pesar de los grandes esfuerzos que ha hecho para escalar la cumbre del sistema de las contradicciones, Proudhon no ha podido jamás elevarse por encima de los dos primeros escalones de la tesis y de la antítesis simples, y aun a éstos no ha podido llegar más que dos veces, y de estas dos veces, cayó una de ellas patas arriba.

Por esta razón sólo hemos expuesto hasta ahora la dialéctica de Hegel. Veremos más adelante cómo ha conseguido Proudhon reducirla a las más mezquinas proporciones. Así, para Hegel, todo lo que ha pasado y lo que pasa todavía es estrictamente lo que pasa en su propio razonamiento. Lo que equivale a decir que la

filosofía de la Historia no es más que la historia de la Filosofía, de su filosofía propia. No existe «la historia según el orden de los tiempos»; no hay más que «la sucesión de las ideas en el entendimiento». Cree construir el mundo por medio del movimiento del pensamiento, mientras que lo que hace es reconstruir sistemáticamente y colocar bajo el método absoluto los pensamientos que están en la mente de todos.

Segunda observación.

Las categorías económicas no son otra cosa que las expresiones teóricas, las abstracciones de las relaciones sociales de la producción. Como verdadero filósofo, Proudhon, tomando las cosas a la inversa, no ve en las relaciones reales sino las encarnaciones de estos principios, de estas categorías, que dormitaban, según nos dice también Proudhon el filósofo, en el seno «de la razón impersonal de la Humanidad».

Proudhon el economista ha comprendido perfectamente que los hombres hacen el paño, el lienzo y las telas de seda en relaciones determinadas de producción. Pero lo que no ha comprendido es que estas relaciones sociales determinadas son productos de los hombres, ni más ni menos que el lienzo, la seda, etcétera. Las relaciones sociales se hallan íntimamente ligadas con las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres mudan su sistema de producción, y al mudar el modo o sistema de producción, o sea la manera de ganarse la vida, mudan todas sus relaciones sociales. El molino de mano nos dará la sociedad con el señor feudal; el molino de vapor, la sociedad con el capitalista industrial.

Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material producen también los principios, las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales.

De suerte que estas ideas, estas categorías, son tan poco eternas como las relaciones que expresan, siendo productos históricos y transitorios.

Hay un movimiento continuo de acrecentamiento en las fuerzas productivas; de destrucción en las relaciones sociales, de formación en las ideas; lo único que hay inmutable es la abstracción del movimiento: *mors inmortali*.

Tercera observación

Las relaciones de producción de toda sociedad forman un todo. Proudhon considera las relaciones económicas como otras tantas fases sociales, que se

engendran mutuamente, resultando una de otra como la antítesis de la tesis, y realizando en su sucesión lógica la razón impersonal de la Humanidad.

El único inconveniente que tiene este método es que, abordando el examen de una sola de aquellas fases, Proudhon no pueda explicarla sin recurrir a todas las demás relaciones de la sociedad; relaciones que, sin embargo, no han pasado todavía de su movimiento dialéctico. Cuando más adelante, por medio de la razón pura, Proudhon pasa a la gestación de las demás fases, hace como si fuesen niños recién nacidos, olvidando que tienen la misma edad de la primera.

De modo que, para llegar a la constitución del valor, que para él es la base de todas las evoluciones económicas, no podía prescindir de la división del trabajo, de la competencia, etc. Sin embargo, en la serie, en el entendimiento de Proudhon, en la sucesión lógica, estas relaciones no existían aún.

Al construir, con las categorías de la Economía política, el edificio de un sistema ideológico, se dislocan los miembros del sistema social; se convierten los diferentes miembros de la sociedad en otras tantas sociedades aparte, que llegan unas tras otras. ¿Cómo, en efecto, la sola fórmula lógica del movimiento, de la sucesión del tiempo, podría explicar el cuerpo de la sociedad, en el que todas las relaciones coexisten de una manera simultánea y se soportan mutuamente?

Cuarta observación.

Veamos ahora qué modificaciones introduce Proudhon en la dialéctica de Hegel aplicándola a la Economía política.

Para él —Proudhon— toda categoría económica tiene dos lados, uno bueno y otro malo, considerando las categorías como el pequeño burgués considera a los grandes hombres de la Historia: «Napoleón es un gran hombre, ha realizado grandes cosas; pero ha causado al mismo tiempo muchos males».

El lado bueno y el lado malo, la ventaja y el inconveniente tomados en conjunto, forman para Proudhon la contradicción en cada categoría económica.

Problema por resolver: conservar el lado bueno y eliminar el malo.

La esclavitud es una categoría económica como otra cualquiera. Luego tiene también sus dos lados. Dejemos el lado malo y hablemos del lado bueno de la esclavitud; por supuesto que no se trata sino de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en el Surinam, en el Brasil, en las Antillas y en las comarcas meridionales de la América del Norte.

La esclavitud directa es el eje de la industria burguesa, del mismo modo que las máquinas, el crédito, etc. Sin la esclavitud no tendríamos algodón; sin algodón no tendríamos industria moderna. La esclavitud es la que ha dado su valor a las colonias;

las colonias, las que han creado el comercio del Universo, y el comercio del Universo es la condición esencial de la grande industria. Así, pues, la esclavitud es una categoría económica de la mayor importancia.

Sin la esclavitud, la América del Norte, que es el país más progresivo, se transformaría en país patriarcal. Borrad la América del Norte del mapa, y tendréis la anarquía, la decadencia completa del comercio y de la civilización moderna. Suprímase la esclavitud, y habréis borrado la América del mapa de los pueblos[7].

Por esta razón, porque es una categoría económica, la esclavitud ha existido siempre en las instituciones de los pueblos. Los modernos han sabido disfrazar la esclavitud en su propio país; pero la han impuesto sin disfraz al Nuevo Mundo.

¿Cómo se arreglará Proudhon para salvar la esclavitud? Planteará el problema de la manera siguiente: conservar el lado bueno de esta categoría económica y eliminar el malo.

Hegel no tiene problemas que plantear; no tiene más que la dialéctica. Proudhon sólo tiene de la dialéctica de Hegel el lenguaje. Su movimiento dialéctico es la distinción dogmática de lo bueno y de lo malo.

Tomemos por un momento a Proudhon mismo como categoría, y examinemos su lado bueno y su lado malo, sus ventajas y sus inconvenientes.

Si bien es cierto que tiene sobre Hegel la ventaja de plantear problemas que se propone resolver para el mayor bien de la humanidad, tiene el inconveniente de ser estéril cuando se trata de engendrar por medio del trabajo de gestación dialéctica una nueva categoría. Lo que constituye el movimiento dialéctico es la coexistencia de los dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una categoría nueva. Sólo con plantear el problema de eliminar el lado malo, se paraliza de repente el movimiento dialéctico. No es la categoría la que se pone y se opone a sí misma por su naturaleza contradictoria, sino es Proudhon quien se conmueve, se agita, forcejea entre los dos lados de la categoría.

Cogido así en un callejón, de donde es difícil salir por los medios legales, Proudhon da un verdadero salto que le transporta de un golpe a una categoría nueva. Y entonces es cuando aparece a sus ojos sorprendidos la serie en el entendimiento.

Toma la primera categoría que se le presenta, y le atribuye arbitrariamente la cualidad de poner remedio a los inconvenientes de la categoría que se trata de depurar. Así, si hemos de creer a Proudhon, los impuestos remedian los inconvenientes de los monopolios; el balance del comercio, los inconvenientes de los impuestos, y la propiedad territorial, los inconvenientes del crédito.

Tomando así sucesivamente las categorías económicas una a una, y haciendo de ésta el antídoto de aquélla, Proudhon llega a componer con esta amalgama de contradicciones, y de antídotos a las contradicciones, dos volúmenes de contradicciones, que titula, con razón: *El sistema de las contradicciones económicas*.

Quinta observación.

«En la razón absoluta, todas estas ideas… son igualmente simples y generales… En realidad, sólo llegamos a la ciencia por una especie de andamiada de nuestras ideas.

»Pero la verdad en sí es independiente de estas figuras dialécticas y está emancipada de las combinaciones de nuestro espíritu». (Proudhon, tomo II, pág. 97).

He aquí, de repente, por una especie de cambio de rumbo, cuyo secreto conocemos ahora, la metafísica de la Economía política convertida en ilusión. Jamás Proudhon había hablado con más verdad. Indudablemente, desde el instante en que el procedimiento del movimiento dialéctico se reduce a un simple procedimiento de oponer lo bueno a lo malo, de plantear problemas que tienden a eliminar lo malo y a presentar una categoría como antídoto de otras, las categorías dejan de tener espontaneidad; la idea no funciona, no tiene ya vida en sí, no se pone ni se descompone ya en categorías. La sucesión de las categorías se ha convertido en una especie de andamiada. La dialéctica deja de ser el movimiento de la razón absoluta. No tenemos ya dialéctica; tenemos, todo lo más, moral pura.

Cuando Proudhon hablaba de la serie en el entendimiento, de la sucesión lógica de las categorías, declaraba de una manera positiva que no quería escribir la Historia según el orden de los tiempos, es decir, según la sucesión histórica en que las categorías se han manifestado. Todo se operaba entonces en el éter puro de la razón. Todo debía dimanar de este éter por medio de la dialéctica. Ahora que se trata de poner en práctica esta dialéctica, la razón le abandona. La dialéctica de Proudhon falta a la dialéctica de Hegel, y he aquí que Proudhon se ve en el caso de decir que el orden en que presenta las categorías económicas no es ya el orden en que se engendran mutuamente. Las evoluciones económicas han dejado de ser las evoluciones de la razón.

¿Qué es, pues, lo que Proudhon nos ofrece?; ¿la historia real, es decir, según el entendimiento de Proudhon, la sucesión con arreglo a la cual las categorías se han manifestado en el orden de los tiempos? No. ¿La historia como se verifica en la idea misma? Menos aún. ¡Ni la historia profana de las categorías, ni su historia sagrada! ¿Qué historia nos da, en fin? La historia de sus propias contradicciones. Veamos cómo éstas marchan y cómo arrastran tras ellas a Proudhon.

Antes de entrar en este examen, que dará lugar a la sexta observación importante, tenemos que hacer aún otra observación de menos importancia.

Admitamos con Proudhon que la historia real, la historia según el orden de los tiempos, es la sucesión histórica en que las ideas, las categorías, los principios se han manifestado.

Cada principio ha tenido su siglo para manifestarse: el principio de autoridad,

pongamos por ejemplo, tuvo el siglo XI, así como el principio individualista, el siglo XVIII. De consecuencia en consecuencia, sacamos que era el siglo quien pertenecía al principio, y no el principio al siglo. En otros términos, era el principio quien hacía la historia, y no la historia quien hacía el principio. Cuando, después de esto, para salvar los principios no menos que la historia, nos preguntamos por qué tal principio se manifestó en el undécimo o en el decimoctavo siglo, más bien que en cualquiera otro, nos vemos obligados a examinar minuciosamente quiénes eran los hombres del siglo XI y quiénes los del siglo XVIII; cuáles eran sus necesidades respectivas, sus fuerzas productoras, su sistema de producción, las materias primeras de esta producción, y, finalmente, cuáles eran las relaciones de hombre a hombre que resultaban de todas estas condiciones de existencia. Profundizar todas estas cuestiones, ¿no es hacer la historia real, profana, de los hombres en cada siglo, y representar a estos hombres como autores y actores a la vez de su propio drama? Pero desde el momento en que representáis a los hombres como actores y autores de su propia historia, habréis llegado, dando un rodeo, al verdadero punto de partida, puesto que habréis abandonado los principios eternos de que partíais al principio.

Proudhon no ha caminado ni siquiera lo suficiente por el atajo que toma el ideólogo para llegar al camino real de la Historia.

Sexta observación.

Tomemos el atajo con Proudhon.

Le concedemos que las leyes económicas, consideradas como leyes inmutables, principios eternos, categorías ideales, fuesen anteriores a los hombres activos; le concedemos también que estas leyes, estos principios, estas categorías, hubiesen, desde el origen de los tiempos, dormitado «en la razón impersonal de la Humanidad». Hemos visto ya que con todas estas eternidades inmutables e inmóviles no hay historia posible; hay, todo lo más, la historia en la idea, es decir, la historia que se refleja en el movimiento dialéctico de la razón pura. Al decir que en el movimiento dialéctico las ideas no se diferencian ya, Proudhon ha anulado la sombra del movimiento y el movimiento de las sombras, por medio de los cuales se habría podido crear todavía un simulacro de la Historia. En lugar de esto, imputa a la Historia su propia impotencia. «No es, pues, exacto el decir —añade Proudhon el filósofo— que una cosa acontece, que una cosa se produce; en la civilización, lo mismo que en el Universo, todo existe, todo obra desde el principio. Otro tanto sucede con toda la economía social». (Tomo II, pág. 102).

Tal es la fuerza productora de las contradicciones que funcionan y obligan a funcionar a Proudhon, que al querer explicar la Historia, se ve obligado a negarla, y

al querer explicar el advenimiento sucesivo de las relaciones sociales, niega que una cosa pueda acontecer (advenir), y al querer explicar la producción con todas sus fases, pone en duda que una cosa pueda producirse.

De modo que para Proudhon no existe la Historia, ni la sucesión de ideas; y, sin embargo, su libro subsiste siempre; y este libro es precisamente, conforme a su propia expresión, la *Historia según la sucesión de las ideas*. ¿Dónde encontraremos una fórmula, pues Proudhon es el hombre de las fórmulas, que le ayude a saltar de un solo salto por encima de todas sus contradicciones?

Para esto ha inventado una razón nueva, que no es ni la razón absoluta, pura y virgen, ni la razón común de los hombres activos, y que se han operado en los diferentes siglos; sino que es una razón aparte, la razón de la sociedad persona, del sujeto Humanidad, que, bajo la pluma de Proudhon, es algunas veces también genio social, razón general y, en último término, razón humana. Esta razón, disfrazada con tantos nombres, se da, sin embargo, a conocer a cada instante como la razón individual de Proudhon, como su lado bueno y su lado malo, sus antídotos y sus problemas.

«La razón humana no crea la verdad», escondida en las profundidades de la razón absoluta, eterna. Sólo puede descubrirla. Pero las verdades que ha descubierto hasta ahora son incompletas, insuficientes y, por consecuencia, contradictorias. Luego siendo las categorías económicas verdades descubiertas, reveladas por la razón humana, por el genio social, son igualmente incompletas y contienen el germen de la contradicción. Antes de Proudhon, el genio social sólo ha visto los elementos antagónicos, y no la fórmula sintética, escondidos ambos simultáneamente en la razón absoluta. Las relaciones económicas, que no hacen sino realizar en la tierra esas verdades insuficientes, esas categorías incompletas, esas nociones contradictorias, son, pues, contradictorias en sí mismas, y presentan los dos lados, uno bueno y el otro malo.

Descubrir la verdad completa, la noción en toda su plenitud, la fórmula sintética, que destruya la antinomia, tal es el problema del genio social. He aquí también por qué, en la ilusión de Proudhon, el mismo genio social ha pasado de una categoría a otra, sin haber llegado aún, con toda la batería de sus categorías, a arrancar a Dios, a la razón absoluta, una fórmula sintética.

«En primer lugar, la sociedad (el genio social) establece un primer hecho, emite una hipótesis…, verdadera antinomia., cuyos resultados antagónicos se desarrollan en la economía social de la misma manera que sus consecuencias habían podido deducirse en el espíritu; de suerte que el movimiento industrial, siguiendo en todo la deducción de las ideas, se divide en una doble corriente, una de efectos útiles y otra de resultados subversivos… Para constituir de una manera armónica este principio de dos caras y resolver esta antinomia, la sociedad hace surgir una segunda antinomia, a

la cual no tardará en seguir una tercera, y tal será la marcha del genio social, hasta que habiendo agotado todas sus contradicciones —yo supongo, si bien esto no está probado, que la contradicción en la Humanidad tendrá un término— vuelva de un salto hacia atrás sobre todas sus posiciones anteriores y en una sola fórmula resuelva todos sus problemas». (Tomo 1, pág. 135).

Así como antes la antítesis se transformó en antídoto, la tesis se convierte ahora en hipótesis. Este cambio de términos no nos sorprende ya de parte de Proudhon. La razón humana, que no es pura, ni mucho menos, puesto que sus miras son siempre incompletas, encuentra a cada paso nuevos problemas que resolver. Cada nueva tesis que descubre en la razón absoluta, y que es la negación de la primera, se convierte para ella en un síntesis, que acepta cándidamente como la solución del problema en cuestión. De esta suerte se revuelve la razón en contradicciones siempre nuevas, hasta que, al cabo de contradicciones, advierte que todas sus tesis y síntesis no son otra cosa que hipótesis contradictorias. En su perplejidad, «la razón humana, el genio social, vuelve de un salto a ocupar sus posiciones anteriores, y en una sola fórmula resuelve todos sus problemas». Esta fórmula única, dicho sea de paso, constituye el verdadero descubrimiento de Proudhon. Es el valor constituido.

No se hacen hipótesis sino en vista de un fin cualquiera. El fin que se proponía en primer término el genio social que habla por boca de Proudhon, era eliminar lo que hay de malo en cada categoría económica, para no dejar más que lo bueno. Para él lo bueno, el bien supremo, el verdadero fin práctico, es la igualdad. ¿Y por qué el genio social se proponía la igualdad como fin antes que la desigualdad, la fraternidad, el catolicismo o cualquier otro principio? Porque «la Humanidad no ha realizado sucesivamente tantas hipótesis particulares sino en vista de una hipótesis superior», que es precisamente la igualdad. En otros términos, porque la igualdad es el ideal de Proudhon. Éste se imagina que la división del trabajo, el crédito, el taller, todas las relaciones económicas, sólo han sido inventadas en provecho de la igualdad, y, sin embargo, han acabado siempre por volverse contra ella. Del hecho de que la Historia y la ficción de Proudhon se contradicen a cada paso, este último deduce que hay contradicción. Si la hay, sólo existe entre su idea fija y el movimiento real.

De aquí en adelante, el lado bueno de una relación económica será el que afirma la igualdad, y el lacio malo el que la niega y afirma la desigualdad. Toda nueva categoría es una hipótesis del genio social para eliminar la desigualdad engendrada por la hipótesis anterior. En resumen: la igualdad es la intención primitiva, la tendencia mística, el fin providencial que el genio social tiene constantemente a la vista, revolviéndose en el círculo de las contradicciones económicas. Así, pues, la Providencia es la locomotora que arrastra todo el equipaje económico de Proudhon, mejor que su razón pura y evaporada. Esto explica que haya consagrado a la Providencia todo un capítulo, que sigue al de los impuestos.

Providencia, fin providencial, tal es la palabra sacramental que se emplea hoy para explicar la marcha de la Historia. En realidad, esta palabra no explica nada, siendo, todo lo más, una forma declamatoria, un modo como otro cualquiera de parafrasear los hechos.

Es un hecho demostrado que en Escocia el valor de las propiedades territoriales aumentó con el desarrollo de la industria inglesa, cuya industria abrió nuevos mercados a la lana. Para producir la lana en grande escala había que transformar los campos de labranza en terrenos de pastos; para efectuar esta transformación había que concentrar las propiedades, y para concentrar las propiedades era preciso abolir las pequeñas enfiteusis, expulsar a millares de enfiteutas o terratenientes de su país natal y poner en su lugar unos cuantos pastores vigilantes de millones de carneros. De suerte que las transformaciones sucesivas de la propiedad territorial en Escocia han dado por resultado el que los carneros hayan expulsado a los hombres. Dígase ahora que el fin providencial de la institución de la propiedad territorial en Escocia había sido conseguir que los carneros expulsaran a los hombres, y se tendrá una muestra de lo que es la historia providencial.

No hay duda de que la tendencia a la igualdad pertenece a nuestro siglo. Pero cuando se dice que todos los siglos anteriores, con necesidades, medios de producción, etc., enteramente distintos, trabajan providencialmente en la realización de la igualdad, se sustituyen desde luego los medios y los hombres de nuestro siglo a los medios y a los hombres de los siglos precedentes, y se desconoce el movimiento histórico por el cual las generaciones sucesivas transformaban los resultados adquiridos por las generaciones que las precedieran. Los economistas saben perfectamente que la misma cosa que era para uno materia labrada, sólo era para el otro materia primera de nueva producción.

Supongamos, como lo hace Proudhon, que el genio social haya producido, o, más bien, improvisado, los señores feudales con el fin providencial de transformar los colonos en trabajadores responsables e igualitarios, y habremos operado una sustitución de fines y personas muy digna de esa Providencia que en Escocia instituía la propiedad territorial para tener el placer maligno de ver a los hombres expulsados por los carneros.

Mas ya que Proudhon manifiesta un interés tan tierno a favor de la Providencia, le aconsejamos que lea o vuelva a leer la *Historia de la Economía política,* de Mr. de Villeneuve-Bargemont, quien persigue también un fin providencial, sólo que este fin no es la igualdad: es el catolicismo.

Séptima y última observación.

Los economistas tienen una manera singular de proceder. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: las del arte y las de la naturaleza. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales, y las de la burguesía son instituciones naturales. En lo cual se parecen a los teólogos, que establecen también dos clases de religiones: toda religión que no es la de ellos es una invención de los hombres, al paso que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las relaciones actuales —las relaciones de la producción burguesa— son naturales, los economistas dan a entender que son relaciones dentro de las cuales se crea la riqueza y se desenvuelven las fuerzas productivas con arreglo a las leyes de la Naturaleza. Luego esas relaciones son, a su vez, leyes naturales independientes de la influencia de los tiempos; son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. De suerte que la Historia ha existido, pero ya no existe. Ha habido Historia, puesto que han existido instituciones feudales, y en esas instituciones se encuentran relaciones de producción enteramente distintas de las de la sociedad burguesa, que los economistas pretenden dar por naturales, y por lo tanto, eternas.

El feudalismo tenía también su proletariado, la servidumbre, que contenía en sí todos los gérmenes de la burguesía. La producción feudal tenía también dos elementos antagónicos, que se designan igualmente con el nombre de lado bueno y lado malo del feudalismo, sin considerar que siempre es el lado malo el que acaba por triunfar del lado bueno. El lado malo es el que produce el movimiento que constituye la Historia, constituyendo la lucha. Si en la época del reinado del feudalismo, los economistas, entusiasmados con las virtudes caballerescas, la buena armonía entre los derechos y los deberes, la vida patriarcal de las ciudades, el estado de prosperidad de la industria doméstica en los campos, el desarrollo de la industria, organizada por corporaciones, gremios y cofradías, y, finalmente, con todo lo que constituye el lado bueno del feudalismo, se hubiesen propuesto el problema de eliminar todo lo que afea este cuadro —servidumbre, privilegio, anarquía—, ¿qué habría sucedido? Habríanse destruido todos los elementos que constituyen la lucha y ahogado en su germen el desarrollo de la burguesía. Los que tal cosa hubiesen intentado se habrían propuesto resolver el absurdo problema de eliminar la Historia.

Cuando la burguesía hubo triunfado, no fue ya cuestión ni del lado bueno ni del lado malo del feudalismo. Las fuerzas productivas que ella había desarrollado bajo el régimen feudal le fueron adjudicadas. Todas las antiguas formas económicas, las relaciones civiles que les correspondían y el estado político que era la expresión oficial de la antigua sociedad civil habían naufragado.

Así que, para juzgar con acierto la producción feudal, es necesario considerarla como un modo de producción fundado en el antagonismo. Es preciso mostrar cómo se producía la riqueza dentro de este antagonismo, cómo se desarrollaban las fuerzas productivas al mismo tiempo que el antagonismo de clases, y cómo una de las clases,

el lado malo, el inconveniente de la sociedad, iba siempre creciendo, hasta que las condiciones materiales de esa emancipación llegaron al punto necesario de madurez. ¿No se explica claramente con esto que el modo de producción, las relaciones en que se desarrollan las fuerzas productivas, no son, ni mucho menos, leyes eternas, sino que corresponden a un desarrollo determinado de los hombres y de sus fuerzas productivas, y que un cambio introducido en la fuerzas productivas de los hombres trae consigo necesariamente un cambio en las relaciones de producción? Como importa, ante todo, no privarse de los frutos de la civilización, de las fuerzas productivas adquiridas, hay que romper las formas tradicionales en que aquéllas fueron producidas. Desde este momento, la clase revolucionaria se hace conservadora.

La burguesía empieza con un proletariado que es, a su vez, un resto del proletariado de los tiempos feudales. En el curso de su desenvolvimiento histórico, la burguesía desenvuelve necesariamente su carácter antagónico, que al principio se halla más o menos disfrazado, que sólo existe en estado latente. A medida que la burguesía se desarrolla, desenvuélvese en su seno un nuevo proletariado, un proletariado moderno; desarróllase una lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa, lucha que, antes de ser sentida por ambas partes, vista, apreciada, comprendida, confesada y proclamada en alta voz, sólo se manifiesta previamente en conflictos parciales y momentáneos, en hechos subversivos. Por otra parte, si bien todos los individuos de la burguesía moderna tienen el mismo interés como individuos que forman una clase enfrente de otra clase, tienen intereses opuestos, antagónicos, cada vez que se encuentran unos enfrente de otros. Esta oposición de los intereses dimana de las condiciones económicas de la vida burguesa. De día en día se ve, pues, con mayor claridad, que las relaciones de producción en que se mueve la burguesía no tienen un carácter único simple, sino un carácter de duplicidad; que en las mismas relaciones en que se produce la riqueza se produce también la miseria; que en las mismas relaciones en que hay desarrollo de las fuerzas productivas hay una fuerza productora de represión, y que estas relaciones no producen la riqueza burguesa, es decir, la riqueza de la clase burguesa, sino destruyendo constantemente la riqueza de los miembros integrantes de esta clase y produciendo un proletariado que va siempre en aumento.

Mientras más claro se presente el carácter antagónico, más se confunden con su propia teoría los economistas, los representantes científicos de la producción burguesa, y se forman diferentes escuelas.

Tenemos, en primer lugar, los economistas fatalistas, que en su teoría son tan indiferentes a lo que llaman los inconvenientes de la producción burguesa como los burgueses mismos lo son en la práctica a los padecimientos de los proletarios que los ayudan a adquirir las riquezas. En esta escuela fatalista hay clásicos y románticos.

Los clásicos, como Adam Smith y Ricardo, representan una burguesía que, luchando aún con los restos de la sociedad feudal, sólo trabaja en depurar las relaciones económicas de las tachas feudales, en aumentar las fuerzas productivas y dar a la industria y al comercio un nuevo impulso. El proletariado que toma parte en semejante lucha, absorto en este trabajo febril, sólo siente sufrimientos pasajeros, accidentales, y él mismo los considera así. Los economistas como Adam Smith y Ricardo, que son los historiadores de esta época, no tienen otra misión que demostrar cómo se adquiere la riqueza dentro de las relaciones de la producción burguesa, formular esas mismas relaciones en categorías, en leyes, y enseñar que esas leyes y categorías son para la producción de las riquezas muy superiores a las leyes y a las categorías de la sociedad feudal. La miseria no es, a sus ojos, sino el dolor que acompaña a todo alumbramiento, en la Naturaleza lo mismo que en la industria.

Los románticos pertenecen a nuestra época, en que la burguesía se halla en oposición directa con el proletariado, en que la miseria se engendra en abundancia tan grande como la riqueza. Los economistas se presentan en esta época como fatalistas desilusionados, que desde lo alto de su posición dirigen una mirada orgullosa de desdén a los hombres-locomotoras que fabrican las riquezas.

Viene luego la escuela humanitaria, que toma con interés el lado malo de las relaciones de producción actuales. Esta escuela trata, para tranquilizar su conciencia, de paliar, siquiera ligeramente, los contrastes reales; deplora con sinceridad la situación desgraciada del proletariado, la competencia desenfrenada de los burgueses entre sí; aconseja a los obreros que sean sobrios, que trabajen bien y que procreen poco, y recomienda a los burgueses que moderen el ardor de la producción. Toda la teoría de esta escuela descansa en distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y los resultados, entre la idea y la aplicación, entre el contenido y la forma, entre la esencia y la realidad, entre el derecho y el hecho, entre el lado bueno y el lado malo.

La escuela filantrópica es la escuela humanitaria perfeccionada, que niega la necesidad del antagonismo, quiere hacer de todos los hombres burgueses y quiere realizar la teoría, siempre que ésta se distinga de la práctica y no contenga antagonismos. Excusado es decir que en la teoría es fácil hacer abstracción de las contradicciones que se encuentran a cada paso en la realidad. Esta teoría vendría a ser la realidad idealizada. Los filántropos quieren, pues, conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas sin el antagonismo que las constituye y es inseparable de ellas. Se imaginan que combaten formalmente la práctica burguesa, y son más burgueses que los demás.

Así como los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa, los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria. Mientras que el proletariado no estaba aún suficientemente desarrollado para constituirse en clase,

que por consecuencia la lucha misma del proletariado con la burguesía no tenía aún carácter político, y que las fuerzas productivas no estaban todavía bastante desarrolladas en el seno mismo de la burguesía para dejar entrever las condiciones materiales necesarias para la emancipación del proletariado y la formación de una sociedad nueva, estos teóricos sólo han sido utopistas que, para responder a las necesidades de las clases oprimidas, improvisan sistemas y corren tras una ciencia regeneradora. Pero a medida que la Historia marcha y que con ella la lucha del proletariado se acentúa más claramente, no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en su mente, sino darse cuenta de lo que pasa ante sus ojos, y hacerse el órgano de los sucesos. Mientras buscaban la ciencia en sí y no elaboraban más que sistemas, mientras se hallaban en el principio de la lucha, no veían en la miseria otra cosa que la miseria, sin ver el lacio revolucionario, subversivo, que ha de derribar la sociedad antigua. Desde este momento, la ciencia, producida por el movimiento histórico, y asociándose a él con pleno conocimiento de causa, ha dejado de ser doctrinaria para hacerse revolucionaria.

Volvamos a Proudhon.

Cada relación económica tiene un lado bueno y un lado malo: éste es el único punto en que Proudhon no se desmiente. El lado bueno lo ve expuesto por los economistas, y el lado malo lo ve demostrado por los socialistas. Toma de los economistas la necesidad de las relaciones eternas, y de los socialistas la ilusión de no ver en la miseria más que la miseria. Está de acuerdo con unos y con otros, queriendo apoyarse en la autoridad de la ciencia. La ciencia, para él, se reduce a las mezquinas proporciones de una fórmula científica; es el hombre siempre en busca de las fórmulas. Tanto es así, que se alaba de haber hecho la crítica de la Economía política y del comunismo, y está muy por debajo de una y de otro. Por debajo de los economistas, puesto que, como filósofo que tiene siempre a mano una fórmula mágica, ha creído poder ahorrarse entrar en detalles puramente económicos; y por debajo de los socialistas, puesto que no ha tenido ni valor suficiente ni bastantes voces para elevarse, siquiera especulativamente, por encima del horizonte burgués. Aspira a ser la síntesis, y es un error compuesto.

Quiere cernerse, como hombre de ciencia, por encima de los burgueses y de los proletarios, y no es otra cosa que el pequeño burgués, sacudido constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo.

§ II. La *división del trabajo y las máquinas*.

Según Proudhon, la división del trabajo abre la serie de las evoluciones económicas.

Lado bueno de la división del trabajo… ……………

«Considerada en su esencia, la división del trabajo es el modo según el cual se realiza la igualdad de las condiciones y de las inteligencias». (Tomo I, pág. 93).

Lado malo de la división del trabajo… ……………

«La división del trabajo se ha convertido para nosotros en instrumento de miseria». (Tomo 1, pág. 99).

VARIANTE

«El trabajo, al dividirse según la ley que le es propia, y que es la condición primera de su fecundidad, da por resultado la negación de sus fines y se destruye a sí propio». (Tomo 1, página 94).

Problema por resolver… ……………

Hallar «la recomposición que borre los inconvenientes de la división, conservando al mismo tiempo sus efectos útiles». (Tomo I, pág. 97).

La división del trabajo es, según Proudhon, una ley eterna, una categoría simple y abstracta. Es necesario, pues, que la abstracción, la idea, la palabra, le basten para explicar la división del trabajo en las diferentes épocas de la Historia. Las castas, los gremios, el régimen manufacturero, la grande industria, deben explicarse con la única palabra dividir. Estúdiese bien primero el sentido de la palabra dividir, y no se necesitará estudiar las numerosas influencias que dan a la división del trabajo un carácter determinado en cada época.

No hay duda que sería simplificar demasiado las cosas al reducirlas a las categorías de Proudhon. La Historia no procede tan categóricamente. Se han necesitado tres siglos enteros, en Alemania, para establecer la primera división del trabajo en grande escala, que es la separación de las ciudades de los campos. A medida que se modificaba esta sola relación de la ciudad con el campo, la sociedad entera se modificaba. Sin considerar más que esta sola fase de la división del trabajo, tenemos las repúblicas antiguas o el feudalismo cristiano; la antigua Inglaterra, con sus barones, o la Inglaterra moderna con sus señores del algodón *(cotton-lords)*. En los siglos XIV y XV, cuando no existían aún colonias, cuando la América no se había descubierto todavía, cuando el Asia sólo existía por la mediación de Constantinopla, cuando el Mediterráneo era el centro de la actividad comercial, la división del trabajo tenía otra forma, Otro aspecto muy diferente del que tuvo en el siglo XVII, cuando españoles, portugueses, holandeses, ingleses y franceses, tenían colonias establecidas en todas las partes del mundo. La extensión del mercado y su fisonomía dan a la división del trabajo en las diferentes épocas una fisonomía particular, un carácter que sería difícil deducir de la sola palabra dividir, de la idea, de la categoría.

«Todos los economistas, dice Proudhon, desde A. Smith, han señalado las ventajas y los inconvenientes de la ley de división, pero insistiendo mucho más sobre las primeras que sobre los segundos, porque este procedimiento se avenía mejor con

su optimismo, y sin que ninguno de ellos se haya preguntado jamás lo que podían ser los inconvenientes de una ley… ¿Cómo el mismo principio, perseguido rigurosamente en sus consecuencias, conduce a efectos diametralmente opuestos? Ningún economista, ni antes ni después de A. Smith, ha echado de ver tan siquiera que había en esto un problema por esclarecer. Say llega hasta confesar que en la división del trabajo la misma causa que produce el bien engendra el mal».

A. Smith ha visto más allá de lo que piensa Proudhon. Ha visto muy bien que, «en la realidad, la diferencia de los talentos naturales entre los individuos es mucho menor de lo que nosotros creernos. Esas disposiciones tan diferentes que distinguen, al parecer, a los hombres de diversas profesiones, cuando han llegado a la edad madura, no son tanto la causa como el efecto de la división del trabajo». En principio, un mozo de cordel difiere menos de un filósofo que un mastín de un galgo. La división del trabajo es la que ha abierto un abismo entre uno y otro. Lo cual no obsta para que Proudhon afirme que Adam Smith no sospechaba siquiera los inconvenientes que produce la división del trabajo. Y es lo que le conduce también a decir que G. B. Say fue el primero que reconoció «que en la división del trabajo, la misma causa que produce el bien engendra el mal».

Pero oigamos a Lemontey:

«M. G. B. Say me ha hecho el honor de adoptar en su excelente tratado de Economía política el principio que yo he dado a la luz en este fragmento sobre la influencia moral de la división del trabajo. El título un poco frívolo de mi libro no le ha permitido, sin duda, citarme. Sólo a este motivo puedo atribuir el silencio de un escritor demasiado rico de su propia cosecha para negar un empréstito tan módico». (Lemontey, *Obras completas*, tomo I, pág. 245. París, 1840).

Hagámosle justicia. Lemontey ha expuesto ingeniosamente las consecuencias fatales de la división del trabajo, tal como se halla constituida en nuestros tiempos, y Proudhon no ha encontrado nada que añadir. Pero ya que, por culpa de Proudhon, hemos abordado esta cuestión de prioridad, añadamos de paso que mucho tiempo antes que M. Lemontey, y diecisiete años antes de Adam Smith, discípulo de A. Ferguson, éste expuso claramente la cuestión en un capítulo que trata especialmente de la división del trabajo:

«Cabría dudar de si la capacidad general de una nación crece en proporción del progreso de las artes. Muchas artes mecánicas… obtienen perfecto éxito cuando se hallan totalmente destituidas del socorro de la razón y del sentimiento, y la ignorancia es madre de la industria tanto como de la superstición. La reflexión y la imaginación están sujetas a extraviarse; pero la costumbre de mover el pie o la mano no depende ni de una ni de otra. Así, pues, podría decirse que la perfección, en lo que se refiere a las manufacturas, consiste en poder prescindir del ingenio, de manera que, sin esfuerzo intelectual, puede ser el taller considerado como una máquina cuyas partes

son hombres… El oficial general puede ser muy hábil en el arte de la guerra, mientras que todo el mérito del soldado se reduce a ejecutar algunos movimientos con el pie o con la mano. Uno de ellos puede haber ganado lo que el otro ha perdido… En un período en que todo se halla separado, el arte mismo de pensar puede tomar un oficio aparte». (A. Ferguson, *Essai sur l'histoire de la société civile*. París, 1783).

Para terminar esta ojeada literaria, negaremos formalmente que «todos los economistas hayan insistido mucho más acerca de las ventajas que de los inconvenientes de la división del trabajo». Nos bastará con citar a Sismondi.

Así, por lo que respecta a las ventajas de la división del trabajo, Proudhon no tenía otra cosa que hacer sino parafrasear más o menos pomposamente las frases generales que todo el mundo conoce.

Veamos ahora cómo hace para derivar de la división del trabajo, tomada como ley general, como categoría, como pensamiento, los inconvenientes anexos a ella. ¿En qué consiste que esta categoría, esta ley, implica una repartición desigual del trabajo, en detrimento del sistema igualitario de Proudhon?

«En esta hora solemne de la división del trabajo, el viento de las tempestades empieza a soplar sobre la Humanidad. El progreso no se realiza para todos de una manera igual y uniforme… Principia por apoderarse de un corto número de privilegiados… Y esta selección de personas de parte del progreso es lo que ha hecho creer por espacio de tanto tiempo en la desigualdad natural y providencial de las condiciones, engendrado las castas y constituido de un modo jerárquico todas las sociedades». (Proudhon, tomo I, pág. 97).

La división del trabajo ha engendrado las castas. Ahora bien: las castas constituyen los inconvenientes de la división del trabajo; luego es la división del trabajo la que ha engendrado estos inconvenientes. *Quod erat demonstrandum*. ¿Se quiere ir más allá y preguntar lo que ha hecho que la división del trabajo engendre las castas, las constituciones jerárquicas y los privilegios? Proudhon nos dirá: el progreso. ¿Y quién es el que ha engendrado el progreso? La linde.

La linde, para Proudhon, es la selección de personas de parte del progreso.

Después de la Filosofía, la Historia. No se trata ya de historia descriptiva, ni de historia dialéctica, sino de historia comparada. Proudhon establece un paralelo entre el obrero impresor actual y el obrero impresor de la Edad Media; entre el obrero del Creusot y el herrador del campo; entre el literato de nuestros días y el literato de la Edad Media, y hace inclinar la balanza del lado de los que pertenecen más o menos a la división del trabajo tal como la Edad Media lo ha constituido o transmitido. Opone la división del trabajo de una época histórica a la división del trabajo de otra época. ¿Era esto lo que Proudhon debía demostrar? No. Debía mostrarnos los inconvenientes de la división del trabajo en general, y de la división del trabajo como categoría. Pero ¿a qué insistir sobre esta parte de la obra de Proudhon, puesto que lo veremos un

poco más adelante retractarse formalmente de todos esos supuestos desarrollos?

«El primer efecto del trabajo parcelario, continúa Proudhon, después de la depravación del alma, es la prolongación de las sesiones, que aumentan en razón inversa de la suma de inteligencia gastada… Pero como la duración de las sesiones ((jornadas de trabajo) no puede exceder de dieciséis a dieciocho horas diarias, desde el momento en que la compensación no puede sacarse del tiempo, se sacará del precio, y el salario disminuirá… Lo que es cierto, y lo que se trata únicamente para nosotros de notar, es que la conciencia universal no tasa del mismo modo el trabajo de un contramaestre y el de un peón de albañil. Hay, pues, necesidad de reducción en el precio de la jornada; de suerte que el trabajador, después de haber padecido en su alma con una función degradante, se ve además herido en su cuerpo por la mezquindad de la recompensa».

Pasaremos por alto el valor lógico de estos silogismos, que Kant llamaría paralogismos que dan en la herradura *(donnant de côté).*

He aquí la sustancia: la división del trabajo reduce al obrero a una función degradante; a esta función degradante corresponde un alma depravada; a la depravación del alma conviene una reducción siempre creciente del salario, y para probar que esta reducción de los salarios conviene a un alma depravada, Proudhon dice, para tranquilizar su conciencia, que es la conciencia universal la que así lo quiere. ¿El alma de Proudhon se halla comprendida en la conciencia universal?

Las máquinas son, para Proudhon, «la antítesis lógica de la división del trabajo», y, en apoyo de su dialéctica, empieza por transformar las máquinas en taller.

Después de haber supuesto el taller moderno, para hacer derivar de la división del trabajo la miseria, Proudhon supone la miseria engendrada por la división del trabajo, para llegar al taller y para poder representarle como la negación dialéctica de esta miseria. Después de haber herido al trabajador en lo moral con una función degradante y en lo físico con la mezquindad del salario; después de haber puesto al obrero en la dependencia del contramaestre y rebajado su trabajo hasta la faena de un peón de albañil, la emprende de nuevo con el taller y las máquinas, para degradar al trabajador «dándole un amo», y acaba su envilecimiento haciéndole «descender del rango de artesano al de peón». ¡Admirable dialéctica! Y si se contentara con esto…; pero no, necesita una nueva historia de la división del trabajo, no ya para hacer derivar sus contradicciones, sino para reconstruir el taller a su manera. A fin de llegar a este objeto, necesita olvidar todo lo que acaba de decir sobre la división.

El trabajo se organiza, se divide diferentemente, según los instrumentos de que dispone. El molino de mano supone una división del trabajo diferente de la del molino de vapor. Es, pues, contradecir abiertamente a la Historia el querer principiar por la división del trabajo en general, para venir a parar a un instrumento específico de producción, a las máquinas.

Las máquinas no son una categoría económica, como no lo es el buey que tira del arado. Las máquinas no son sino una fuerza productiva. El taller moderno, que descansa sobre la aplicación de las máquinas, es una relación social de producción, una categoría económica. Veamos ahora cómo tienen lugar las cosas en la brillante imaginación de Proudhon:

«En la sociedad, la aparición incesante de las máquinas es la antítesis, la fórmula inversa del trabajo; es la protesta del genio industrial contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Un modo de reunir diversas partículas del trabajo, que la división había separado. Toda máquina puede ser definida como un resumen de varias operaciones… Luego por medio de la máquina habrá restauración de trabajador… Las máquinas, planteándose en la Economía política contradictoriamente con la división del trabajo, representan la síntesis, oponiéndose en el espíritu humano al análisis… La división no hacía otra cosa que separar las diversas partes del trabajo, dejando a cada cual consagrarse a la especialidad que le era más grata; el taller agrupa a los trabajadores según la relación de cada parte con el todo…, introduce el principio de autoridad en el trabajo… Pero hay más aún: la máquina o el taller, después de haber degradado al trabajador dándole un amo, acaba su envilecimiento haciéndole descender del rango de artesano al de peón… El período que recorremos actualmente, el de las máquinas, se distingue por un carácter particular, por el salariado. El salariado, o régimen del salario, es posterior a la división del trabajo y al cambio».

Una simple observación a Proudhon: La separación de las diversas partes del trabajo, que deja a cada cual la facultad de consagrarse a la especialidad que le es más grata, separación que Proudhon hace remontar al principio del mundo, sólo existe en la industria moderna bajo el régimen de la competencia.

Proudhon compone después una «genealogía muy interesante» para demostrar cómo ha nacido el taller de la división del trabajo, y el salariado del taller.

1.º Supone un hombre que «ha observado que dividiendo la producción y sus diferentes partes, y dando a hacer cada una a un obrero separado», se multiplicarían las fuerzas de producción.

2.º El mismo hombre, guiándose por el hilo de esta idea, dice para sí que formando un grupo permanente de trabajadores aptos para el objeto especial que se propone, obtendrá una producción más sostenida, etc.

3.º El mismo hombre hace una proposición a otros hombres, para inculcarles su idea.

4.º Este hombre, en el principio de la industria, trata de igual a igual a sus compañeros, que vienen a ser más tarde sus obreros.

5.º «Es sensible, en efecto, que esta igualdad primitiva haya debido desaparecer rápidamente por la posición ventajosa del maestro y la dependencia del asalariado».

He aquí otra muestra del método histórico y descriptivo de Proudhon.

Examinemos ahora, desde el punto de vista histórico y económico, si verdaderamente el taller o la máquina ha introducido el principio de autoridad en la sociedad posteriormente a la división del trabajo; si ha rehabilitado por una parte al obrero sometiéndole por otra a la autoridad; si la máquina es la recomposición del trabajo dividido, la síntesis del trabajo opuesta a su análisis.

La sociedad entera tiene de común con el interior de un taller, que posee también su división del trabajo: si se tomase por modelo la división del trabajo en un taller moderno para hacer su aplicación a toda una sociedad, la sociedad mejor organizada para la producción de las riquezas sería incontestablemente la que sólo tuviera un empresario jefe, que distribuyese la tarea, con arreglo a un sistema establecido de antemano, a los distintos miembros de la comunidad. Pero no sucede así. Mientras que en el interior del taller moderno la división del trabajo se halla minuciosamente reglamentada por la autoridad del empresario, la sociedad moderna no tiene otra regla ni otra autoridad para distribuir el trabajo que la libre competencia.

Bajo el régimen patriarcal, bajo el régimen de las castas, bajo el régimen feudal y corporativo, había división del trabajo en la sociedad entera, según reglas fijas. Estas reglas ¿fueron establecidas por un legislador? No. Nacidas 'primitivamente de las condiciones de la producción material, sólo fueron erigidas en leyes mucho más tarde, y estas diversas formas de la división del trabajo vinieron a ser otras tantas bases de organización social. En cuanto a la división del trabajo en el taller, estaba muy poco desarrollada en todas estas formas de la sociedad.

Puede establecerse, por regla general, que mientras menos preside la autoridad a la división del trabajo en el interior de la sociedad, más se desarrolla la división del trabajo en el interior del taller, y se halla más sometida a la autoridad de uno solo. Así, la autoridad en el taller y la autoridad en la sociedad, con relación a la división del trabajo, están en razón inversa una de otra.

Importa ahora conocer lo que es el taller, en el cual las ocupaciones están muy separadas, donde la tarea de cada obrero se halla reducida a una operación sencillísima, y donde la autoridad, o sea el capital, agrupa y dirige las obras. ¿Cómo fue creado este taller? Para contestar a esta pregunta tendríamos que examinar cómo se ha desarrollado la industria manufacturera propiamente dicha. Quiero hablar de esa industria, que no es todavía la industria moderna, con sus máquinas; pero que no es ya tampoco ni la industria de los artesanos de la Edad Media ni la industria doméstica. No entraremos en grandes detalles; sólo expondremos algunos puntos compendiados para hacer ver que con fórmulas no puede escribirse la Historia.

Una condición de las más indispensables para la formación de la industria manufacturera era la acumulación de los capitales, facilitada por el descubrimiento de América y la introducción de sus metales preciosos.

Está suficientemente probado que el aumento de los medios de cambio tuvo por consecuencia, de una parte, la depreciación de los salarios de las rentas territoriales, y de la otra, el acrecentamiento de los beneficios industriales. En otros términos: a medida que la clase de propietarios y la clase de trabajadores, los señores feudales y el pueblo descendieron, se alzó la clase de los capitalistas, la burguesía.

Hubo, además, otras circunstancias que concurrieron simultáneamente al desarrollo de la industria manufacturera: el aumento de las mercancías puestas en circulación desde que el comercio penetró en las Indias orientales por la vía del cabo de Buena Esperanza, el régimen colonial y el desarrollo del comercio marítimo.

Otro punto, que no se ha apreciado lo suficiente en la historia de la industria manufacturera, es el licenciamiento de las numerosas fuerzas que formaban el séquito de los señores feudales, cuyos individuos subalternos se hicieron vagabundos antes de entrar en el taller. La creación del taller fue precedida de una vagancia casi universal en los siglos XV y XVI. El taller tuvo, además, un poderoso apoyo en los numerosos campesinos, que expulsados continuamente de los campos por su transformación en praderas y por los progresos agrícolas, que necesitaban menos brazos para el cultivo de las tierras, fueron afluyendo a las ciudades durante siglos enteros.

El ensanche del mercado, la acumulación de los capitales, las modificaciones acaecidas en la posición social de las clases, por las cuales una multitud de personas se hallaron privadas de sus rentas, fueron otras tantas condiciones históricas de la formación de la manufactura. No fueron, como dice Proudhon, estipulaciones amistosas entre iguales las que reunieron a los hombres en el taller, y ni siquiera fue en el seno de las antiguas corporaciones donde la manufactura tuvo origen. El mercader fue quien se erigió en jefe del taller moderno, y no el antiguo maestro de los gremios y corporaciones. Casi por todas partes hubo una lucha encarnizada entre la manufactura y los oficios.

La acumulación y la concentración de instrumentos y de trabajadores precedió al desarrollo de la división del trabajo en el interior del taller. Una manufactura consistía mucho más en la reunión de muchos trabajadores y muchos oficios en un local, bajo el mando de un capital, que en el análisis de los trabajos y en la adaptación de un obrero especial a una tarea muy sencilla.

La utilidad de un taller consistía mucho menos en la división del trabajo propiamente dicha, que en la circunstancia de que se trabajaba en mayor escala y se ahorraban muchos gastos inútiles, etc. A fines del siglo XVI y principios del XVII, la manufactura holandesa no conocía apenas la división.

El desenvolvimiento de la división del trabajo supone la reunión de los trabajadores en un taller. No hay ni siquiera un ejemplo, ni en el siglo XVI ni en el XVII, de que los diversos ramos de un mismo oficio hayan sido explotados

separadamente, hasta el punto de que habría bastado con reunirlos en un solo sitio para obtener el taller ya hecho. Pero una vez los hombres y los instrumentos reunidos, la división del trabajo, tal como existía bajo la forma de las corporaciones, se reproducía y se reflejaba necesariamente en el interior del taller.

Para Proudhon, que ve las cosas al revés, cuando las ve, la división del trabajo, en el sentido que le da Adam Smith, precede al taller, que es una condición de su existencia.

Las máquinas propiamente dichas datan de fines del siglo XVIII. No hay nada más absurdo que ver en las máquinas la antítesis de la división del trabajo, la síntesis que restablece la unidad en el trabajo parcelario.

La máquina es una reunión de los instrumentos del trabajo, y de ningún modo una combinación de trabajos para el obrero mismo.

«Cuando, con la división del trabajo, cada operación particular ha sido reducida al empleo de un instrumento simple, la reunión de todos estos instrumentos, puestos en acción por un solo motor, constituye una máquina». (Babbage, *Traité sur l'économie des machines*, etc. París, 1833). Herramientas simples, acumulación de herramientas, herramientas compuestas; movimiento de una herramienta compuesta por un solo motor, por el hombre; movimiento de estos instrumentos por las fuerzas naturales; máquina, sistema de máquinas que tienen un solo motor, sistema de máquinas que tienen un autómata por motor; he aquí la marcha de las máquinas.

La concentración de los instrumentos de producción y la división del trabajo son tan inseparables una de otra como lo son, en el régimen político, la concentración de los poderes públicos y la división de los intereses privados. Inglaterra, con la concentración de las tierras, esos instrumentos del trabajo agrícola, tiene igualmente la división del trabajo agrícola y la mecánica aplicada a la explotación de la tierra. Francia, que tiene la división de los instrumentos, el régimen parcelario, no tiene, por lo general, ni división del trabajo agrícola ni aplicación de las máquinas a la tierra.

Para Proudhon, la concentración de los instrumentos de trabajo es la negación de la división del trabajo. En la realidad vemos también lo contrario. A medida que la concentración de los instrumentos se desarrolla, la división se desarrolla también, y viceversa. Esto es lo que hace que toda grande invención en la mecánica va seguida de una división mayor del trabajo, y cada acrecentamiento en la división del trabajo trae, a su vez, nuevas invenciones mecánicas.

No necesitamos recordar que los grandes progresos de la división del trabajo empezaron en Inglaterra después de la invención de las máquinas. Así, sucedía que los tejedores y los hiladores eran, en su mayoría, campesinos, como los que se encuentran aún en los países atrasados. La invención de las máquinas acabó de separar la industria manufacturera de la industria agrícola. El tejedor y el hilador, reunidos antes en una sola familia, fueron separados por la máquina. Merced a la

máquina, el hilador puede habitar en Inglaterra al mismo tiempo que el tejedor vive en las Indias orientales. Antes de la invención de las máquinas, la industria de un país se ejercía principalmente sobre las primeras materias que eran el producto de su propio suelo: en Inglaterra, la lana; en Alemania, el lino; en Francia, las sedas y el lino; en las Indias orientales y en Levante, el algodón, etc. Merced a la aplicación de las máquinas y del vapor, la división del trabajo ha podido adquirir tales proporciones, que la grande industria, desprendida del suelo nacional, depende únicamente del mercado del Universo, de los cambios internacionales, de una división del trabajo internacional. Finalmente, la máquina ejerce una influencia tal sobre la división del trabajo, que cuando en la fabricación de una obra cualquiera se ha encontrado el modo de introducir parcialmente la maquinaria, la fabricación se divide en seguida en dos explotaciones independientes una de otra.

¿Será preciso hablar del fin providencial y filantrópico que Proudhon descubre en la invención y la aplicación primitiva de las máquinas?

Cuando en Inglaterra el mercado adquirió un desarrollo tan grande que el trabajo manual no podía satisfacerle, se sintió la necesidad de las máquinas. Entonces se pensó en hacer la aplicación de la ciencia mecánica, ya fundada en el siglo XVIII.

El taller automático señaló su principio con actos que no tenían nada de filantrópicos. Los niños fueron forzados a trabajar a latigazos; se traficaba con ellos y se hacían contratos en las casas de huérfanos. Aboliéronse todas las leyes sobre el aprendizaje de los obreros, porque, para servirnos de las frases de Proudhon, no se necesitaban ya obreros sintéticos. En fin, desde 1825, casi todas las nuevas invenciones fueron el resultado de choques entre el obrero y el empresario o patrón, que se esforzaba a todo trance en despreciar la especialidad del obrero. Después de cada huelga un poco importante surgió una nueva máquina. El obrero distaba tanto de ver en la aplicación de las máquinas una especie de rehabilitación, de restauración, como dice Proudhon, que en el siglo XVIII resistió durante mucho tiempo al imperio naciente del autómata.

«Wyalt, dice el Dr. Ure, había descubierto los dedos hiladores (la serie de rodillos acanalados) mucho tiempo antes que Arkwright… La principal dificultad no consistía tanto en la invención de un mecanismo automático… La dificultad consistía, sobre todo, en la disciplina necesaria para hacer que los hombres renunciasen a sus costumbres irregulares en el trabajo y para identificarlos con la regularidad invariable de un gran autómata. Pero inventar y poner en vigor un código de disciplina manufacturera, conveniente a las necesidades y a la celeridad del sistema automático, era una empresa digna de Hércules, y tal fue la noble obra de Arkwright».

En resumen: con la introducción de las máquinas, la división del trabajo en el interior de la sociedad ha aumentado, la tarea del obrero en el interior del taller se ha simplificado, el capital se ha reunido y el hombre ha sido descuartizado más de lo que

antes lo estaba.

Proudhon se propone ser economista y abandonar por un instante «la evolución en la serie del entendimiento», para lo cual va a beber su erudición en A. Smith, en la época en que el taller automático acababa de nacer. En efecto, ¡qué diferencia entre la división del trabajo tal como existía en tiempos de Adam Smith y como la vemos en el taller automático! Para que se comprenda bien esta diferencia, bastará que citemos varios pasajes de la *Filosofía de las manufacturas*, del doctor Ure:

«Cuando A. Smith escribió su obra inmortal sobre los elementos de la Economía política, el sistema automático de industria era apenas conocido. La división del trabajo le pareció, con razón, el gran principio del perfeccionamiento en manufactura, y demostró, en la fabricación de los alfileres, que un obrero, perfeccionándose con la práctica en un solo punto, se hace más expeditivo y menos costoso. En cada ramo de manufactura vio que, con arreglo a este principio, ciertas operaciones, tales como el corte de alambres de largos iguales, viene a ser de una ejecución fácil, y que otras, como la construcción y la pegadura de las cabezas de alfileres, son, en proporción, más difíciles; de lo cual dedujo que se puede naturalmente apropiar a cada una de estas operaciones un obrero cuyo salario corresponda a su habilidad. Esta apropiación es la esencia de la división del trabajo. Pero lo que puede servir de ejemplo útil de la época del Dr. Smith no serviría hoy sino para extraviar al público relativamente al principio real de la industria manufacturera. En efecto, la distribución, o, mejor dicho, la adaptación de los trabajos a las diferentes capacidades individuales, no entra por mucho en el plan de operación de las manufacturas automáticas; al contrario, en todas partes donde un procedimiento cualquiera exige mucha destreza y una mano segura, se quita de la mano del obrero demasiado hábil, y a menudo inclinado a irregularidades de varios géneros, para confiarlo a un mecanismo particular cuya operación automática se halle tan bien ajustada que un niño pueda manejarla.

»El principio del sistema automático es, pues, el sustituir el arte mecánico con la mano de obra y reemplazar la división del trabajo entre los artesanos con el análisis de un procedimiento en sus principios constituyentes. Según el sistema de la operación manual, la mano de obra era ordinariamente el elemento más costoso de un producto cualquiera; pero con arreglo al sistema automático, las capacidades del artesano se hallan suplidas progresivamente por simples vigilantes de mecánica.

»La debilidad de la naturaleza humana es tal, que mientras más hábil es el obrero, más voluntario e intratable se vuelve, y, por consecuencia, es menos apto para un sistema de mecánica a cuyo conjunto puede causar con sus caprichos un perjuicio considerable. El gran punto del manufacturero actual consiste, pues, en reducir, combinando la ciencia con sus capitales, la tarea de sus obreros a ejercer su vigilancia y ligereza de manos, facultades muy perfeccionadas en la juventud cuando se las fija en un solo objeto.

»Con arreglo al sistema de las gradaciones del trabajo, hay que hacer un aprendizaje de varios años antes que la vista y las manos lleguen a ser bastante hábiles para ejercer ciertas operaciones difíciles en mecánica; pero según el sistema que descompone un procedimiento reduciéndolo a sus principios constitutivos, y que somete todas sus partes a la operación de una máquina automática, se pueden confiar estas mismas partes elementales a una persona dotada de una capacidad ordinaria, después de haberla sometido a una prueba de corta duración, y hasta se puede, en caso de urgencia, trasladarla de una máquina a otra, a voluntad del director del establecimiento. Semejantes cambios están en abierta oposición con la antigua rutina que divide el trabajo y señala a un obrero la tarea de fabricar la cabeza de un alfiler y a otro la de aguzar la punta, trabajo cuya uniformidad enojosa los aburre… Pero, según el principio de igualización, o sistema automático, las facultades del obrero se hallan sometidas a un ejercicio agradable, etc… Consistiendo el empleo del obrero en vigilar el trabajo de un mecanismo bien regular, puede aprenderle en poco tiempo, y cuando transfiere sus servicios de una máquina a otra, varía su trabajo y desarrolla sus ideas, reflexionando en las combinaciones generales que resultan de sus tareas y de las de sus compañeros. De modo que esa violencia de las facultades, ese empequeñecimiento de las ideas, ese estado de incomodidad del cuerpo, que se ha atribuido, no sin razón, a la división del trabajo, no pueden tener lugar, en circunstancias ordinarias, bajo el régimen de una distribución igual de las tareas.

»El fin constante y la tendencia de todo perfeccionamiento es, efectivamente, prescindir por completo del trabajo del hombre o disminuir su precio, sustituyendo la industria de las mujeres y de los niños a la del obrero adulto, o el trabajo de los obreros ordinarios o inhábiles al de los artesanos hábiles… Esta tendencia a emplear solamente niños de mirada viva y dedos ágiles, en lugar de operarios de larga experiencia, demuestra que el dogma escolástico de la división del trabajo según los diferentes grados de habilidad ha sido desechado al fin por nuestros manufactureros ilustrados». (André Ure, *Philosophie des manufactures ou économie industrielle,* tomo I, cap. 1.)

Lo que caracteriza la división del trabajo en el interior de la sociedad moderna es que engendra las especialidades, las especies, y con ellas el idiotismo del oficio.

«Nos causa extraordinaria admiración, dice Lemontey, el ver entre los antiguos a un mismo personaje ser a la vez, y en grado eminente, filósofo, poeta, orador, historiador, sacerdote, administrador y general del ejército. Nuestras almas se sobrecogen al aspecto de tan vasto dominio. Cada cual planta hoy su cerca y se encierra en su recinto. Ignoro si con estos resortes el campo se agranda; pero lo que sé es que el hombre se empequeñece».

Lo que caracteriza la división del trabajo en el taller automático, es que el trabajo ha perdido en él todo carácter de especialidad. Pero desde el momento en que cesa

todo desarrollo especial, la necesidad de universalizar, la tendencia hacia un desarrollo integral del individuo, principia a hacerse sentir. El taller automático borra las especies y el idiotismo del oficio.

Proudhon, que no ha comprendido tan siquiera este solo lado revolucionario del taller automático, da un paso atrás, y propone al obrero que ejecute, no sólo la duodécima parte de un alfiler, sino sucesivamente todas las doce partes. De este modo el obrero llegaría a la ciencia y a la conciencia del alfiler. He aquí lo que es el trabajo sintético de Proudhon. Nadie negará que hacer un movimiento adelante y otro hacia atrás es igualmente hacer un movimiento sintético.

En resumen: Proudhon no ha ido más allá del ideal del pequeño burgués. Y para realizar este ideal, no imagina nada mejor que resucitar los gremios, con el maestro artesano de la Edad Media. «Basta con haber hecho una sola vez en su vida una obra maestra, dice en no recuerdo qué parte de su libro, con haberse sentido una vez hombre». ¿No es ésta, tanto en la forma como en el fondo, la obra maestra que exigía el gremio de la Edad Media?

§ III. *La competencia y el monopolio*.

Lado bueno de la competencia………………

«La competencia es tan esencial al trabajo como la división… Es necesaria al advenimiento de la igualdad».

Lado malo de la competencia………………

«El principio es la negación de sí mismo. Su efecto más seguro es perder a los que arrastra».

Reflexión general………………

«Los inconvenientes que acarrea, lo mismo que el bien que procura…, derivan lógicamente unos y otros del principio».

Problema por resolver………………

«Pedir el principio de acomodamiento que debe derivar de una ley superior a la libertad misma».

VARIANTE

«No se trata, pues, de destruir la competencia, cosa tan imposible como destruir la libertad; tratase de hallar su equilibrio, o, si me es permitido expresarme así, su policía».

Proudhon empieza por defender la necesidad eterna de la competencia contra los que quieren reemplazarla por la emulación.

No hay «emulación sin objeto», y «como el objeto de toda pasión es

necesariamente análogo a la pasión misma —una mujer para el amante, el poder para el ambicioso, el oro para el avaro, una corona para el poeta—, el objeto de la emulación industrial es necesariamente el beneficio. La emulación no es otra cosa que la competencia misma».

La competencia es la emulación motivada por el beneficio. La emulación industrial ¿es necesariamente la emulación motivada por el beneficio, es decir, la competencia? Proudhon lo prueba afirmándolo. Ya hemos visto que para él afirmar es probar, así como suponer es negar.

Si el objeto inmediato del amante es la mujer, el objeto inmediato de la emulación industrial es el producto, y no el beneficio.

La competencia no es la emulación industrial, es la emulación comercial. En nuestros días, la emulación industrial sólo existe en vista del comercio. Y hasta hay fases en la vida económica de los pueblos modernos en que todo el mundo es presa de una especie de vértigo por realizar beneficios sin producir. Y este vértigo de especulación, que se repite periódicamente, pone de relieve el verdadero carácter de la competencia, que trata de eludir la necesidad de la emulación industrial.

Si se hubiese dicho a un artesano del siglo XIV que se iban a abolir los privilegios y toda la organización feudal de la industria, para poner en su lugar la emulación industrial, llamada competencia, habría contestado que los privilegios de las diversas corporaciones son la competencia organizada. Proudhon no dice ni más ni menos al afirmar que «la emulación no es otra cosa que la competencia».

«Decretad que desde 1 de enero de 1847 el trabajo y el salario serán garantizados a todo el mundo, e inmediatamente una inmensa interrupción de trabajo sucederá a la tensión ardiente de la industria».

En vez de una suposición, una afirmación y una negativa, tenemos ahora un decreto que Proudhon promulga expresamente para probar la necesidad de la competencia, su eternidad como categoría, etc.

Si alguien imagina que bastará con unos cuantos decretos para salir de la competencia, puede estar seguro de que no saldremos de ella jamás. Y si se llevan las cosas hasta el extremo de proponer la abolición de la competencia, al mismo tiempo que se conserva el salario, se propondrá la realización de un contrasentido por real decreto. Pero los pueblos no proceden así. Antes de proclamar esos decretos deben, por lo menos, haber cambiado de arriba a abajo sus condiciones de existencia industrial y política, y, por consecuencia, toda su manera de ser.

Proudhon contestará, con su aplomo imperturbable, que ésa es la hipótesis «de una transformación de nuestra naturaleza sin antecedentes históricos», y que tendría derecho «a apartarnos de la discusión», no sabemos en virtud de qué orden o decreto. Proudhon ignora que toda la Historia no es sino una transformación continua de la naturaleza humana.

«No salgamos de los hechos. La Revolución francesa fue hecha en pro de la libertad industrial tanto como de la libertad política; y si bien Francia no descubrió en 1879 todas las consecuencias del principio cuya realización pedía, hay que reconocer que no se engañó ni en sus deseos ni en sus esperanzas. Quien tratara de negarlo perdería a mis ojos el derecho de la crítica: no discutiré jamás con un adversario que erija en principio el error espontáneo de veinticinco millones de hombres… ¿Por qué, pues, si la competencia no hubiese sido un principio de la economía social, un decreto del destino, una necesidad del alma humana, por qué en vez de abolir corporaciones, gremios y vedurías, no se pensó más bien en repararlo todo?»

Así, puesto que los franceses del siglo XVIII abolieron corporaciones, gremios y vedurías, en vez de modificarlas, los franceses del siglo XIX deben modificar la competencia en vez de abolirla; y puesto que la competencia fue establecida en Francia en el siglo XVIII como consecuencia de necesidades históricas, esta competencia no debe ser destruida en el siglo XIX a causa de otras necesidades históricas. Proudhon, que no comprende que el establecimiento de la competencia se hallaba ligado con el desenvolvimiento real de los hombres del siglo XVIII, hace de la competencia una necesidad del alma humana *in partibus infidelium*. ¿Qué habría hecho del gran Colbert con relación al siglo XVII?

Después de la revolución viene el estado de cosas actual. Proudhon saca igualmente de ese estado diferentes hechos, para mostrar la eternidad de la competencia, probando que todas las industrias en las cuales esta categoría no se halla aún suficientemente desarrollada, como en la agricultura, se encuentran en un estado de inferioridad, de caducidad.

Decir que hay industrias que no están todavía a la altura de la competencia, y que otras se hallan por debajo del nivel de la producción burguesa, es una vaciedad que no prueba de ningún modo la eternidad de la competencia.

Toda la lógica de Proudhon se resume en lo siguiente: la competencia es una relación social en que desarrollamos actualmente nuestras fuerzas productivas. Y da a esta verdad, no desenvolvimientos lógicos, sino formas con frecuencia muy bien desarrolladas, al decir que la competencia es la emulación industrial, el modo actual de ser libre, la responsabilidad en el trabajo, la constitución del valor, una condición para el advenimiento de la igualdad, un principio de la economía social, un decreto del destino, una necesidad del alma humana, una inspiración de la justicia eterna, la libertad en la división, la división en la libertad, una categoría económica.

«La competencia y la asociación se apoyan una en otra. Lejos de excluirse, no son ni siquiera divergentes. Quien dice competencia supone ya fin común. La competencia no es, pues, el egoísmo, y el error más deplorable del Socialismo es haberla considerado como la destrucción de la sociedad».

Quien dice competencia dice fin común; y esto prueba, por una parte, que la

competencia es la asociación, y por otra, que la competencia no es el egoísmo. Y quien dice egoísmo ¿no dice también fin común? Cada egoísmo se ejerce en la sociedad y por el hecho de la sociedad. Supone, pues, la sociedad, es decir, fines comunes, necesidades comunes, medios de producción comunes, etc., etc. ¿Sería acaso por esto que la competencia y la asociación de que hablan los socialistas no son ni siquiera divergentes?

Los socialistas saben muy bien que la sociedad actual está fundada en la competencia. ¿Cómo habían de reprochar a la competencia el destruir la sociedad actual cuando ellos mismos quieren destruirla? ¿Y cómo habían de reprochar a la competencia el destruir la sociedad futura, en la cual ven, por el contrario, el derrumbamiento de la competencia?

Proudhon dice más adelante que la competencia es lo opuesto del monopolio y que, por consecuencia, no podía ser lo opuesto de la asociación.

El feudalismo era, desde su origen, opuesto a la monarquía patriarcal; pero no era opuesto a la competencia, que no existía aún. ¿Resulta de aquí que la competencia no es opuesta al feudalismo?

En realidad, sociedad y asociación son denominaciones que se pueden dar a todas las sociedades, a la sociedad feudal lo mismo que a la sociedad burguesa, que es la asociación fundada en la competencia. ¿Cómo, pues, puede haber socialistas que con la sola palabra de asociación creen poder refutar la competencia? ¿Y cómo Proudhon mismo puede querer defender la competencia contra el Socialismo, designando aquélla con el solo nombre de asociación?

Todo lo que acabamos de decir forma el lado bueno, tal como lo entiende Proudhon. Pasemos ahora al lado feo, es decir, al lado negativo de la competencia, a sus inconvenientes, a lo que tiene de destructivo, de subversivo, de calidades dañinas.

El cuadro que ha trazado Proudhon tiene algo de lúgubre.

La competencia engendra la miseria, fomenta la guerra civil, «cambia las zonas naturales», confunde las nacionalidades, turba las familias, corrompe la conciencia pública, «trastorna las nociones de la equidad, de la justicia, de la moral», y, lo que es peor, destruye el comercio honrado y libre, y no da ni siquiera en compensación el valor sintético, el precio fijo y honrado. Desencanta a todo el mundo, hasta a los economistas, y lleva las cosas al extremo de destruirse a sí misma.

Después de todo lo que dice Proudhon, ¿puede haber para las relaciones de la sociedad burguesa, para sus principios y sus ilusiones, un elemento más disolvente y más destructivo que la competencia?

Notemos bien que la competencia va siendo siempre más destructiva para las relaciones burguesas a medida que excita a una creación febril de nuevas fuerzas productivas, es decir, condiciones materiales de una sociedad nueva. En este concepto, por lo menos, el lado malo de la competencia tendría algo bueno.

«La competencia como posición o fase económica, considerada en su origen, es el resultado necesario… de la teoría de reducción de los gastos generales».

Para Proudhon, la circulación de la sangre debe ser una consecuencia de la teoría de Harvey.

«El monopolio es el término fatal de la competencia, que lo engendra por una negación incesante de sí propia. Esta generación del monopolio es ya su justificación… El monopolio es lo opuesto natural de la competencia…; pero desde que la competencia es necesaria implica la idea del monopolio, puesto que el monopolio es como el asiento de cada individualidad que compite».

Nos regocijamos con Proudhon de que pueda, una vez al menos, aplicar bien su fórmula de tesis y antítesis. Todos saben que el monopolio moderno lo ha engendrado la misma competencia.

Respecto al contenido, Proudhon se reduce a imágenes poéticas. La competencia hacía «de cada subdivisión del trabajo como una soberanía en que cada individuo se encastillaba con su fuerza y su independencia». El monopolio es «el asiento de cada individualidad en competencia».

Proudhon sólo habla del monopolio moderno, engendrado por la competencia. Pero todos sabemos que la competencia ha sido engendrada por el monopolio feudal. Así, primitivamente la competencia fue lo contrario del monopolio, y no el monopolio lo contrario de la competencia. Luego el monopolio moderno no es una simple antítesis, sino, por el contrario, la verdadera síntesis.

Tesis: El monopolio feudal anterior a la competencia. Antítesis: La competencia.

Síntesis: El monopolio moderno, que es la negación del monopolio feudal en tanto que supone el régimen de la competencia, y que es la negación de la competencia en su calidad de monopolio.

De modo que el monopolio moderno, el monopolio burgués, es el monopolio sintético, la negación de la negación, la unidad de los contrarios. Es el monopolio en estado puro, normal, racional. Proudhon se pone en contradicción con su propia filosofía cuando hace del monopolio burgués el monopolio en estado crudo, simplista, contradictorio, espasmódico. M. Rossi, que Proudhon cita varias veces con motivo del monopolio, parece haber comprendido mejor el carácter sintético del monopolio burgués. En su *Cours d'Economie politique*, distingue entre monopolios artificiales y monopolios naturales. Los monopolios feudales, dice, son artificiales, es decir, arbitrarios; los monopolios burgueses son naturales, es decir, racionales.

El monopolio es una cosa buena, nos dice Proudhon, puesto que es una categoría económica, una emanación «de la razón impersonal de la Humanidad». La competencia es también una cosa buena, puesto que es igualmente una categoría económica. Pero lo que no es bueno es la realidad del monopolio ni la realidad de la competencia. Lo que es peor aún es que la competencia y el monopolio se devoran

mutuamente. ¿Y qué hacemos en semejante conflicto? Buscar la síntesis de estos dos pensamientos eternos, arrancarla del seno de Dios, donde se halla depositada desde tiempo inmemorial.

En la vida práctica se halla no solamente la competencia, el monopolio y su antagonismo, sino, además, su síntesis, que no es una fórmula, sino un movimiento. El monopolio produce la competencia, la competencia produce el monopolio. Los monopolizadores se hacen la competencia y los competidores se convierten en monopolizadores. Si los monopolizadores restringen la competencia entre sí por medio de asociaciones parciales, la competencia crece entre los obreros, y mientras la masa de proletarios aumenta más respecto de los monopolizadores de una nación, más desenfrenada se vuelve la competencia entre monopolizadores de las diferentes naciones. La síntesis es tal, que el monopolio sólo puede mantenerse pasando continuamente por la lucha de la competencia.

Para engendrar dialécticamente los impuestos que vienen después del monopolio, Proudhon nos habla del genio social, que, después de haber seguido intrépidamente su camino en zig-zag, «después de haber caminado con paso firme, sin arrepentirse y sin detenerse, una vez llegado al ángulo del monopolio, dirige hacia atrás una mirada melancólica, y después de reflexión profunda, establece impuestos sobre todos los objetos de la producción y crea toda una organización administrativa a fin de que todos los empleos los disfrute el proletariado y sean pagados por los hombres del monopolio».

¿Qué hemos de decir de ese genio que, sin haber comido ni bebido, se pasea en zig-zag, esto es, bamboleándose? ¿Y qué diremos de ese paseo que no tiene otro fin que deleitar a los burgueses por medio de los impuestos, mientras que, en realidad, los impuestos sirven precisamente para dar a los burgueses los medios de conservarse en el Poder como clase dominante?

Para dejar entrever solamente la manera como Proudhon trata los detalles económicos, bastará con decir que, según él, el impuesto sobre el consumo fue establecido en vista de la igualdad y para socorrer al proletariado.

El impuesto de consumos no adquirió su verdadero desarrollo sino después del advenimiento al Poder de la burguesía. En manos del capital industrial, es decir, de la riqueza sobria y económica que se sostiene, se reproduce, se aumenta por medio de la explotación directa del trabajo, el impuesto de consumos era un medio de explotar la riqueza frívola y pródiga de los grandes señores que no hacían otra cosa que consumir. Jacques Stuart ha expuesto muy bien este objeto primitivo del impuesto de consumos en sus *Recherches sur les principes de l'Économie politique*, que publicó diez años antes A. Smith.

«En la monarquía pura, dice Stuart, los príncipes parecen como envidiosos, hasta cierto punto, del acrecentamiento de las riquezas, y establecen impuestos sobre los

que se hacen ricos, impuestos sobre la producción. En el Gobierno constitucional son precisamente los que se empobrecen los que pagan impuestos sobre el consumo; los monarcas cobran un impuesto sobre la industria… Por ejemplo, la capitación, el pecho y la talla son proporcionados a la opulencia supuesta de los que los soportan. Cada cual contribuye a razón del beneficio que se supone realiza. En los Gobiernos constitucionales, los impuestos se sacan ordinariamente del consumo. Cada cual contribuye a razón del gasto que hace».

En cuanto a la sucesión lógica de los impuestos del balance del comercio, del crédito —en el entendimiento de Proudhon—, haremos observar únicamente que la burguesía inglesa, que llegó bajo el reinado de Guillermo de Orange a su constitución política, creó de golpe un nuevo sistema de impuestos, así como el crédito público, y el sistema de los derechos protectores, tan luego como se vio en estado de desarrollar libremente sus condiciones de existencia.

Este somero examen bastará para dar al lector una idea exacta de las elucubraciones de Proudhon sobre la policía o el impuesto, el balance de comercio, el crédito, el comunismo y la población. Desafiamos a la crítica más indulgente a que trate estos capítulos en serio.

§ IV. La *propiedad o la renta*.

En cada época histórica, la propiedad se ha desarrollado diferentemente y en una serie de relaciones sociales enteramente distintas. Así, puede decirse que definir la sociedad burguesa es lo mismo que hacer la exposición de todas las relaciones sociales de la producción burguesa.

Querer dar una definición de la propiedad como de una relación independiente, de una categoría aparte, de una idea abstracta y eterna, no es más que una ilusión de Metafísica o de jurisprudencia.

Aunque tratando en apariencia de la propiedad en general, Proudhon no trata sino de la propiedad territorial, de la renta de la tierra.

«El origen de la renta, lo mismo que el de la propiedad, es, por decirlo así, extraeconómico: reside en consideraciones de Psicología y de Moral que no se relacionan sino muy remotamente con la producción de las riquezas». (Tomo II, pág. 265).

Así, Proudhon se confiesa incapaz de comprender el origen económico de la renta y de la propiedad. Conviene en que esta incapacidad le obliga a recurrir a consideraciones de Psicología y de Moral, las cuales se relacionan, en efecto, muy remotamente con la producción de las riquezas, pero que se relacionan muy de cerca con la estrechez de sus miras históricas. Proudhon afirma que el origen de la

propiedad tiene algo de místico y de misterioso. Ahora bien: ver un misterio en el origen de la propiedad, es decir, transformar en misterio la relación de la producción misma con la distribución de los instrumentos de producción, ¿no es, empleando el lenguaje de Proudhon, renunciar a toda pretensión a la ciencia económica?

Proudhon «se limita a recordar que en la séptima época de la evolución económica —el crédito—, en que la ficción había hecho desaparecer la realidad y en que la actividad humana corría el riesgo de perderse en el vacío, se había hecho necesario ligar más fuertemente al hombre a la Naturaleza. Ahora bien: la renta fue el premio de este nuevo contrato». (Tomo II, página 265).

El hombre de los cuarenta escudos presintió sin duda un Proudhon venidero: «Señor Creador, permitidme: cada cual es dueño de su mundo; pero no me haréis creer jamás que éste en que habitamos es de vidrio». En vuestro mundo, donde el crédito era un medio de perderse en el vacío, es muy posible que la propiedad se haya hecho necesaria para ligar el hombre a la Naturaleza. En el mundo de la producción real, en que la propiedad territorial precede siempre al crédito, el horror vacuo de Proudhon no podía existir.

Una vez admitida la existencia de la renta, cualquiera que sea su origen, ésta se debate contradictoriamente entre el arrendador y el propietario territorial. ¿Cuál es el último término de este debate, o, en otros términos, cuál es la cuota media que produce la renta? He aquí lo que a este propósito dice Proudhon:

«La teoría de Ricardo responde a esta pregunta. En el comienzo de la sociedad, cuando el hombre, nuevo en la Tierra, no tenía ante él sino la inmensidad de las selvas; cuando la tierra era vasta y la industria empezaba a nacer, la renta debió ser nula. La tierra, que no estaba aún labrada por el trabajo, era un objeto de utilidad; no era un valor de cambio: era común, no social. Poco a poco, la multiplicación de las familias y el progreso de la agricultura dieron a conocer el precio de la tierra. El trabajo vino a dar a la tierra su valor; de aquí nació la renta.

»Mientras más frutos pudo dar un campo con la misma cantidad de servicios, más estimado fue; de modo que la tendencia de los propietarios fue siempre atribuirse la totalidad de los frutos de la tierra, menos el salario del arrendador, es decir, menos los gastos de producción. Así, la propiedad viene en pos del trabajo para arrebatarle todo lo que en el producto pasa de los gastos efectivos. El propietario cumple con un deber místico y representa, respecto al arrendador o colono, la comunidad, y éste no es más, en las previsiones de la Providencia, que un trabajador responsable, que debe dar cuenta a la sociedad de todo lo que recolecta, además de su salario legítimo… Por esencia y destino, la renta es, pues, un instrumento de justicia distributiva, uno de los mil medios que el genio económico pone por obra para llegar a la igualdad. Viene a ser un inmenso catastro ejecutado contradictoriamente por los propietarios y arrendadores, sin conflicto posible, en un interés superior, y cuyo resultado definitivo

debe ser igualar la posición de la tierra entre los explotadores de ella y los industriales… Necesitábase de esta magia de la propiedad para arrancar al colono el excedente del producto que no puede por menos de considerar como suyo, y del cual se cree exclusivamente autor. La renta, o, mejor dicho, la propiedad, ha quebrantado el egoísmo agrícola y creado una solidaridad que ningún poder, ninguna partición de la tierra, habría podido engendrar… Ahora, obtenido el efecto moral de la propiedad, queda por hacer la distribución de la renta».

Todo este tumulto de palabras se reduce, en primer término, a lo siguiente: Ricardo dice que el excedente del precio de los productos agrícolas sobre sus gastos de producción, incluso el beneficio y el interés ordinarios del capital, da la medida de la renta. Proudhon hace más: hace intervenir el propietario, como un *Deus ex machina*, que arranca al colono todo el excedente de su producción sobre los gastos de la producción. Se vale de la intervención del propietario para explicar la propiedad, y de la intervención del rentista para explicar la renta; responde al problema planteando el mismo problema y adicionándolo con una sílaba.

Observemos, además, que al determinar la renta por la diferencia de fecundidad de la tierra, Proudhon le atribuye un nuevo origen, puesto que la tierra, antes de ser estimada por los diferentes grados de fertilidad, «no era», según él, «un valor de cambio, pero era común». ¿Qué ha sido, pues, de aquella ficción de la renta que había nacido de la necesidad de atraer a la tierra al hombre, que iba a perderse en lo infinito del vacío?

Desembrollemos ahora la doctrina de Ricardo de las frases providenciales, alegóricas y místicas en que Proudhon ha tenido cuidado de envolverla.

La renta, en el sentido de Ricardo, es la propiedad territorial en estado burgués; es decir, la propiedad feudal que ha pasado por las condiciones de la producción burguesa.

Hemos visto que, con arreglo a la doctrina de Ricardo, el precio de todos los objetos se halla finalmente determinado por los gastos de producción, incluso el beneficio industrial; en otros términos, por el tiempo de trabajo empleado. En la industria manufacturera, el precio del producto obtenido por el mínimum de trabajo da la regla del precio de todas las demás mercancías de la misma especie, en atención a que se pueden multiplicar hasta lo infinito los instrumentos de producción menos costosos y más productivos, y que la libre competencia establece necesariamente un precio de mercado, es decir, un precio común para todos los productos’ de la misma especie.

Por el contrario, en la industria agrícola, el precio del producto obtenido por la mayor cantidad de trabajo es el que sirve de regla para establecer el precio de todos los productos de la misma especie. En primer lugar, no se puede, como en la industria manufacturera, multiplicar de una manera ilimitada los instrumentos de producción

del mismo grado de productividad, es decir, los terrenos del mismo grado de fecundidad; y después, a medida que la población aumenta, se llega a explotar terrenos de una calidad inferior, o a hacer para el mismo terreno nuevos desembolsos de capital, en proporción menos productivos que los primeros. En ambos casos se hace uso de una gran cantidad de trabajo para obtener un producto proporcionalmente menor. Las necesidades de la población han hecho preciso este acrecentamiento de trabajo; pero el producto del terreno de una explotación más costosa tiene su venta forzosa, ni más ni menos que el del terreno de una explotación más barata. Como la competencia nivela el precio del mercado, el producto del mejor terreno será pagado tan caro como el producto del terreno inferior. El excedente del precio de los productos del mejor terreno, deducidos los gastos de su producción, es lo que constituye la renta. Si tuviésemos siempre a nuestra disposición terrenos del mismo grado de fertilidad; si pudiésemos, como la industria manufacturera, recurrir siempre a máquinas menos costosas y más productivas, o si los segundos capitales colocados produjesen tanto como los primeros, en tal caso el precio de los productos agrícolas se hallaría determinado por el precio de coste de los artículos producidos por los mejores instrumentos de producción, como lo hemos visto al tratar de los productos manufacturados. Pero, desde este instante, la renta habría desaparecido.

Para que la doctrina de Ricardo sea generalmente una verdad, es preciso que los capitales puedan ser libremente aplicados a los diferentes ramos de la industria; que una competencia fuertemente desarrollada entre los capitalistas haya establecido un tipo igual para los beneficios; que el arrendador no sea otra cosa que un capitalista industrial que pide, por el empleo de su capital en terrenos inferiores, un beneficio igual al que sacaría de su capital aplicado, v. gr., a la industria algodonera; que la explotación agrícola esté sometida al régimen de la gran industria, y, finalmente, que el mismo propietario industrial no se proponga otro fin que la renta monetaria.

En Irlanda, la renta no existe todavía, si bien el arrendamiento ha adquirido en aquel país un desarrollo extraordinario. Siendo la renta el excedente, no sólo del salario, sino también del beneficio industrial, no puede existir en los países donde, como en Irlanda, el rédito del propietario no es más que una percepción sobre e] salario.

Así, la renta, muy lejos de convertir al explotador de la tierra, al colono, en simple trabajador, y «arrancar al colono el excedente del producto que no puede eximirse de considerar como suyo», pone en presencia del propietario territorial al capitalista industrial, en vez del esclavo, del siervo, del tributario, del asalariado. La propiedad territorial, una vez constituida en renta, no tiene ya en su posesión sino el excedente de los gastos de producción, determinados, no sólo por el salario, sino también por el beneficio industrial. Así, pues, a quien la renta arrancaba una parte de su beneficio era al propietario territorial; lo que explica que haya transcurrido un gran espacio de

tiempo antes que el arrendador feudal fuese reemplazado por el capitalista industrial. En Alemania, por ejemplo, esta transformación no empezó hasta el último tercio del siglo XVIII. Sólo en Inglaterra esta relación entre el capital industrial y el propietario de la tierra ha adquirido todo su desarrollo.

Mientras no existió sino el colono de Proudhon, no hubo renta. Desde el momento en que ha habido renta, el colono no es ya el arrendador, sino el obrero del arrendador. El empequeñecimiento del trabajador, reducido al papel de simple obrero, jornalero, asalariado, que trabaja para el capitalista industrial; la intervención del capitalista industrial, que explota la tierra como cualquiera otra fábrica; la transformación del propietario territorial, de pequeño soberano en vulgar usurero: tales son las diferentes relaciones expresadas por la renta.

La renta, en el sentido de Ricardo, es la agricultura patriarcal transformada en industria comercial, el capital industrial aplicado a la tierra, la burguesía de las ciudades trasplantada a los campos. La renta, en vez de ligar el hombre a la Naturaleza, no ha hecho sino apretar los lazos que unían la explotación de la tierra a la competencia. Una vez constituida la renta, la misma propiedad territorial es el resultado de la competencia, puesto que desde este instante la propiedad depende del valor venal de los productos agrícolas. Como renta, la propiedad territorial se halla movilizada y se convierte en un efecto de comercio.

La renta sólo es posible cuando el desarrollo de la industria de las ciudades y la organización social que de este desarrollo resulta fuerzan al propietario territorial a no tener en cuenta otra cosa que el beneficio venal, la relación monetaria de sus productos agrícolas; a no ver, en fin, en su propiedad territorial sino una máquina de acuñar moneda. La renta ha separado de tal modo al propietario territorial del suelo, de la Naturaleza, que no tiene ni siquiera necesidad de conocer sus propiedades, según se ve en Inglaterra. Respecto al arrendador, al capitalista industrial y al obrero agrícola, no están más apegados a la tierra que explotan que el empresario y el obrero de las manufacturas lo están al algodón o a la lana que fabrican, y sólo tienen apego al precio de su explotación, al producto monetario. Esto ha dado lugar a las jeremiadas de los partidos reaccionarios, que piden a voz en grito la restauración del feudalismo, de la vida patriarcal, de las costumbres sencillas y de las acrisoladas virtudes de nuestros antepasados. La sujeción de la tierra a las leyes que rigen en todas las industrias es y será siempre asunto de lamentaciones interesadas. Así, puede decirse que la renta ha venido a ser la fuerza motriz que ha lanzado al idilio en el movimiento de la Historia.

Después de haber supuesto la producción burguesa como necesaria para determinar la renta, Ricardo la aplica, no obstante, a la propiedad territorial de todas las épocas y de todos los países. Es el error de todos los economistas, en su prurito de representar las relaciones de la producción burguesa como categorías eternas.

Del fin providencial de la renta, que es para Proudhon la transformación del colono en trabajador responsable, pasa a la retribución igualitaria de la renta.

La renta, según acabamos de verlo, se halla constituida por el precio igual a los productos de terrenos desiguales en fertilidad; de manera que un hectolitro de trigo que ha costado 10 francos será vendido a 20 francos si los gastos de producción ascienden en un terreno de calidad inferior a 20 francos.

Mientras la necesidad obliga a comprar todos los productos agrícolas que llegan al mercado, el precio del mercado se halla determinado por los gastos del producto más costoso. Así, pues, esta igualdad de precio, que resulta de la competencia, y no de la diferente fertilidad de los terrenos, es lo que vale al propietario del mejor terreno una renta de 10 francos por cada hectolitro que vende su arrendador.

Supongamos por un momento que el precio del trigo está determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirle, y desde luego el hectolitro de trigo obtenido en el mejor terreno no se venderá a 10 francos, al paso que el hectolitro de trigo cosechado en el terreno de calidad inferior será pagado a 20 francos. Admitido esto, el precio medio del mercado será de 15 francos, mientras que, por la ley de la competencia, es de 20 francos. Si el precio medio fuese de 15 francos, no habría lugar a ninguna distribución, ni igualitaria ni de otra clase, pues no habría renta. La renta sólo existe por el hecho de que el hectolitro de trigo que cuesta al productor 10 francos se vende a 20. Proudhon supone la igualdad del precio del mercado con gastos de producción desiguales, para venir a parar a la repartición igualitaria del producto de la desigualdad.

Comprendemos que economistas como Mill Cherbulliez, Hilditch y otros hayan pedido que la renta sea conferida al Estado para servir al pago de los impuestos. Ésta es la franca expresión del odio que el capitalista industrial siente contra el propietario territorial, que le parece una inutilidad, una redundancia, en el conjunto de la producción burguesa.

Pero hacer pagar primero el hectolitro de trigo a 20 francos, para venir después a hacer una distribución general de los 10 francos que se han sacado de más a los consumidores, esto basta para que el genio social prosiga melancólicamente su camino en zig-zag, y que vaya a dar con la cabeza en una esquina cualquiera.

La renta se convierte, bajo la pluma de Proudhon, en «un inmenso catastro, ejecutado contradictoriamente por los propietarios y arrendadores…, llevados de un interés superior, y cuyo resultado definitivo debe ser igualar la posesión de la tierra entre sus explotadores y los industriales».

Para que un catastro cualquiera, formado por la renta, tenga un valor práctico, es necesario no salir de las condiciones de la sociedad actual.

Ahora bien: hemos demostrado que el arrendamiento pagado por el arrendador al propietario no expresa con alguna exactitud la renta sino en los países más

adelantados en industria y en comercio. Y aun así, este arrendamiento contiene a menudo el interés pagado al propietario por el capital incorporado en la tierra. La situación de los terrenos, la proximidad de las ciudades y otras muchas circunstancias, influyen en el arrendamiento y modifican la renta. Estas razones perentorias bastarían para probar la inexactitud de un catastro basado en la renta.

Por otra parte, la renta no puede ser el indicio constante del grado de fertilidad de un terreno, puesto que la aplicación moderna de la Química viene a cada instante a mudar la naturaleza del mismo, y que los conocimientos geológicos comienzan, precisamente en nuestros días, a destruir toda la antigua estimación de la fertilidad relativa; no hace más de veinte años que se han desmontado vastos terrenos en los condados orientales de Inglaterra, terrenos que se dejaban incultos por no haber sabido apreciar bien las relaciones entre la capa de tierra vegetal y la composición de la capa inferior.

Así, pues, la Historia, lejos de presentar en la renta un catastro enteramente hecho, no hace otra cosa que cambiar, anular totalmente los catastros ya formados.

Por último, la fertilidad no es una cualidad tan natural como se cree a primera vista: se halla íntimamente unida a las relaciones sociales actuales. Una tierra puede ser muy fértil para sembrarla de cereales, y, sin embargo, el precio del mercado puede determinar al agricultor a transformarla en pradera artificial y a hacerla, de este modo, estéril.

Proudhon sólo ha improvisado su catastro, que no vale ni siquiera el catastro ordinario, para dar un cuerpo al fin providencial igualitario de la renta.

«La renta, continúa Proudhon, es el interés pagado por un capital que no perece nunca, a saber: la tierra. Y como este capital no es susceptible de ningún aumento por lo que hace a la materia, sino solamente de un mejoramiento indefinido en lo que respecta al uso, sucede que, mientras que el interés o el beneficio del préstamo tiende a disminuir sin cesar, por la abundancia de los capitales, la renta tiende a aumentar siempre, por el perfeccionamiento de la industria, del cual resulta la mejora en el uso de la tierra… Tal es, en su esencia, la renta». (Tomo II, pág. 265).

Ahora Proudhon ve en la renta todos los síntomas del interés, con la sola diferencia que procede de un capital de naturaleza específica. Este capital es la tierra, capital eterno, «que no es susceptible de ningún aumento por lo que hace a la materia, sino solamente de una mejora indefinida en lo que respecta al uso». En la marcha progresiva de la civilización, el interés tiene una tendencia continua hacia la baja, al paso que la renta tiende continuamente a subir. El interés baja a causa de la abundancia de los capitales, y la renta sube con los perfeccionamientos introducidos en la industria, los cuales dan por consecuencia el uso cada vez mejor entendido de la tierra.

Tal es, en su esencia, la opinión de Proudhon.

Examinemos primero hasta qué punto es exacto el decir que la renta es el interés de un capital.

Para el propietario territorial, personalmente, la renta representa el interés del capital que le ha costado la tierra o que sacaría de ella si la vendiese. Pero al comprar o al vender la tierra sólo compra o vende la renta. La cantidad que ha empleado para adquirir renta se calcula por el tipo del interés en general, y no tiene nada que ver con la naturaleza de la renta. El interés de los capitales colocados en terrenos es, en general, inferior al interés de los capitales colocados en las manufacturas o en el comercio. Así, para el que no distingue el interés que la tierra representa al propietario de la renta en sí misma, el interés de la tierra capital disminuye en mayor escala aún que el interés de los demás capitales. Pero no se trata del precio de compra o de venta de la renta, del valor venal de la renta, de la renta capitalizada; se trata de la renta en sí.

El arrendamiento puede implicar también, además de la renta propiamente dicha, el interés del capital incorporado en la tierra; en cuyo caso el propietario recibe esta parte del arrendamiento, no como propietario, sino como capitalista. Sin embargo, no es ésta la renta propiamente dicha de que vamos a hablar.

Mientras no se halla explotada como medio de producción, la tierra no es un capital. Las tierras capitales pueden ser aumentadas lo mismo que todos los demás instrumentos de producción. No se añade nada a la materia, sirviéndonos del lenguaje de Proudhon, pero se multiplican las tierras que sirven de instrumento de producción. Sólo con aplicar a tierras ya transformadas en medio de producción nuevos aportes de capital, se aumenta la tierra capital sin añadir nada a la tierra materia, es decir, a la extensión de la tierra. La tierra materia de Proudhon es la tierra materia como lindero. En cuanto a la eternidad que Proudhon atribuye a la tierra, concedemos que tenga esta virtud como materia. La tierra capital no es más eterna que cualquier otro capital.

El oro y la plata, que producen el interés, son tan duraderos y eternos como la tierra. Si el precio del oro y de la plata baja, mientras que el de la tierra va subiendo, esto no procede ciertamente de su naturaleza más o menos eterna. La tierra capital es un capital fijo; pero el capital fijo se gasta lo mismo que los capitales circulantes. Las mejoras introducidas en la tierra tienen necesidad de reproducción y entretenimiento; sólo duran un tiempo dado, teniendo esto de común con todas las demás mejoras que se introducen para transformar la materia en medio de producción. Si la tierra capital fuese eterna, ciertos terrenos presentarían un aspecto muy diferente del que hoy tienen, y veríamos la campiña de Roma, la Sicilia, la Palestina, en todo el esplendor de su antigua prosperidad.

Hay también casos en que la tierra capital podría desaparecer, aun cuando las mejoras quedasen incorporadas en la tierra.

Desde luego, sucede esto cada vez que la renta propiamente dicha desaparece por

la competencia de nuevos terrenos más fértiles, y después las mejoras que podían tener un valor en cierta época dejan de tenerlo desde el momento en que se han hecho universales por el desarrollo de la Agronomía.

El representante de la tierra capital no es el propietario territorial, sino el arrendador. El rédito que la tierra produce como capital es el interés y el beneficio industrial, y no la renta. Hay tierras que reditúan este interés y este beneficio y que no dan renta.

En resumen: la tierra, mientras da un interés, es la tierra capital, y como tierra capital no da una renta, no constituye la propiedad territorial. La renta resulta de las relaciones sociales en que la explotación se verifica. No puede resultar de la naturaleza más o menos dura, más o menos duradera, de la tierra. La renta procede de la sociedad, y no del suelo.

Según Proudhon, «el mejoramiento en el uso de la tierra», consecuencia del «perfeccionamiento de la industria», es causa del alza continua de la renta. Al contrario, este mejoramiento la hace bajar periódicamente.

¿En qué consiste, por lo general, toda mejora, ya sea en la agricultura, ya en la manufactura? En producir más con el mismo trabajo, en producir tanto o más con menos trabajo. Merced a estas mejoras, el arrendador está exento de emplear mayor cantidad de trabajo para obtener un producto proporcionalmente menor. No necesita en tal caso recurrir a terrenos inferiores, y las porciones de capital aplicadas sucesivamente al mismo terreno siguen siendo igualmente productivas. Luego estas mejoras, lejos de hacer subir continuamente la renta, como dice Proudhon, son, al contrario, otros tantos obstáculos temporales que se oponen a su alza.

Los propietarios ingleses del siglo XVII comprendían de tal modo esta verdad, que se opusieron a los progresos de la agricultura, por temor de ver disminuir sus rentas. (Véase Petty, economista inglés de la época de Carlos II).

§ V. *Las huelgas y las coaliciones de los obreros*.

«Todo movimiento de alza en los salarios no puede tener otro efecto que el de un alza en el trigo, el vino, etc.; es decir, el efecto de una carestía. Pues ¿qué es el salario? Es el precio de costo del trigo, etc.; es el precio integral de todas las cosas. Profundicemos más la cuestión: el salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza, y que son consumidos reproductivamente todos los días por la masa de los trabajadores. Ahora bien: doblar los salarios… es conceder a cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual es contradictorio; y si el alza sólo se verifica en un número reducido de industrias, es provocar una perturbación general en los cambios, en una palabra, una carestía… Yo declaro que es

imposible que las huelgas seguidas de un aumento de salarios no tengan por resultado un encarecimiento general: esto es tan cierto como dos y dos son cuatro». (Proudhon, tomo I, páginas 110 y 111).

Negamos todas estas afirmaciones, excepto que dos y dos son cuatro.

En primer lugar, no hay encarecimiento general. Si el precio de todas las cosas dobla al mismo tiempo que el salario, no puede haber variación en los precios: sólo habrá variación en los términos.

En segundo lugar, un alza general de los salarios no puede producir nunca un encarecimiento más o menos general de las mercancías. En efecto; si todas las industrias empleasen el mismo número de obreros en relación con el capital fijo o con los instrumentos de que se sirven, un alza general de los salarios produciría una baja general de los beneficios, y el precio corriente de las mercancías no padecería ninguna alteración.

Pero como la relación del trabajo manual con el capital fijo no es la misma en las diferentes industrias, todas las que emplean relativamente una masa mayor de capital fijo y menos obreros se verán obligadas tarde o temprano a bajar el precio de sus mercancías. En el caso contrario, en que el precio de las mercancías no baje, su beneficio se elevará por encima del tipo común de los beneficios. Las máquinas no son asalariados; luego el alza general de los salarios afectará menos a las industrias que emplean, comparativamente con otras, más máquinas que obreros. Pero como la competencia tiende siempre a nivelar los beneficios, los que se elevan por encima del tipo ordinario sólo pueden ser pasajeros. Así, aparte de algunas oscilaciones, un alza general de salarios tendrá por consecuencia, en vez de un encarecimiento general, como dice Proudhon, una baja parcial, es decir, una baja en el precio corriente de las mercancías que se fabrican principalmente con ayuda de las máquinas.

El alza y la baja del beneficio y de los salarios sólo expresan la proporción en que los capitalistas y los trabajadores participan del producto de una jornada de trabajo, sin influir, en la mayoría de los casos, en el precio del producto. Pero que «las huelgas seguidas de aumento de salarios den por resultado un encarecimiento general», son ideas que sólo pueden surgir del cerebro de un poeta que ha errado su vocación.

En Inglaterra, las huelgas han dado lugar casi siempre a la invención y aplicación de nuevas máquinas. Las máquinas eran, en realidad, el arma que empleaban los capitalistas para vencer al trabajo especial en lucha. El *self-acting mule*, la invención más extraordinaria de la industria moderna, puso fuera de combate a los hiladores sublevados. Aun cuando las coaliciones y las huelgas no tuviesen otro efecto que redoblar contra ellas los esfuerzos del genio mecánico, ejercerían siempre una influencia inmensa en el desarrollo de la industria.

Y continúa Proudhon:

«Leo en un artículo publicado por Mr. León Faucher… (septiembre de 1845) que de algún tiempo a esta parte los obreros ingleses han perdido la costumbre de las coaliciones, lo que es indudablemente un progreso, por el cual debemos felicitarnos; pero que esta mejora en la parte moral de los obreros procede, sobre todo, de su instrucción económica. Los salarios, exclamaba en el mitin de Bolton un obrero hilador, no dependen de los manufactureros. En las épocas de depreciación, los patronos no son, por decirlo así, sino el látigo de que se arma la necesidad, y, quieran o no, tienen que azotar. El principio regulador es la relación de la oferta con la demanda, y los patronos no tienen este poder… Admirablemente, exclama Proudhon; ahí tenéis unos obreros bien educados, unos obreros modelos, etc., etc., etc. Esta miseria faltaba a Inglaterra; esperemos que no pasará el Estrecho». (Proudhon, tomo I, páginas 261 y 262).

De todas las poblaciones de Inglaterra, Bolton es la ciudad donde el radicalismo está más desarrollado. Los obreros de Bolton son conocidos por los más revolucionarios de la Gran Bretaña. Durante la gran agitación que tuvo lugar en Inglaterra para la abolición de las leyes sobre los cereales, los fabricantes ingleses no creyeron poder hacer frente a los propietarios territoriales sino valiéndose de los obreros. Pero como los intereses de los obreros no eran menos opuestos a los de los fabricantes que los intereses de los fabricantes a los de los propietarios territoriales, era natural que los fabricantes fuesen vencidos en los mítines de los obreros. ¿Qué hicieron los fabricantes? Para salvar las apariencias organizaron mítines compuestos en gran parte de contramaestres, del corto número de obreros adictos y de los «amigos del comercio» propiamente dichos. Cuando, después, los verdaderos obreros trataron, en Bolton y en Mánchester, de tomar parte en estas reuniones para protestar contra aquellas demostraciones ficticias, se les prohibió la entrada, diciendo que se trataba de un *ticket-meeting*, o sea de un mitin donde sólo se admite a las personas con billetes de entrada. Sin embargo, los carteles habían anunciado mítines públicos. Cada vez que se celebraban estos mítines, los periódicos de los fabricantes hacían una reseña pomposa y detallada de los discursos pronunciados. No necesitamos añadir que eran los contramaestres los que pronunciaban aquellos discursos, que los periódicos de Londres reproducían literalmente. Proudhon ha tenido la desgracia de tomar los contramaestres por obreros ordinarios, y les intima la orden de no pasar el Estrecho.

Si en 1844 y 1845 las huelgas llamaban menos la atención que antes, era porque aquellos dos años fueron los primeros de prosperidad que tuvo la industria inglesa desde 1837. Esto no obstante, ninguna de las *Trades Union* había sido disuelta.

Oigamos ahora a los contramaestres de Bolton. Según ellos, los fabricantes no son los dueños del salario porque no son los dueños del precio del producto, y no son los dueños del precio del producto porque no lo son del mercado universal. Con este

razonamiento, daban a entender que no debían formarse coaliciones para arrancar a los patronos un aumento de salarios. Proudhon, al contrario, les prohíbe las coaliciones por temor de que a una coalición siga un alza de salarios, que traería consigo una carestía general. No necesitamos decir que sobre un solo punto existe armonía cordial entre los contramaestres y Proudhon, a saber: que un alza de salarios equivale a un alza en el precio de los productos.

Pero el temor de una carestía ¿es la verdadera causa de la malquerencia de Proudhon? No. Si guarda rencor a los contramaestres de Bolton, es simplemente porque éstos determinan el valor por la oferta y la demanda, y porque no hacen caso del valor constituido, de la constitución del valor, inclusas todas las proporcionalidades de relaciones y relaciones de proporcionalidad acompañadas de la Providencia.

«La huelga de los obreros es ilegal; y no es sólo el Código penal quien lo dice; es el sistema económico, es la necesidad del orden establecido… Que cada obrero, individualmente, goce de la libre disposición de su persona y de sus brazos, es cosa que se puede tolerar; pero que los obreros traten, por medio de coaliciones, de violentar el monopolio, es lo que la sociedad no puede permitir». (Tomo I, págs. 237 y 238).

Proudhon pretende hacer pasar un artículo del Código penal por un resultado necesario y general de las relaciones de la producción burguesa.

En Inglaterra las coaliciones están autorizadas por un acta del Parlamento, y es el sistema económico quien ha forzado al Parlamento a conceder esta autorización legal. En 1825, cuando, bajo el Ministerio Huskisson, el Parlamento se vio obligado a modificar la legislación para ponerla cada vez más en armonía con un estado de cosas resultante de la libre competencia, tuvo necesariamente que abolir todas las leyes que prohibían las coaliciones de los obreros. Mientras más se desarrollan la industria moderna y la competencia, más elementos hay que provocan y secundan las coaliciones; y desde el momento en que las coaliciones vienen a ser un hecho económico que toma de día en día mayor consistencia, no pueden tardar en ser un hecho legal.

Así, el artículo del Código penal francés prueba, a lo sumo, que la industria moderna y la competencia no estaban todavía suficientemente desarrolladas en tiempos de la Asamblea Constituyente y del Imperio.

Los economistas y los socialistas están de acuerdo sobre un solo punto: condenar las coaliciones. Sólo que motivan de diferente modo su auto de condenación.

Los economistas dicen a los obreros: «No os coliguéis. Al coligaros, ponéis trabas a la marcha regular de la industria, impedís a los fabricantes que satisfagan los pedidos, turbáis el comercio y precipitáis la invasión de las máquinas, que, al hacer inútil en parte vuestro trabajo, os fuerzan a aceptar un salario más bajo todavía. Por lo

demás, lucháis en vano. Vuestro salario estará siempre determinado por la relación de los brazos pedidos con los brazos ofrecidos, y hacéis un esfuerzo tan peligroso como ridículo al sublevaron contra las leyes eternas de la Economía política».

Los socialistas dicen a los obreros: «No os coliguéis, pues al fin y al cabo, ¿qué es lo que vais a ganar? ¿Un alza de salario? Los economistas os probarán hasta la evidencia que los pocos céntimos que podríais ganar en caso de triunfo por algunos momentos serán seguidos de una baja permanente. Hábiles calculistas os probarán que serían necesarios años enteros para desquitaros, solamente con el aumento de los salarios, de los gastos que habéis tenido que hacer para organizar y sostener las coaliciones. Y nosotros os diremos, en nuestra calidad de socialistas, que, dejando a un lado esta cuestión de dinero, no pasaréis de ser obreros, y los patronos serán siempre patronos, antes como después. Así, ni coaliciones ni política, pues formar coaliciones es hacer política».

Los economistas quieren que los obreros sigan en la sociedad tal como ésta se halla formada y tal como ellos la han consignado y sellado en sus manuales.

Los socialistas quieren que dejen como está la sociedad antigua, para poder entrar mejor en la sociedad nueva, que ellos les han preparado con tanta previsión.

A pesar de unos y de otros, a pesar de los manuales y de las utopías, las coaliciones no han cesado un instante de marchar y crecer con el desarrollo y el crecimiento de la industria moderna. Y esto ha llegado ahora a tal punto, que el grado que ha alcanzado la coalición en un país señala claramente el grado que ocupa en la jerarquía del mercado del Universo. Inglaterra, donde la industria ha alcanzado el grado más alto de desarrollo, es el país en que las coaliciones son más vastas y están mejor organizadas.

En Inglaterra, los obreros no se han limitado a coaliciones parciales, que no tenían otro objeto que una huelga pasajera y que con ella desaparecían. Han formado coaliciones permanentes, *Trades Union*, que sirven de baluarte a los trabajadores en sus luchas con los fabricantes. A la hora ésta, todas las *Trades Union* locales tienen un punto de unión en la *National Association of United Trades*, cuyo Comité Central reside en Londres, y que cuenta ya con 80.000 miembros. La formación de estas coaliciones, *Trades Union*, siguió una marcha simultánea con las luchas políticas de los obreros, que constituyen ahora un gran partido político con el nombre de *cartistas*[8].

Bajo la forma de coaliciones se verifican siempre los primeros ensayos de los trabajadores para asociarse entre sí.

La gran industria aglomera en un solo punto una multitud de gente, desconocidos unos de otros. La competencia los divide en intereses. Pero el sostenimiento del salario, este interés común que tienen contra su patrono, los reúne en un mismo pensamiento de resistencia: coalición. Así, la coalición tiene siempre un doble objeto:

el de hacer que cese entre ellos la competencia, para poder hacer una competencia general al capitalista. Si el primer objeto de resistencia ha sido sólo el sostenimiento de los salarios, a medida que los capitalistas, a su vez, se reúnen en un pensamiento de represión, las coaliciones, aisladas al principio, se forman en grupos, y enfrente del capital, siempre reunido, el sostenimiento de la asociación viene a ser para ellos más importante que el del salario. Esto es tan cierto, que los economistas ingleses se muestran sorprendidos de ver a los obreros sacrificar una buena parte del salario en favor de las asociaciones, que, a los ojos de estos economistas, sólo fueron establecidas en favor del salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se reúnen y se desarrollan los elementos necesarios para una batalla venidera. Una vez llegada a este punto, la asociación adquiere un carácter político.

Las condiciones económicas habían transformado primero la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa es ya una clase enfrente del capital, pero no lo es aún para ella misma. En la lucha, algunas de cuyas fases hemos señalado, esta masa se reúne, se constituye en clase para sí misma. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Y la lucha de clase a clase es una lucha política.

En la burguesía tenemos que distinguir dos fases: una, durante la cual se constituyó en clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta, y la otra, en que, ya constituida en clase, derribó el feudalismo y la monarquía, para hacer de la sociedad una sociedad burguesa. La primera de estas fases fue la más larga y necesitó los mayores esfuerzos. Empezó también por coaliciones parciales contra los señores feudales.

Se han hecho numerosas investigaciones para trazar las diferentes fases históricas que ha recorrido la burguesía, desde la *Commune* o Municipio hasta su constitución como clase.

Pero cuando se trata de darse cuenta exacta de las huelgas, de las coaliciones y demás formas en que los proletarios efectúan a nuestra vista su organización como clase, unos se sienten presas de verdadero terror, y otros afectan un desdén transcendental.

Una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases. La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente la creación de una nueva sociedad. Para que la clase oprimida pueda emanciparse, es preciso que los poderes productivos adquiridos ya y las relaciones sociales existentes no puedan coexistir. De todos los instrumentos de producción, el mayor poder productivo es la misma clase revolucionaria. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la sociedad antigua.

¿Quiere esto decir que después de la caída de la antigua sociedad habrá una nueva

dominación de clase que se resuma en un nuevo poder político? No.

La condición de la emancipación de la clase trabajadora es la abolición de todas las clases, así como la condición de la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados y de todos los órdenes.

La clase trabajadora reemplazará, en el curso de su desarrollo, la antigua sociedad civil con una asociación que excluirá las clases y su antagonismo, y no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil.

Entretanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clase a clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, es una revolución total. Por lo demás, ¿hay que extrañarse de que una sociedad fundada en la oposición de clases se resuelva en la contradicción brutal, en un choque de cuerpo a cuerpo como último desenlace?

Y no se diga que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay ni ha habido nunca movimiento político que no sea al mismo tiempo social.

Sólo cuando exista un orden de cosas en que no haya clases ni antagonismo de clases, las evoluciones sociales cesarán de ser revoluciones políticas; hasta entonces, a cada cambio general de la sociedad, la última expresión de la ciencia social será siempre:

«El combate o la muerte; la lucha sangrienta o la nada. Así es como la cuestión se halla planteada de una manera invencible». (Jorge Sand).

Notas

[1] José Mesa (1831-1904), socialista español, formó parte del primer Consejo Federal de la Alianza Internacional de Trabajadores (AIT), que abandonó al producirse en ella el predominio de los bakuninistas. Con Pablo Iglesias fundó la Nueva Federación Madrileña, que luego daría origen al Partido Socialista Obrero Español. Exiliado, se relacionó con Marx y Engels, que le consideraban su amigo. Además de la presente traducción, publicó por primera vez en España el Manifiesto Comunista (1872) en el periódico La Emancipación, del cual era director. (Nota del Editor digital). <<

[2] Marx: *El capital*, capítulo II, nota segunda. <<

[3] He aquí la resolución del Congreso de Londres acerca de la acción política de la clase obrera:

Vistos los considerandos de los estatutos generales, en que se lee: «La emancipación económica de los trabajadores es el gran fin a que debe subordinarse todo Movimiento político, como medio».

Visto el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864), que dice: «Los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos… La conquista del Poder político es, por lo tanto, el primer deber de la clase obrera».

Vista la resolución del Congreso de Lausana (1867), que dice así: «La emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política».

………………………………………………………………

En presencia de una reacción desenfrenada, que sofoca violentamente todo esfuerzo de emancipación de parte de los trabajadores y pretende mantener por medio de la fuerza bruta la distinción de clases y la dominación política de las clases poseyentes, que es su resultado.

Considerando, además:

Que contra ese poder colectivo de las clases poseyentes el proletariado no puede obrar como clase sino «constituyéndose a su vez en partirlo político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos formarlos por las clases poseyentes»;

Que esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo: la «abolición de las clases»;

Que la coalición de las fuerzas obreras obtenida ya por las luchas económicas debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el Poder político de sus explotadores;

La Conferencia recuerda a los individuos todos de la Internacional que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política se hallan indisolublemente unidos. <<

[4] En el dictamen sobre la ley Dufaure —declarando la Internacional fuera de la ley —, el diputado rural Lacaze combate ante todo «la organización de la Internacional». Esta organización es su pesadilla. Después de haber hecho constar «la marcha ascendente de esta formidable Asociación», continúa como sigue: «Esta Asociación rechaza las prácticas tenebrosas de las sectas que la han precedido: Su organización se ha fundado y modificado a la luz del día. Gracias al poder de esta organización, ha ensanchado sucesivamente su esfera de acción y de influencia, abriéndose las puertas (le todas las naciones». A renglón seguido describe «sucintamente la organización de la Internacional», y concluye en los siguientes términos: «Tal es, en su bien concebida unidad, el plan de esta vasta organización. Su fuerza reside en esta concepción misma así como en la masa de sus adherentes, ligados a una acción simultánea, y finalmente en el invencible impulso que puede ponerlos en movimiento». <<

[5] Las obras principales de Carlos Marx son las siguientes:

—*Misère de la Philosophie, réponse á la Philosophie de la Misère*, de Proudhon, escrita en francés y publicada en 1847.

—*Zur kritik, der politischen Oekonomie* (Crítica de la economía política). Berlín, 1859.

—*Herr Vogt*. Londres, 1860.

(Vogt, ex diputado a la Asamblea nacional alemana, ex miembro del sedicente Gobierno provisional establecido por aquella Asamblea en su huida, está presentado en esta obra como agente bonapartista asalariado.

Cuando se publicaron los papeles secretos del segundo imperio en 1870, apareció en la lista de agente y de sus gratificaciones lo siguiente:

«Vogt. —Se le han entregado en agosto de 1859: Francos, 40.000»).

—*El capital*. Hamburgo, 1867. — Segunda edición, 1873 — Tercera edición, 1884 — Cuarta edición, 1890.

Una traducción en francés de esta obra, que es sin disputa la más importante de Marx, salió a luz por entregas de 1872 a 1874.

Algunos años después, en 1884, Gabriel Deville publicó un compendio muy extenso de la misma obra, precedido de un estudio sobre el Socialismo científico, cuyo compendio fue traducido al español y publicado en 1887.

En 1886, el amigo y ejecutor testamentario de Marx, Federico Engels, dio a la estampa el tomo segundo de *El capital*.

El tercero está en preparación, y saldrá probablemente el año próximo año 1892. <<

[6] Como cualquiera otra teoría, la de Mr. Bray tiene sus partidarios, que se han dejado engañar por las apariencias. En Londres, en Sheffielcl, en Leeds y en otras muchas ciudades de Inglaterra se han fundado «equitable labour exchange bazars». Estos bazares, después de haber absorbido capitales cuantiosos, han hecho todos escandalosas quiebras. Esto ha desilusionado para siempre a los partidarios de la teoría: ¡aviso a Proudhon! <<

[7] Marx no podía prever, en 1847, el prodigioso incremento que, en un período relativamente breve, tomaría la emigración europea a la América del Norte, lo que, unido a un perfeccionamiento constante de la maquinaria, aplicada en grande escala, no sólo a la industria fabril, sino a la agricultura, haría posible, necesaria, veinte años después, para el desarrollo del capitalismo, la abolición de la esclavitud y su reemplazo con el «trabajo libre». Así, la esclavitud «directa», como Marx la denomina, la esclavitud bajo su forma antigua y «onerosa», desapareció de los Estados Unidos porque entorpecía el desenvolvimiento de la clase gobernante. Hoy no existen ya esclavos de color en la gran República norteamericana; negros y blancos, todos son esclavos del capital. Jamás, en ningún país del mundo, en ninguna época de la Historia, la explotación del hombre por el hombre había adquirido un carácter más acerbo, más odioso, más inhumano que en aquella República modelo. Jamás la clase explotadora había llegado a un grado semejante de poder y de riqueza. Puede decirse que es la edad de oro de la burguesía, que se ofrece a la imitación de las naciones de Europa. La América del Norte, después como antes de abolirse la esclavitud, sigue marchando a la cabeza de la civilización burguesa (N. del T.) <<

[8] En la época a que Marx se refiere, es decir, antes del 48, las *Trades Union* inglesas contenían, en efecto, la levadura revolucionaria que les comunicarán los cartistas; pero después de la derrota y disolución del partido cartista, las *Trades Union* revistieron el carácter que han conservado hasta nuestros días: el de una gran Federación de Sociedades de resistencia, sin carácter político y de apariencias más bien conservadoras. Las clases gobernantes de Inglaterra no les permitieron vivir y desarrollarse sino a condición de renunciar a la acción política. Mas como esta actitud era contraria al movimiento que arrastra a los trabajadores de todos los países, la poderosa organización inglesa vuelve hoy a su fuente, recuerda lo que fue y entra de lleno en el movimiento obrero internacional. (N. del T.) <<